

EL SÉPTIMO CÍRCULO

**PREDILECCIÓN
POR
LA MIEL**

POR
HERALD F. HEARD



de

Lectulandia

Disfrutar del buen humor de una novela policial ingeniosa, interesante y diferente a las habituales es lo que le propone este título. Es la primera novela de la tres que el filósofo inglés Gerald Heard, bajo el seudónimo de H. F. Heard, escribió sobre un detective muy curioso: un Sherlock Holmes apócrifo, anciano, que se aleja del canon y se preocupa más por la naturaleza humana de los criminales que por el delito en sí.

Lectulandia

H. F. Heard

Predilección por la miel

El séptimo círculo - 025

ePub r1.0

Titivillus 04.05.18

Título original: *A taste for honey*
H. F. Heard, 1948
Traducción: María Celia Velasco
Diseño de cubierta: José Bonomi

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo primero

La mosca solitaria

SE HA dicho que el campo es, en realidad, tan hosco e inhospitalario como cualquier gran ciudad. Leí hace algún tiempo una novela en la que se presentaba a cada aldea —por más apacible que pareciese— como un pequeño infierno, antro de los siete pecados capitales. Esto me pareció al principio una tontería, un decorado teatral montado por uno de esos novelistas que se radican en el campo y, encontrándolo monótono, resuelven fingir una serie interminable de crímenes que se desarrollan detrás de cada parva de heno o en el interior de cada granero. Sin embargo he de confesar que en las últimas semanas mi opinión se modificó. Quizás he tenido mala suerte. Lo ignoro.

Sólo sé que muchos asegurarían que tuve, al menos, la buena fortuna de conocer a un personaje muy interesante. Debo decir que me pareció bastante vanidoso y voluble y que su compañía resultó a la larga fatigosa, a pesar de ser un excelente amigo en cualquier situación difícil. En tales momentos se le aprecia mejor que en circunstancias normales y tranquilas. Verdad es, como señalaré más adelante, que al tratar de sacarme de un aprieto me puso en otro más grave; por esta razón, como soy persona reposada, me he visto obligado, con riesgo de parecer descortés, a interrumpir nuestra amistad.

Sin embargo, deseo agregar que admiré y admiro aún su habilidad, valentía y lealtad. Me hacía falta encontrar una notable excepción a la ordinaria indiferencia, muy agradable, por cierto, de la mayoría de la gente, en el preciso momento en que una persona determinada se interesó siniestramente por mí.

Y, a pesar de todo, quizás nunca me hubiera percatado de ser el objeto de tan molesto interés, y todo hubiera terminado sin que yo advirtiese el peligro que corría, si este amigo bien intencionado no hubiese reparado en la trampa junto a la cual pasaba yo despreocupadamente. Su descubrimiento me puso en dificultades gravísimas. Detesto ser molestado. Me agrada formarme de mis vecinos una opinión lo suficientemente buena como para contar con que no intervendrán en mi vida, ni me obligarán a hacer algo contra ellos... Quizás debería añadir: ni en favor de ellos. He de ser sincero; de lo contrario, de nada me valdrá escribir todo esto. Supongo —no cabe duda— que vine a vivir al campo porque deseaba estar solo y en paz. Y ahora ¡qué problema se plantea a mi inteligencia y a mi conciencia! Bien, trataré de explicarlo todo y así tal vez se aclarará el caso. Quizá comprenda lo que debo hacer. Aun en el peor de los casos quedará una constancia que demuestre mi escasa culpabilidad y la forma en que me forzaron a obrar las circunstancias.

Como ya dije, me establecí en el campo porque me agrada la tranquilidad. Sé

distraerme solo. Cuando, afortunadamente, se tienen las indispensables dotes mentales y los medios económicos que permiten rodearse de los elementos necesarios para disfrutar de la vida, la gente resulta más bien fastidiosa. En tales casos, el lugar adecuado es el campo, y el lema que ha de colgarse sobre la puerta: «No se admiten visitas». Ésta sería hasta hoy mi dichosa existencia si hubiera guardado fidelidad a mi lema. Sé un poco de todos los oficios; soy un aficionado, si así lo preferís. Trajino en el jardín, aunque no distinga una flor de otra; me distraigo con el torno y el banco de carpintero; reparo el gran reloj de péndulo cuando se detiene, pero fracaso lamentablemente cuando trato de arreglar el mecanismo a resorte de mi gramófono. Eso sí, no soy escritor. Tengo buena letra, pues detesto hacer las cosas a medias. Pero lo que me agrada es fabricar cosas, aunque sea por entretenimiento. No trato de describirlas, y menos aún de imaginar lo que puedan pensar y hacer los demás.

Tengo excelentes libros con buenas ilustraciones. Me interesan la arquitectura, la pintura y las artes en general; además, con estas bellísimas ediciones modernas ya no hay necesidad de viajar de un lado a otro recorriendo museos con los pies doloridos y la cabeza cansada, ni de indigestarse viendo panoramas, monumentos o curiosidades. Se puede disfrutar de las reproducciones tanto como de los originales, teniendo en cuenta las fatigas y el dinero que cuesta ver estos últimos. Me agrada recorrer las láminas coloreadas y las fotografías en mis libros, por las tardes, deteniéndome ante una catedral, y luego, sin más trabajo que el de volver la página, ante la joya pictórica que encierra esa catedral, y que el fotógrafo pudo apreciar con buena luz, cosa siempre vedada al visitante; y por fin, ante una inscripción inaccesible a los ojos del pobre turista, por más que se quiebre el cuello tratando de enfocarla con sus gemelos.

De vez en cuando leo una novela, pero ha de ser una historia fácil y agradable, con un final feliz. Nunca he deseado casarme; lo que he de decir más adelante constituye por cierto una advertencia al respecto. Pero me gusta —o, mejor dicho, me gustaba— que los demás formen su hogar, tal vez porque pensaba que siendo mutuamente dichosos no se les ocurriría molestarme. Supongo que me gustaba llevar una vida «de segunda mano», una vida refleja, no demasiado real. Y por cierto que ahora, que me he enfrentado con la existencia, no me parece haber estado equivocado, aunque me faltó, tal vez, el sentido de la responsabilidad.

No debo desperdiciar más tiempo hablando de mí mismo, aunque en una relación como ésta conviene que haya una especie de retrato del que narra los acontecimientos y se explique cómo se vió precisado a narrarlos. Mi nombre —creo que siempre es lo primero que preguntan— es Sydney Silchester. Mi edad no viene al caso, aunque es segurísimo que la averiguarán una vez en conocimiento de todo esto; no veo qué diferencia habría, tenga yo treinta o cincuenta años. La descripción que se me ocurre, y me parece más adecuada, es «en la edad de la discreción». No estoy, ciertamente, en edad de indiscreciones, ni lo estuve nunca. «Parece mayor que su edad», solían decir de mí; ahora, según creo, dicen que parezco menor. Pero... ¿sigo estando en edad de discreción? ¿Si lo estuviera, no me hubiera mezclado en todo esto! Pero mi

cerebro gira y gira como en su encierro una rata domesticada. Tal vez sea porque no sé escribir bien y porque estoy sumamente preocupado, impresionado y hasta temeroso. Dejar constancia de todo, lo repito, me hará bien.

Lo escribiré, pues, y no continuaré con rodeos, como si estuviera ocultando algo.

Dije ya que el comienzo de todo se debió a que falté a mi norma —ésta es, por lo demás, norma común a todos los aldeanos acomodados: cuidar de sus propios asuntos y nada más—. En realidad, fué una casualidad, o, más bien, dos casualidades juntas. Me gusta la miel, y una de las ventajas de vivir en el campo es que puede conseguirse el producto puro. Sin embargo, una de las particularidades del lugar en que me radiqué —aunque nunca me preocupó mayormente— era que nadie tenía colmenas: decían que no prosperaban. ¡Ojalá no me hubiera gustado tanto! Por pereza, o por ocuparme en otras actividades, nunca me dediqué a la apicultura, lo cual fué una suerte. Las abejas siempre me han parecido insectos fastidiosos..., pero nunca me imaginé hasta qué punto.

Descubrí, no obstante, que en los linderos de la aldea había una casa cuyos dueños tenían varias colmenas y vendían miel. Di con ella porque estaba junto al camino que lleva al campo abierto. Utilizándolo, se evita el riesgo de pasar por la calle principal y ser detenido por alguno de los inevitables chismosos del lugar. No es que sea yo un ermitaño..., sencillamente no quería contraer amistades; me faltaba tiempo para ello. La pareja que habitaba la casita no parecía tampoco muy dispuesta a convertir nuestras relaciones comerciales en pretexto para conversaciones y visitas. Por eso el descubrimiento me pareció más excelente aún. Se trataba de un tal señor Heregrove y su esposa. Al pasar a recoger mi pedido mensual, trataba ya con el uno, ya con la otra. La casa parecía bastante grande, pero nunca se veían en ella extraños. Por lo visto, ellos mismos cuidaban de la casa, del césped y de los jardines. Quizá tenían un sirviente cuando yo los visité por primera vez; después, sólo vi al matrimonio. De haber querido hacer amistades, ellos serían las últimas personas que hubiese elegido. Detesto el desaliño.

Conocí primero a la señora Heregrove; para ser más preciso, la oí antes de verla. Tenía una voz desagradable y aguda, que en aquel momento levantaba hasta el punto de no poder oír la herrumbrada campanilla de la puerta que yo hacía sonar. Jamás me ha gustado escuchar conversaciones ajenas a hurtadillas. Bastante tediosos resultan ya los asuntos que los demás vienen a contarnos esperando nuestra compasión afectuosa. Guardo para tales ocasiones la escasa paciencia que tengo. Por eso, cuando por tercera vez la voz desagradable interrogó —ante un silencio tenso y desafiante— «qué pensaba hacer él, y si se proponía vivir a sus expensas hasta que ambos muriesen de hambre», como la pregunta no me incumbía en forma alguna, di fuertes golpes sobre la puerta con mi bastón. Se hizo un silencio inmediato, y pocos segundos después tenía ante mí el rostro de la dueña de la voz. Era tal como lo imaginé.

—¿Qué desea? —preguntó con aire de sospecha.

—Deseaba comprar un poco de miel —respondí de inmediato. Me hizo gracia la transformación instantánea del rostro y de la voz.

—Ciertamente; tenemos miel líquida y en panales.

Compré la cantidad necesaria para un mes. Pagué al contado; soy enemigo de hacerme de cuentas. Dije a la mujer que llevaría media docena de panales y seis frascos, y saqué la billetera para abonar el importe. La transformación fué más rápida aún. No pude menos de advertir que la fisonomía se iluminaba, como aliviada de algún pensamiento, y hasta parecía embellecerse. Corrió adentro y entreví un vestíbulo sucio y descuidado. Pocos minutos después, ella estaba de vuelta con la miel.

—¿Quiere que le preste una canasta para llevar todo esto? —dijo, y me ofreció un gran cesto de mimbre, zurcido con unos cordeles.

—Muchas gracias —respondí de inmediato—. Se lo devolveré cuando pase nuevamente por aquí.

Temía yo que tomase la canasta como pretexto para una visita, que en el mejor de los casos sería tediosa, y en el peor terminaría en un pedido de dinero.

Pero ella contestó:

—Muy bien, quizá necesite usted más miel o pueda recomendar la mía a sus relaciones.

Ése fué nuestro primer encuentro. Volví con el cesto y retiré una segunda partida, y, como somos «animales de costumbre», me habitué a ir allí, y me pareció algo natural. Jamás oí un nuevo altercado entre los esposos.

Cierta vez, mientras esperaba, divisé a Heregrove en persona. Se volvió para mirarme. No saludó; tenía aire de desconfianza y hostilidad, aunque ya debía haberme visto a la puerta en varias ocasiones. No le dirigí la palabra, y él se alejó por un camino del jardín, con la cabeza baja. Noté una vez más que el jardín estaba muy descuidado. Lo seguí con la vista cuando salió al extremo superior del terreno y cruzó el césped. Unos establos ruinosos cerraban esa parte de la propiedad. Hubiera asegurado que Heregrove no los utilizaba, pero aquel día noté que había un caballo en uno de los pesebres. Heregrove abrió la puertecilla baja y desapareció en el interior de la caballeriza. En aquel momento volvía su esposa con la miel que yo le había encargado. Recuerdo muy bien que me preocupó un momento la idea de que hubieran comprado un caballo. No tenían coche, y pocas veces se les veía fuera de su casa. No les gustaba ir a la aldea: tenían acreedores, sin duda.

Y entonces sucedió la tragedia. Mi provisión de miel estaba a punto de concluirse, y yo me disponía a renovar el pedido en uno o dos días más. La muchacha que limpia mi casa, excelente trabajadora, cuya lengua elocuente yo creía haber congelado con mis glaciales silencios durante un largo invierno de comodidad, comenzó a dar señales de deshielo.

—La miel está a punto de acabarse, señor.

Comprendí que era una coyuntura, y la favorecí imprudentemente:

—Siempre la encargo yo mismo, Alicia —repuse.

—Lo sé, señor. —Vi que, en vez de cerrar las compuertas, había abierto el dique —. La compraba usted en casa de la pobrecita señora de Heregrove, tan buena.

En seguida reconocí el «pobrecita» y el «tan buena». Sólo se usan, como en griego se dice «bueno y hermoso», a manera de adjetivos siameses, de epítetos mellizos; implican, naturalmente, que el aludido ha muerto. Demostré por cierto un pequeñísimo interés o una sombra de sorpresa. Mi enemiga se encrespó como un río polar al llegar la primavera.

—No es que se les considerase muy bien en la aldea. Vinieron aquí con grandes aires, contrajeron deudas y no las pagaron. Es cosa sabida que estaban en mala situación.

—No deseo —interrumpí—, no me agrada...

Pero mis deseos, que por regla general siempre son, órdenes, eran sólo los deseos de los vivos ante el antiquísimo derecho de exaltar a los muertos. El torrente se desbordó:

—Y ese Heregrove no merecería que se le llamase «señor». Ella era una dama venida a menos, pero él... Papá dice que nunca ha oído una lengua más venenosa. Se dice que, dentro de poco, hubiera acabado con todo el dinero de ella. Nadie concibe cómo se casó con semejante sujeto, pero el pastor dijo una vez que Heregrove era un hombre educado, y las señoras finas suelen ser un poco raras..., cargan con un cerebro incapaz de ganar un céntimo y descuidan su silueta, que al menos podría servirles...

Alicia comprendió que su lengua había sido más fuerte que ella misma, y que no sólo estaba divagando, sino que tocaba ya el límite de lo incorrecto. Con una magnífica refrenada se elevó sobre el declive peligroso en que había entrado y, sin dar tiempo a mi escandalizada dignidad de soltero para pedir asilo, continuó a toda velocidad. Supongo que la metáfora es caprichosa, pero una mujer excitada y locuaz reúne —en mi opinión— las características de todas las fuerzas violentas y desatadas, tanto humanas como naturales.

Ella se lanzó vertiginosamente en las inmensas cámaras de la muerte.

—Ha fallecido de la manera más extraña. Puede ser que él lo tome como un castigo, pero nada sabemos al respecto. Todos la sienten a ella, pobrecita, tan buena. La señora Brown, que ha amortajado a cientos y cientos, confiesa que le gusta, dice que es un trabajo mejor que el de la señorita Smith, la partera, porque cuando venimos al mundo somos una calamidad y damos trabajo, y hay que cambiarnos a cada momento; pero cuando nos vamos, lo hacemos tranquilamente, sin desordenar nuestra ropa, y se nos puede colocar como estatuas —la palabra que empleó era «estatutos»—... pues dice la señora Brown que la pobrecita señora Heregrove presentaba un aspecto espantoso: toda hinchada y ennegrecida. Y es cierto, porque yo le pedí permiso para ver el cadáver, aprovechando que el viudo había salido, después de visitar al doctor Able...

Entonces intervine yo.

—Alicia —dije casi a gritos—, ¿murió esa mujer a consecuencia de alguna enfermedad infecciosa? Porque en ese caso... —agregué apartándome y sacando mi pañuelo.

—No, señor, no. Estaba tan sana anoche como usted y yo. No murió de enfermedad. Murió a consecuencia de un accidente: picaduras. Las abejas la picaron. No me explico por qué, después de tantos años de tener las colmenas, pero esas cosas son inexplicables. Mi tío...

La oleada mayor había pasado. Las noticias habían sido reveladas. Ahora sólo quedarían suaves ondulaciones de reminiscencias.

Me dirigí hacia la puerta del jardín diciendo:

—Cuando hayas servido el almuerzo puedes retirarte —y me alejé sin esperar más.

A pesar de todo, la extraña muerte de la señora Heregrove siguió preocupándome, aunque no fuese de origen infeccioso, y pasó una y otra vez por mi mente mientras me dedicaba a diversos trabajos. Ya señale que se muy poco de abejas, pero no se me ocultaba que, como toda reunión de solteronas, suelen ponerse neuróticas y caprichosas. Quizá sea ése uno de los motivos por que nunca se me ocurrió tener colmenas. Y ahora tenía que buscarme otro proveedor de miel. Heregrove debía destruir sus abejas, y aunque continuase viviendo en la aldea le sería imposible proseguir sus tareas de apicultor. Los insectos eran, indudablemente, peligrosos, y además ¿quién querría la miel elaborada por esa horda de asesinos? Hasta el aproximarse a la casa era exponerse a un peligro. No me agrada la perspectiva de morir acibillado de picaduras, ni deseo acercarme a lugar alguno en que pueda atacarme desde los aires semejante muerte.

El asunto me preocupó durante varios días, en parte porque, al ver disminuir mi reserva de miel, la preocupación se renovaba en cada comida, y en parte también porque cuando iba de compras a la aldea escuchaba una y otra vez, como en un coro de Hoendel, las mismas frases, hasta que acabé por enterarme de toda la historia. Nuestra aldea es populosa, casi una pequeña ciudad, y en ella se puede obtener cualquier artículo que uno necesite, y muchos otros que a nadie hacen falta alguna. Por eso puedo hacer mis compras sin necesidad de efectuar pedidos a la capital. La historia se filtró a través de mis preguntas y respuestas estrictamente comerciales.

—El doctor Able tuvo un caso exactamente igual hace tiempo.

—El doctor Able y el médico forense conversaron sobre el asunto en el juzgado.

—Heregrove dijo que las abejas se mostraron irritadas y agresivas con él, estos últimos días, y que se lo advirtió a su mujer.

—El médico forense dijo que el caso era claro: un desgraciado accidente.

—El médico forense dijo que era indispensable destruir las colmenas, y Heregrove le respondió que, de cualquier manera, estaba decidido a hacerlo.

En lo que a mí respecta, el asunto estaba arreglado. Necesitaba encontrar otro

proveedor. Y esto fué, precisamente, lo que me puso frente a la segunda casualidad: la segunda aventura relacionada con la miel, y que —como ahora lo comprendo— estaba destinada a poner en actividad esa primera aventura que yo aceptara casi inconscientemente.

Capítulo II

El nuevo apicultos

DEBÍA encontrar otro proveedor de miel. Evidentemente, los apicultores escaseaban más de lo que yo mismo imaginara. Además, mi temor de que esas relaciones comerciales —entabladas con simples aficionados— degeneraran en compromisos sociales me impedía recorrer la aldea preguntando quién conocía algún colmenero. Estaba firmemente decidido a encontrar a alguien que la vendiera al por menor que no me obligara a intervenir en la vida pueblerina. La suerte —así lo creí entonces— vino en mi ayuda desde el primer instante. Pero la mera palabra «suerte» nada dice: puede ser buena o mala. Y ésta resultó mala. Aunque quizás sea mejor que deje en paz a la fortuna. Me desagrada la palabra. Tiene un saborcillo a superstición, y soy lo bastante supersticioso y lo bastante inteligente para comprender cuánto es lo que ignoramos y dejar tranquilas a esas creencias. Aún no he salido de la maleza, de otro modo no volvería con tanto cuidado sobre mis pasos. Sólo Dios sabe en qué terminará todo esto. Seré, entonces, prudente, y diré que el Destino me condujo aquel día por la avenida Waller's.

Se trata de un paseo hermosísimo y, al mismo tiempo, muy poco frecuentado. Está bordeado por una o dos casas, pero tan retiradas y escondidas que pasan inadvertidas a cualquiera. Yo, al menos, no había reparado en ellas, aunque comprendía vagamente que debía de haber alguna casa por allí, cosa fácil de adivinar, pues se veían dos o tres portillos abiertos en el alto y frondoso seto vivo. Paseaba yo tranquilo, gozando con tal fruición de aquel sosiego que había olvidado todo otro objeto de mi excursión que no fuera el placer de hacerla, ya que —a la media milla aproximadamente— la avenida comienza a descender y uno se encuentra de pronto en una calle profunda y cubierta de musgo, que en esa época del año, pleno verano, es un verdadero jardín. No me agradan los vastos panoramas. Los encuentro monótonos, me hacen bostezar. Tal vez sea porque soy corto de vista. Pero esas altas laderas ondulantes, cubiertas de flores silvestres, me parecen el más bello de los paisajes, siempre que se las contemple a distancia conveniente, y, cambiando sin cesar, hasta encontrar el ángulo visual exacto.

Me había detenido un instante a mirar unas matas excepcionalmente altas de enredaderas en flor, cuando, al seguir con la vista su espiral, me llamó la atención algo que pendía de ellas. Se trataba de un cartelito que asomaba sobre el cerco, en lo alto del terraplén. Al mirarlo noté que junto a él se abría una puertecilla en el seto. La leyenda estaba escrita en letras demasiado pequeñas para que yo las distinguiera desde la calle; por eso, casi involuntariamente, subí los toscos escalones abiertos entre el pasto.

Y entonces, satisfecho y divertido, sin el más leve presentimiento, leí las siguientes palabras, escritas en correctas y simétricas letras romanas: «El propietario tiene actualmente una cierta cantidad sobrante de miel, que ofrece en venta».

Creo haber dicho ya que, aunque no soy escritor y eludo, en cuanto me es posible, escribir cartas, me ufano de mi caligrafía. Esta época vertiginosa en que vivimos no considera descortés el escribir en forma ilegible, ni provechoso el tener una buena caligrafía. Yo, sí. Advertí de inmediato que la mano que había escrito ese cartel comprendía lo que este arte tiene de fundamental. «El estilo es el hombre»; pues bien, la letra es el caballero. Los caracteres imitaban —como deberían de hacerlo todos los anuncios del mundo— las incomparables mayúsculas de la Columna de Trajano; sin embargo, quien era capaz de trazar esos exquisitos y firmes rasgos caligráficos dominaría, seguramente, una impecable bastardilla. Había, sin embargo, un detalle curioso: ¿por qué se había colocado ese anuncio tan cuidadosamente escrito en una calle musgosa y solitaria, y casi fuera del alcance de la vista? Pero, al cabo, allí estaba mi miel. Ya había encontrado al más aislado de los proveedores.

Este conjunto de circunstancias explica —aunque parezca imperdonable— mi precipitación sin precedentes. Casi sin reflexionar en qué clase de recibimiento se me haría y en qué complicaciones me vería envuelto, levanté el pasador, recorrí un senderito que atravesaba un bosque de avellanos y me encontré de pronto, como diría «el pobrecito *Mr. Yeats*, tan bueno», en «un claro rumoroso de abejas».

A lo largo de tres costados se extendía un prado bordeado de plantas herbáceas en profusión; este césped ascendía en suaves ondulaciones hasta el espeso cerco de boj, por encima del cual asomaban sus ramas los avellanos. Sobre el cuarto costado se veía una casa baja, de paredes blancas, cuyos ventanales daban a la pradera.

Sobre el césped mismo se alineaban ordenadamente esos chalecitos suizos en miniatura que han venido a reemplazar a las pintorescas pero insalubres colmenas. El aire estaba poblado de abejas. Un poco aprensivo, después de nuestra tragedia local, me detuve, preguntándome en qué momento esas extrañas socialistas considerarían invadidos sus dominios y, dejando de hacer miel, todas las obreras se unirían para atacar al explotador. Tan ocupado estaba en avizorar cualquier tentativa de ataque aéreo que me sobresalté cuando una voz serena dijo a mi lado:

—Estas obreras no son agresivas. Hasta el momento, por lo menos, obtengo excelentes resultados con las reinas holandesas, de modo que no tengo necesidad de perturbar continuamente los nervios de las pobres. Bastante irascibles son ya, sin excitarlas aún más con sangre italiana.

Me volví, y contemplé un rostro apacible, una especie de Dante apolítico, si se me permite decirlo así, sin llamáreme pedante. Era una fisonomía fría; quizás sería más exacto decir que estaba congelada por la meditación hasta el punto de que todas las modalidades y pasiones, que están en nosotros en estado líquido y hasta gaseoso, se habían solidificado en ella. Ese rostro se preocupaba muy poco de la opinión pública, pero muchísimo de su propio juicio sobre sí mismo.

Pero no debo divagar sobre este punto. Supongo que, como todo mal escritor, me cuesta ceñirme estrictamente a los hechos. Lo más probable es que no advirtiese de inmediato este conjunto de detalles. Pero me consta que quedé impresionado, pues recuerdo que dije entre mí: «¡Qué parecido a Dante!», y luego tuve que contenerme (pues mi imaginación es volandera, como han podido apreciar los lectores que me han seguido hasta aquí) para no seguir pensando cómo se las arreglaría Dante —si se reencarnase— para situar su visita al Infierno. ¿Dónde ubicaría la entrada de la caverna? En la guerra moderna, tal vez, o en un arrabal sórdido, pero nunca en el campo ni en una aldea.

—Es usted mi primer cliente —continuó él, pues comprendió que mi pensamiento estaba lejos de allí y deseaba, sin duda, tranquilizarme, para que me sintiese cómodo—. Ha sido usted muy amable al recorrer tan largo trayecto desde su casa...

—Pero, entonces..., ¿me conoce usted? —interrumpí yo—. No suelo frecuentar la aldea, ni tengo amigos en ella; tampoco recuerdo haberle visto antes. Usted ha llegado hace poco, ¿no es verdad? Paso a menudo por este camino, y no recuerdo haber visto anteriormente el cartel que explica mi visita.

—Nadie lo ha visto —replicó—. Lleva varios días donde está, y buena parte de la «sociedad» local ha pasado por aquí, pero nadie se tomó la molestia de subir los escalones para leerlo.

Esta observación me sorprendió. No condecía con su personalidad. Por eso me atreví a decir, a riesgo de parecer impertinente:

—Vigila usted su calle y su cartel como el pescador la línea y el corcho de su aparejo.

—Sí y no —respondió sonriendo. Evidentemente, mis palabras no lo turbaron en lo más mínimo.

Me pareció correcto volver al tema anterior.

—¿Ha visitado el otro extremo de la aldea y ha visto usted mi casa? —pregunté.

—Debo confesarle que no —respondió sonriendo también—. He estado muy ocupado instalándome; además, lo mismo que usted, el verdadero motivo que me indujo a radicarme en el campo no fué el de hacer amistades, sino el de ocuparme de los mil intereses que la ciudad, con sus distracciones, no nos permite cultivar.

—¿Cómo?, entonces...

—Bien, bien —se apresuró a decir amablemente—, hay tantas maneras de mostrarse discreto cuando el asunto está ya solucionado, que algunas veces he pensado que si nos guiásemos por ese lema tan menospreciado se evitarían muchas preguntas. Creo que coincidimos en que esas preguntas constituyen siempre una violación —por íntima que sea— del aislamiento que ambos apreciamos tanto.

No pude menos de sonreír al ver cómo leía en mis pensamientos, y él también sonrió, no con los labios, pero sí con los músculos que rodeaban sus penetrantes ojos.

—Ninguno que se precie de observador —continuó— dejará de advertir que llevamos con nosotros una gran parte de nuestro pasado y de nuestro medio ambiente

habitual. No soy geólogo, pero sé que la tierra siempre agradece y compensa la atención que le prestamos. Esta aldea, como tantas otras de Inglaterra, es un rompecabezas de terrenos diversos. Esto, además, nos revela algo del pasado. Nuestros ascendientes se radicaron aquí para vivir del producto de la tierra, no para huir de las ciudades. Necesitaron, por consiguiente, agua, arboledas y labranza; de los bosques obtuvieron leña y bellotas para los cerdos; los terrenos fértiles les proporcionaron buenas cosechas y, sobre todo, agua potable. Ahora bien, para conseguir todo esto es necesario instalarse allí donde las capas geológicas han sido excavadas por el agua, dando así al hombre una parte de cada uno de dichos elementos.

«Usted reside en la parte gredosa de la aldea. Yo estoy junto al terreno liviano, el humus. Advierto en sus pantalones manchitas de greda seca. De una conclusión saco otra. Quizás no hubiera llegado a esa primera deducción que me reveló dónde vivía usted si ella no me hubiese dado la segunda indicación: que usted vive solo y no le agrada que le cuiden demasiado: en una palabra, que usted se encuentra mejor cuando está solo».

—Pero ¿por qué?...

—... ¿por qué el cartel —interrumpió—, tan bien escrito, y que invita al transeúnte a comprar, fué colgado fuera del alcance de la vista? Un simple experimento. Sabemos que la vida pueblerina es un problema. Independiente, sí, pero expuesta a perder esa libertad mucho más pronto que en la ciudad misma. Un investigador no necesita aislamiento total. Por el contrario, cuando estaba trabajando, se me ocurría a menudo que sería una gran ayuda discutir mis problemas con una persona a quien le interesasen, pero, sin dejarse absorber por ellos. Hay razonamientos que se formulan y pesan más rápidamente en forma oral que escrita, y, con frecuencia, el que nos escucha, por inexperto que sea, ve el error que uno mismo ha pasado por alto.

«Una celada extraordinariamente sencilla y eficaz de la selección natural», pensé yo.

—Está usted pensando, sin duda, que trato a mis vecinos como presas, y que ha tenido la desgracia de caer en la trampa. Pero necesito ayuda para solucionar un problema que debe interesar al hombre indicado tanto como me apasiona a mí. No soy apicultor, ni tengo deseos de conocer a esos especialistas. Recuerde usted la frase de Enrique Ford: «Un especialista es una persona que siempre nos dice lo que no puede hacerse». En las ciencias puras, lo mismo que en las aplicadas, he comprobado la veracidad de este aserto. Siempre nos repiten que todo ha sido ya descubierto, que ya no hay misterios, que nada queda por investigar.

—Investiga usted, sin duda, acerca de las abejas —interrumpí—, pero ¡yo sólo deseo comer su miel!

—La comerá usted; pero óigame hasta el fin. Luego, si se convierte en mi cliente, pero no en mi amigo, haré que le lleven periódicamente la remesa de miel, evitando

así todo riesgo de ulteriores conversaciones. Vine aquí para estudiar las abejas. Para mí la miel es un simple subproducto, del cual deseo desembarazarme cuanto antes. ¡No pertenezco a la escuela de Maeterlinck! Creo que estimó en mucho más de lo que vale la inteligencia de las abejas. De cualquier manera, ella no me interesa. Toda mi vida he estimado la inteligencia de los seres humanos no por los libros o las palabras, sino por las huellas que ha dejado. Ahora quiero estudiar otra cosa, guiándome también por sus huellas. Deseo conocer las reacciones de las abejas. Al fin, se trata también de seres gregarios, acostumbrados a vivir en ciudades populosas. Pero, aunque en esto se asemejen a nosotros, ¡qué distintas son! Hay un sinnúmero de problemas que debo estudiar. Se dirigen siempre a determinadas flores; luego, para elegir las siempre, deben tener una visión especial; además, con esas flores han de elaborar una miel particular. Podríamos obtener tipos diversos de miel, con flores seleccionadas...

Estaba yo levemente interesado, pero comenzaba a sentir un imperioso deseo de obtener mi miel y salir de allí.

—Así es —dije distraídamente—, supongo que habría mercado para una miel especial, como lo hay para tipos determinados de jalea y mermelada.

Él comprendió mi inquietud.

—Si quiere usted pasar adentro, le haré su paquete —dijo, conduciéndome hacia la casa.

Entramos en una habitación sobre el costado izquierdo del vestíbulo. Evidentemente, aquél era su laboratorio.

—Dentro de un instante le traeré los panales y los frascos —dijo—. Perdone usted si le he aburrido. Sí, por cierto; y añadiré, pidiendo nuevamente disculpas, que no fué del todo involuntario. ¿Se acuerda usted de aquella tontería de Oscar Wilde: «Un caballero nunca es descortés involuntariamente»? Quizás sea más exacto decir que una inteligencia desarrollada es aquella que nunca había involuntariamente.

Mi naciente hastío se desvaneció, y volví a experimentar una sorpresa no del todo agradable. Tuve la sensación de quedar tenso y erguido ante el leve temor.

—Temo no comprender bien, *Mr...*

—Mycroft, si le place —respondió con su tranquila sonrisa, que desmentía mi inquietud—. La verdad es —añadió— que puse allí el cartelito como apostando conmigo mismo a que en la aldea encontraría un investigador como yo: no un especialista, ni un individuo convencional. Confieso que descubrí, antes que usted, que había perdido la apuesta.

—¿Por qué insistió, entonces? —pregunté con acritud.

—Venga usted aquí —respondió en seguida, con tono casi imperativo.

Estaba de pie, con la mano colocada sobre una campana de vidrio, invertida. Debajo, en un trocito de papel blanco, se veía un objeto minúsculo. Me adelanté, casi involuntariamente, al escuchar su orden, y pude, entonces, distinguir qué era.

—¿Una abeja muerta? —pregunté con aire de desafío.

Levantó la campana y me dió una lente de gran tamaño. Cuando la tomé, levantó otra abeja muerta que estaba sobre el antepecho de la ventana, y la colocó sobre el papel, junto a la primera.

—¿Quiere usted examinar estos dos cuerpos a través de la lente?

—A mí me parecen iguales —comencé a decir cuando, bajo la lente de aumento, vi adelantarse unas pinzas que apretaron el abdomen de uno de los insectos. El cuerpo se estremeció un poco, y el aguijón, curvo como un sable, fué proyectado hacia afuera, para retraerse tan pronto como cesó la presión. Sin darme tiempo para preguntar qué significaba tan inútil experiencia, las pinzas se adelantaron de nuevo hacia el abdomen de la segunda abeja, lo apretaron en igual forma, y emergió el aguijón... pero ¡qué aguijón! Se curvaba hasta amenazar casi el propio tórax del insecto muerto, defendido por su brillante cota de malla.

Junto a mi hombro, la voz dijo:

—Aquí tiene usted un bonito problema. La última es, naturalmente, italiana. Esas abejas son siempre feroces, pero, después de comparar cuidadosamente este espécimen con las italianas vulgares, deduzco que se trata de una variedad especial. Es notable, aun desde el punto de vista psicológico, aunque el resto de su cuerpo, a excepción del aguijón, sea fisiológicamente normal. Tiene el genio de una avispa. Ataca hasta que la matan. Naturalmente, vinieron en enjambre, de modo que pude disecar gran cantidad de ejemplares. Todas tienen un superaguijón. Esto ya sería bastante interesante para un apicultor aficionado; pero mucho más curioso fué el resultado de este pequeño experimento bioquímico.

Dirigiéndose a una repisa, sacó un tubo de vidrio del grosor de una aguja de tejer.

—En este tubo —dijo— hay apenas media docena de gotas de veneno. Lo saqué del aguijón de estas abejas. Tal vez me hubiera parecido innecesario hacerlo si no fuera porque mis colmenas fueron atacadas. Cuando vi lo que estaba sucediendo, me puse los guantes y, protegiéndome con tules, me dispuse a defenderme con un fumigador especial. En ese instante salió mi pobre mastín. Las invasoras no nos prestaban atención, del mismo modo que en una batalla los soldados no desperdiciarían municiones en cuervos y buitres. Pero uno de los pequeños monstruos voló sobre nuestras cabezas, percibió el olor del perro, bajó en picada, clavó su aguijón, y mi pobre Rollo dió un aullido y cayó. Mientras lo arrastraba hacia adentro, luchó unos instantes con la muerte. Creí que una inyección de alcanfor lo salvaría, aunque sufría tanto que pensé si no sería mejor pegarle un tiro en la cabeza si el dolor no cesaba. Pero de pronto quedó inmóvil, con la lengua colgante...: había muerto.

»He tenido oportunidad de estudiar toxicología durante algunos años. El único veneno comparable con éste por su eficacia —aunque, naturalmente, su base química está incluida en el grupo de los ácidos fórmicos— es la secreción altamente virulenta de dos arañas: una pequeña y amarillenta que vive en el norte de Queensland, y la que llaman en California meridional “la viuda negra”. Ni la gigantesca Paraponera Clavata, descubierta recientemente en las Guayanas, llega a tener tanto poder

venenoso, ya que su ponzoña sólo alcanza a paralizar un miembro durante cierto número de horas».

—Pero —dije yo— ¿qué significa todo esto?

Sin darme plena cuenta de ello, intuía que el ambiente se iba tornando cada vez más siniestro. Estaba deseando escapar, y lamentaba haber entrado allí, pero a pesar de todo comprendía que retirarme en aquel momento, con el problema a medio solucionar, hubiera sido llevármelo conmigo, como un enjambre de abejas que vuela tras el desgraciado que no consigue eludirlas. Lo que oí de inmediato no hizo sino confirmar mis dudas y definir aún más claramente mis tristes presentimientos.

—Ya le he dicho que coloqué ese cartelito, en primer lugar porque deseaba hacer una pequeña experiencia, a ver si encontraba un posible colega, y en segundo término porque, después de recibir una visita tan inesperada como curiosa: la de mis agresoras, que bien puedo llamar inhumanas, comprendí que necesitaba acudir a una persona que fuera, al mismo tiempo, una especie de ermitaño, para que no comentase lo que se presentó desde el primer instante como un asunto desagradable y difícil. Además debía ser aficionado a la miel.

—¿Por qué lo de la miel? —dije con cierta vaguedad y apocamiento.

Mi pensamiento íntegro se concentraba en aquel momento en la sola idea de que, como la mosca adherida al papel engomado, yo me hundía cada vez más profundamente en aquel horrible asunto.

—Porque usted habrá advertido, seguramente, que los Heregrove eran los únicos que vendían miel en esta localidad. Quizás fueran pobres. Por cierto que no es trabajo de millonarios, pero era la única ocupación que tenían. Luego, cualquier aficionado a la miel, que no comprara el producto comercializado, podría informarme sobre los Heregrove, ya que forzosamente habría sido cliente de ellos.

—¿Y por qué no los visitó usted mismo —inquirí con cierto enojo—, o preguntó en el pueblo lo que deseaba saber acerca de los Heregrove? ¿Por qué tanto misterio, y qué necesidad había de tender celadas al curioso desprevenido?

Por más que traté de dar a mis observaciones un tono jocoso, en el fondo me esforzaba por ser lo más impertinente posible, porque ya me estaba fastidiando el asunto y, lo que es peor, temía que, después de mi enojo, tuviera buenas razones para atemorizarme. Para suavizar las cosas añadí en tono conciliador:

—Aunque debo confesar que la trampa funcionó perfectamente.

Volvió a sonreír amablemente. No pude menos de pensar que, si era inevitable que me viera mezclado en dificultades ajenas, no me sería fácil hallar hombre más enérgico y hábil con quien afrontar la tempestad. Esto era indudable. Aun ahora desearía no haber intervenido en todo aquello..., pero, como ya he dicho, hay que tener en cuenta al Destino.

—No diga usted celada. Diga mi S.O.S., al cual usted respondió con tanta generosidad. —Su voz era también tranquilizadora—. Yo no podía hacer mis averiguaciones en la aldea porque hubiera despertado sospechas, además de atraerme

aliados indeseables.

No sé por qué me sentí tranquilizado —lo cual era irracional— al oír que me calificaba implícitamente de «aliado deseable», aunque ello me ligaba aún más íntimamente a un hecho que no entendía y me inspiraba vehementes sospechas.

—Visitar a los Heregrove estaba, naturalmente, descartado. Hubiera sido peor ir a la aldea a hacer averiguaciones. Lo que él ha hecho, o lo que ambos hicieron, es evidente, aunque debo añadir que se trata de algo tan sorprendente que me ha proyectado a una asociación de ideas que creía haber abandonado para siempre. Heregrove ha criado un tipo de abejas destinado a arruinar a todos los demás apicultores. Confieso que la idea es ingeniosa. Además lo he comprobado. He averiguado que hasta hace pocos años había muchos apicultores en esta zona. Ahora, como usted sabe, no hay manera de obtener miel en la localidad.

—Pero —interrumpí yo, pues mi interés en esta extraordinaria historia comenzaba a superar mis temores, ¡era tan ilógico, deshilvanado y ridículo todo aquello!— ¡qué caudal de ingenio y energía tan absurdamente desperdiciado en acaparar el mercado de miel en Ashton Clearwater!

—Así es; también lo he pensado yo, y me ha desconcertado —replicó—. Naturalmente, los inventores son individuos raros. Son capaces de arruinarse por un experimento, y con tal de descubrir algo sacrificarían cualquier número de vidas humanas, incluyendo la propia. A pesar de todo, me ha intrigado. Claro está que después del ataque a mis colmenas comprendí que la cosa iría en aumento. Los apicultores no suelen sospechar de los demás. Tal vez Heregrove descubrió esto en el transcurso de sus investigaciones, y trató de dar con un medio de hacer producir a su hallazgo. Su abeja-gigante procedió quizás como un matón del Renacimiento, o como el monstruo de Frankenstein, y salió a matar por cuenta propia. Probablemente la idea se le ocurrió después de un episodio semejante. «¡Oh ocasión!, ¡grande es tu culpa! Tú eres...».

—Por favor —dije—, en este instante prefiero la psicología a la poesía, y los hechos concretos a todo lo demás.

—Bien —repuso sonriendo—, le puedo asegurar que las abejas de Heregrove cayeron, literalmente, del cielo. Por fortuna son tan estúpidas que, aunque él las envió con ese fin, no pudieron comunicarle que su expedición mortífera había fracasado.

—¿Cómo fracasó? ¿Cómo pudo fracasar? —exclamé.

—Usted sólo quiere realidades —dijo con una risita—, y no teorías. Lo cual, evidentemente, es imposible si desea comprender algo. Pero ahí está el hecho; como sus ojos y oídos se lo demuestran, el equipo local sobrevivió.

—Entonces —dije con un suspiro de alivio—, no son tan mortíferas como temíamos.

—¡Oh, sí, ya lo creo que lo son! —añadió tranquilamente—. Ya le expliqué que traté de rechazar el primer ataque, y cuando mi pobre Rollo hubo muerto y nada más pude hacer en su favor, resolví hacer un esfuerzo para salvar al menos mis abejas. Me

envolví en tules, y después de proveerme de guantes llené el fumigador con un vapor muy potente que ya había tenido ocasión de usar cierta vez que me vi atacado en circunstancias muy parecidas. Lo tomé entonces por una casualidad, pero ahora sospecho que se trataba de un descubrimiento similar hecho por un individuo como nuestro actual enemigo. Por lo común, los descubrimientos se repiten, y caen a menudo en manos o cerebros indeseables.

—¿Y fué suficiente el vapor?

Estaba ansioso por oír su respuesta. La edad y el hábito de una larga calma predisponían a ese hombre a contemplar el pasado con igual interés que el presente. Yo acababa de interrumpir mi paseo, había perdido mi almuerzo, y ni siquiera tenía asegurada mi miel. En realidad, sólo me quedaría allí hasta saber si podía retirarme sin peligro. No tenía la menor intención de partir mientras corriera el riesgo de encontrarme, en un apacible rincón del sendero, con un repentino zumbido y, sin poder siquiera cubrirme la cara, ser acribillado con esas mortíferas agujas calentadas al rojo vivo. Tampoco pensaba permanecer allí perdiendo tiempo, a partir del momento en que supiera que la costa (o, mejor dicho, el cielo) estaba despejada.

—Sí, sí, el vapor produjo su efecto. No estaría yo aquí si no hubiese sido eficaz. Una de ellas trepó por una de mis piernas y la fumigué en el instante en que se disponía a picarme. Son tan feroces que se abren camino a través de cualquier cosa. Creo que los guantes no nos protegerían mucho tiempo de esos agujijones gigantes. Hasta las abejas comunes son temibles guerreros. No tendríamos la menor posibilidad de vencerlas si su tamaño llegase a una quinta parte del nuestro.

Al ver mi mirada opaca, se dirigió hacia la puerta y gritó:

—Señora Simpkins, haga usted el favor de poner otro cubierto en la mesa y avisarnos cuando esté listo el almuerzo.

Se volvió hacia mí.

—Se quedará usted, ¿no es cierto? No quiero parecer alarmista, pero se lo aconsejaría. Comprendo que he tardado mucho en explicarle el caso, pero mi experiencia me dice que estos problemas sólo se captan cuando se domina una serie de detalles que a primera vista parecerían ociosos.

Del fondo de la casa llegaron quejas algo asmáticas, pero tranquilizadoras.

—¡Cuando esté listo el almuerzo! Pues hace veinte minutos que está pronto, y más también. Hay un trozo de salmón fiambre. Y el pastel de perdices recalentado quedó bastante bien. Ayer no hubiera soportado la espera, pero hoy ha quedado muy bien. Y tarta de grosellas, fría, con crema batida... Nunca creí que se endureciese hoy...

La enumeración que tan agradable fuera a mis oídos no lo fué menos a mi vista, pero, sobre todo, resultó exquisita al paladar. Mi huésped entendía de manjares y vinos. Habló bien y locuazmente, evitando en el transcurso de la comida el tema «profesional». Hambriento, al principio me dediqué a comer, siguiendo su conversación. Pero a los postres comencé a pensar que aquella comida tenía algo de

siniestro. Estaba yo en compañía de un desconocido que acababa de formular las insinuaciones más terribles y me había mostrado, en la habitación contigua, una cantidad de veneno capaz de matarme en medio de dolores atroces en menos de un minuto. Más aún, el médico forense que investigara un caso así afirmaría que mi muerte se debía a la picadura de una pulga. Cuando pensé en el médico forense, empujé rápidamente mi plato.

—Si ha concluido usted —dijo mi huésped levantándose—, no le detendré nada más que unos minutos. Sin embargo —añadió bajando la voz—, conviene que terminemos nuestra discusión fuera del alcance de oídos que se atemorizan fácilmente.

Volví a experimentar esa turbación extraña, irracional, que produce la lisonja cuando al placer que nos causa se mezcla cierto temor acerca de su origen. Yo estaba ya algo alarmado, y no sin motivo. No obstante, me repetía sin cesar:

«Conviene saber lo peor; la táctica del avestruz de nada vale cuando se corre el peligro de ser atacado por la espalda, y el ataque es mortífero».

Capítulo III

Golpe por golpe

—RESUMIENDO —dijo mi huésped cuando estuvimos sentados nuevamente en el laboratorio, entre los tubos de ensayo y las abejas muertas, que añadían interés a sus palabras—, cuanto más pienso en la obra de Heregrove, más me reafirmo en la idea de que dió con este descubrimiento en el transcurso de sus investigaciones sobre la cría de abejas.

—Pero ¿cómo derrotó usted a sus abejas durante la agresión? ¿No volvieron acaso?

—Sí, pero esa vez me encontraron preparado. Por eso pienso, es una mera deducción, pero a menudo no tenemos otra arma... —Aquí volvió su risita burlona, que me hizo temer otra vuelta al pasado o, lo que hubiera sido aún peor, a la teoría—, pienso que Heregrove sólo conoce la fisiología de las abejas. Estoy seguro de que sabe muy poco acerca de su psicología, de sus normas de conducta; aunque yo tampoco creo conocerlas profundamente. Lo seguro es que desconocía que hay una defensa contra su abeja-pirata. Ya le dije que me interesan más mis abejas que su miel. Pase usted un instante a mi biblioteca. Allí podré explicarle mejor. Un ejemplo al caso —añadió, adivinando mi impaciencia— suele ahorrar tiempo.

Luego, con un dejo de superioridad que me obligó a obedecer, ya que detesto los incidentes desagradables, agregó:

—Especialmente cuando una inteligencia no familiarizada con ciertos hechos debe comprenderlos claramente.

Junto a la ventana de la biblioteca pendía una jaula con una yunta de pájaros. Yo estuve a punto de adelantarme a tomar asiento, pues en el laboratorio había ocupado un incómodo banco; pero de pronto sentí que me retenía por el hombro.

—¡No se mueva! —susurró mi extraño apicultor—. Observe los pájaros y no hable en voz alta.

—¿Qué es lo que debo observar? —murmuré con más fastidio del que yo mismo me propusiera. Me irritaban todos esos misterios.

—¿No advierte usted nada? —continuó el susurro—. ¿Ni siquiera cuando se le llama la atención sobre ello?

—Veo dos pajaritos —murmuré, siguiendo a la fuerza con el ridículo juego—. Uno está posado en el palillo superior, el otro, en el más bajo.

En aquel momento, el absurdo de tomar parte en una prueba de inteligencia, como cualquier escolar atrasado, y el que un completo desconocido me la impusiese me irritaron tanto que no quise continuar cuchicheando. En alta voz, pregunté:

—¿Quiere usted hacer el favor de explicarme qué es lo que estamos observando y

qué significa?

—Bien, sus palabras han puesto fin a la exhibición —replicó despreocupadamente—. En lo que respecta a una clave, el conocido pasaje: «Mirad cómo los cielos»..., hasta donde dice: «La térrea vestidura de la descomposición»... del *Mercader de Venecia*, encierra la explicación.

Al advertir entonces que mi enojo comenzaba a dominarme dejó de sonreír y añadió:

—Caballero, perdone usted a un anciano. No se trata de una muestra de senilidad, sino de algo casi tan pasado de moda como ésta: la paciente y exhaustiva investigación. Cuando entramos, esos pájaros estaban cantando. Uno de ellos, al menos, lo hacía: el macho, cantaba naturalmente y la hembra lo escuchaba absorta. No, no es que esté usted sordo: es que sus ojos no están acostumbrados a observar. Era bien visible que la garganta se hinchaba y el piquito se abría. No hay oído humano —¿entiende usted ahora mi cita de Shakespeare?— capaz de apreciar esas notas que la hembra encuentra tan hermosas.

—Sí, *Mr. Mycroft*, sí —respondí un tanto aplacado, pues se trataba de un hecho extraño que nunca había oído mencionar antes, y me agradan los hechos extraños—. Pero ¿qué relación existe entre estos pájaros y las abejas? ¿Acaso son ellos quienes alejan a los piratas?

—Está usted muy cerca de la verdad —replicó inesperadamente.

—¿Y cómo diablos puede ese canto que no oímos alejar una abeja que, probablemente, es sorda? He oído hablar de pájaros insectívoros que se alimentan de abejas, pero...

—Aún no conocemos el pájaro capaz de realizar esa hazaña, pero este cantor «secreto» es algo que nuestros antepasados ni sospechaban siquiera. Sin embargo, ahora conocemos un cantante maravilloso que puede realizar lo que usted pide. Es más notable que cualquier pájaro: se trata de una mariposa que emite notas que escapan al oído humano. Me vi precisado a mostrarle estas avejillas porque estudiándolas obtuve una serie de elementos que pueden sernos de enorme utilidad. Ellas me proporcionaron mis primeras grabaciones fonográficas. Una vez que aprendí a realizar este trabajo, y que la hembrita me demostró amablemente —con su arrobada atención— que había captado la nota deseada, abordé la tarea aún más difícil de grabar la voz sutilísima y estudiar sus efectos en un auditorio complejo y sensitivo.

Estábamos otra vez en la biblioteca. *Mr. Mycroft* me había contagiado su entusiasmo —pues me interesaban los aparatos mecánicos—; sacó de una repisa lo que parecía un diminuto gramófono de confección doméstica, combinado con un barógrafo. El tamborcillo mostraba líneas quebradas, semejantes a las que vi en cierta oportunidad en un aparato sismográfico. Junto a este tambor se veía una cañita pequeña y hueca, cuya utilidad no sospeché en aquel momento. Puso en marcha el mecanismo, y la pluma comenzó a trazar rápidos rasgos sobre el papel, en tanto que

el tambor giraba lentamente.

—Está usted oyendo una de las voces más extraordinarias del mundo —observó *Mr. Mycroft* con aire satisfecho.

—Eso dirá usted —repliqué con cierta acritud—. Pero ya que le gustan las citas para interpretar opiniones ajenas, le recordaré unas palabras de los *Hilanderos mágicos* de Hans Andersen: «¡El rey anda sin ropas! —gritó el niño».

—Tampoco quedaría mal una de Dickens —dijo riéndose—: «¡No existe la tal señora de Harris!». Pero le aseguro que en esta habitación resuena una voz, aunque sólo sea una voz «envasada», mientras esta aguja continúe vibrando. Mire.

Abrió de par en par un panel de la pared que daba al jardín y dejó al descubierto la parte posterior de una colmena, protegida por una lámina de vidrio. Una densa muchedumbre de abejas iba y venía por los panales. Retrocedió unos pasos e hizo girar el altavoz del gramófono hasta dirigirlo hacia la colmena. En dos zancadas estuvo otra vez junto a la pared. Con rápido movimiento, corrió la hoja de vidrio y dejó al descubierto el panal. Se oyó claramente cómo el industrioso zumbido se transformaba en un airado rumor de protesta. Me dirigí hacia la puerta, cuando de pronto cesó el rumor, más rápidamente aún de lo que había comenzado. Pero no para volver al sereno zumbido del trabajo, no: un absoluto silencio reinaba en la colmena. Parecía aquello la versión, en el mundo animal, del Castillo de la Bella Durmiente. La mano de *Mr. Mycroft* se extendió. Calló el aparato y, al cesar el último temblor de la pluma, las abejas volvieron a la vida. Durante un segundo parecieron vacilar, como el público de un teatro antes de estallar en aplausos. Pero yo no quise esperar la ovación. Sin pedir autorización, cerré de golpe el cristal. Pocos minutos después, estaban tan ocupadas como siempre, fabricando su eterna miel.

—Podría usted haber esperado un poco —dijo *Mr. Mycroft*—. Están tan atontadas que, por lo común, reanudan inmediatamente su trabajo, que para ellas, como para todos los seres laboriosos, es la mejor evasión de los asuntos desagradables y las extrañas circunstancias de la vida. Bien, así derroté a los invasores. Contra los aeroplanos tenemos aparatos de localización, pero no hemos encontrado aún la nota capaz de hacer olvidar a los pilotos enemigos su intención de bombardearnos. Cuando las abejas de Heregrove volvieron, yo estaba preparado, con mis cañones apuntando al cielo. Descendieron. En cuanto estuvieron al alcance de las ondas —lo cual logré averiguar haciendo experiencias con mis propios insectos— emití mi silenciosa orden de retirada. «Dulces son las melodías que oímos, pero más dulces aún las que escapan a nuestros sentidos». Por cierto que lo son, si salvan nuestras colmenas. Ya había comenzado la lucha entre mis abejas y las invasoras, pero al primer rasgo de la pluma sobre el tambor vi que se separaban. Las mías se posaron frente a sus colmenas. En cuanto a las enemigas, unas se posaron en los árboles y en las flores, otras sobre el césped. Entonces fué cuando recogí los ejemplares necesarios para efectuar las pruebas que le he mostrado.

—Un momento —interrumpí. Hasta entonces había escuchado pasivamente,

contemplando boquiabierto, como cualquier tonto, un invento que podía ser calificado de mágico, o bien, de mecanismo normal y corriente, por lo que se podía deducir, pero ahora pisaba terreno sólido, y me sentí seguro—. Un momento —repetí—. Hay algo raro en todo esto. Me interesan bastante los gramófonos, y a veces leo cosas referentes a ellos. Tengo entendido que el mejor aparato moderno es incapaz de registrar la nota más alta que el oído humano puede percibir. ¿Cómo explicar entonces estas supernotas?

—Me alegro de que entienda usted de estos asuntos —replicó—, pues así resultará más interesante la descripción que le haré de este ingenioso juguete. Tal vez sepa usted que Galton fabricó un silbato que emite notas inaccesibles al oído humano, pero no al de los perros. Este silbato me dió la clave de este tipo de investigaciones. Apliqué el mismo principio mediante esa caña hueca que ve usted junto al mecanismo. Le ahorraré detalles; bástele saber que las vibraciones excesivamente altas y delicadas para ser grabadas por un gramófono común en un disco corriente se transportan durante la grabación, y luego, mediante un mecanismo tan sencillo como ingenioso, se elevan nuevamente, reproduciendo la misma nota inicial. Idéntico principio se ha aplicado ya al cinematógrafo: se imprime, a través de un filtro, una película en blanco y negro que contenga todos los tonos, aunque no los colores, de la luz visible, y luego se proyecta esa película a través de un filtro complementario que nos la muestra coloreada. Eso fué, precisamente, lo que se hizo al fotografiar el Delhi Durbar del rey Jorge V. Hasta el presente, las dificultades de sincronización han paralizado el proceso. Pero en lo que respecta al sonido, los obstáculos no son tan graves, y pude superarlos sin desperdiciar demasiado tiempo.

—Ciertamente —me vi obligado a reconocer—, todo esto es muy ingenioso. Pero ¿qué sucedió al detenerse el gramófono? No lo habrá tenido usted en marcha hasta el anochecer.

—Confieso que estuve bastante intranquilo. Mientras sonaba el primer disco, eché en una bolsa el mayor número de insectos enemigos que pude. Pero la cosa no fué necesaria, salvo en lo que se refiere a mis experiencias de laboratorio. El doctor Cheeseman tiene razón. Cuando la reacción instintiva de un insecto ha sido totalmente dominada, es incapaz de recordar y continuar su trabajo como nosotros. Tiene que volver a su punto de partida, como sucede con los contusos que padecen ataques de amnesia que duran años, meses o semanas enteras, después del golpe. Cuando las abejas volvieron en sí, las que quedaban libres huyeron y las mías continuaron trabajando.

—¿Y nunca regresaron?

—Una o dos veces, pero tengo la impresión de que se está formando en ellas una especie de reflejo condicionado.

—Bueno, ahora usted está fuera de todo peligro. No sé si ha oído hablar de la tragedia, pero el médico forense ordenó a Heregrove que destruyera sus colmenas. Supongo que la semana próxima, a más tardar, la justicia comprobará si ha sido

obedecida o no.

Mr. Mycroft me miró.

—Conozco mejor a los hombres perversos que a las abejas dañinas. Tal vez Heregrove destruya sus colmenas. Pero, y recuerde usted bien mis palabras, no abandonará la apicultura, y sus futuros enjambres no serán menos dañinos que éstos; por lo contrario, serán peores, si logra conseguirlo. Los hombres como él se acostumbran pronto a ese poder maléfico y le toman afición, hasta que acaba por dominarlos, y entonces es más difícil deshacerse de él que del vicio de la morfina. Yo lo sé.

Era evidente que hablaba con autoridad, aunque no podía decir sobre qué la fundaba. Pero a mí me interesaba más el misterio de las abejas.

—¿Cuál es la nota que las paraliza? —pregunté.

—Lamento, como le he dicho, no poder mostrarle al cantor en persona —replicó él—. Son hoy en día más raros aún que esos curiosos pajaritos que vió usted en la habitación contigua, y mucho más difíciles de cuidar. No obstante, le mostraré una *prima donna* en su ataúd. Se trata, nada menos, que de la voz que dominó a un millar de asesinos, y que —como acaba de verlo hace unos minutos— es capaz de obligar a los trabajadores más fanáticos del mundo a dejar sus herramientas y permanecer ociosos mientras se oiga su mágico acento.

Mientras sacaba una cajita de cartón, que evidentemente había servido para guardar pliegos de papel de cartas, añadió:

—Cosa extraña, entre los pájaros, y en el resto del mundo animal, el macho canta y la hembra escucha; en cambio, estas mariposas y otras similares, por ejemplo la que llaman emperador rojo, mediante un olor que nuestro olfato no percibe...

Se interrumpió bruscamente.

—¡Pues sí que me estoy poniendo viejo! —exclamó—. Nunca se me hubiera pasado por alto semejante cosa hace veinte años. Sí, así es como nos acordamos de un sueño. De pronto, cualquier incidente cotidiano nos recuerda toda una historia soñada, que de otro modo hubiésemos olvidado.

Yo no comprendía una palabra de lo que estaba diciendo, y aguardé, mientras él redactaba rápidamente una anotación.

—Perdone usted —dijo levantando los ojos—. Creo que el simple hecho de mostrarle esto resultará más útil que todo el resto de nuestra interesante conversación.

Abrió la caja. Atravesada con un alfiler, se veía adentro una mariposa muy grande, de cuerpo robusto, que ostentaba en la cabeza un extraño dibujo.

—Ésta es la mayor de las mariposas de Inglaterra, y es muy difícil de encontrar. Me costó muchísimo trabajo conseguir una pareja. El macho está en otra caja.

—Tiene una curiosa señal —observé.

—Ella es la que le ha dado su nombre —replicó—: la mariposa de la calavera. Pero su característica única es su voz, imperceptible para nosotros, y que ella utiliza no sólo para atraer al macho, sino también para un fin tan extraño como el

instrumento empleado: para hipnotizar a las abejas, penetrar tranquila en sus colmenas y devorar la miel que contienen. ¡Imagínese usted lo que sería asaltar un Banco, sin otra arma que una canción, y llenarse los bolsillos de billetes mientras los empleados están allí, a un paso, dispuestos a apuñalarlo en el preciso instante en que su voz deje de oírse! La naturaleza supera lo más fantástico que podamos imaginar nosotros. ¡Pobres criaturas humanas!, nos pasamos el tiempo tratando de imaginar cosas irreales, y nos derrota siempre la fantasía inextinguible y sutil de las cosas naturales. Bien, ya sabe usted cómo frustré el ataque de Heregrove sin que él, como le he explicado, sepa si sus torpedos aéreos realizaron su obra mortífera o no. Sólo pudo imaginar que no habría apicultor capaz de descubrir su desafío y, menos aún, de hallar la respuesta.

—Bien —le dije con firmeza, mientras me levantaba y me dirigía hacia la puerta—, le quedo muy agradecido por esta interesantísima visita. ¿Podría recoger la miel y retirarme? Supongo que ahora, con el sol bajo y las colmenas dormidas, no encontraré a ninguna de las harpías de Heregrove, aun cuando no las haya eliminado todavía.

—No tema usted —replicó—. Sólo atacan para proteger su colmena o robar a otras. Ése es el motivo que las trajo aquí. Ahí tiene usted el jueguito de Heregrove. Gracias a ellas, no tiene competidores en la zona. Es un caso típico de cómo una inteligencia brutal puede valerse del instinto salvaje para hacerle cometer crímenes inconscientemente.

Me intrigaba su interés por esas miserables abejas y por los supuestos motivos de Heregrove. Yo era, sin duda, una figura de tercer orden. Me había retenido todo el día con un pretexto falso: ahora lo veía claramente. Yo había creído, naturalmente, cuando él me aconsejó antes del almuerzo que permaneciera en la casa, que lo hacía por mi propia seguridad, para librarme de un peligro.

—¿Por qué, entonces —exclamé—, me ha tenido usted aguardando todo el día, si no corría peligro alguno? —Confieso que en mi voz vibraba una irritación muy explicable.

Pero él no demostró sorpresa ni resentimiento ante mi brusca salida.

—Porque comprendí que no se quedaría con el solo objeto de oír mis explicaciones —respondió.

—Su impaciencia me recuerda la de un cierto procónsul llamado Poncio, que en mitad de una entrevista, tan célebre como trascendental, pensó que la discusión se tornaba demasiado abstracta y la terminó con prematuro enojo preguntando qué era la Verdad, sin esperar la respuesta. Por eso, como interpretó usted mis palabras erradamente, se creyó en inminente peligro de ser atacado por abejas, pero no quiso comprender que el riesgo que corría radicaba en su impaciencia y mala voluntad para enterarse del verdadero carácter de lo que le amenaza. Y dejé que su error redundase en su propio provecho, manteniéndolo aquí hasta demostrarle minuciosamente cuáles son los factores que intervienen en su caso.

Dijo estas palabras con un tono sereno que me exasperó aún más y produjo un efecto contraproducente sobre mis nervios tensos. ¡Después de haberme hecho perder todo el día me injuriaba con ese airecillo de superioridad y se permitía endilgarme un sermón acerca de mi carácter! Contuve la lengua, aunque me sentía molesto y avergonzado. Todo esto explica mi protesta final, que aún considero inevitable y espontánea. Mycroft hizo una pausa. Como he dicho, yo luchaba por contener la lengua. Él continuó, con aire indiferente, como si no me debiera una excusa, y articulando con lentitud, como si no me hubiera hecho perder bastante tiempo.

—Ya que le he mostrado la mariposa de la calavera, creo de mi deber fundamentar lo que acabo de expresarle. No se me oculta que los consejos de ancianos y extraños resultan fastidiosos, y yo soy, por desgracia, ambas cosas para usted. Sin embargo me atrevo a rogarle que no visite a Heregrove sin llevarme en su compañía. Me agradecería mucho. Por cierto, éste era el único asunto que pensaba tratar con usted antes de dejarlo partir.

Esto acabó de exasperarme. Se me había tratado como a un niño a quien se engaña para que sirva los intereses de los suyos, y he aquí que, cuando ya estaba indignado, y con razón, como si no bastara con hacerme perder el tiempo, el anciano investigador me obligaba a soportar su compañía y, más aún, trataba de poner orden en mi vida. ¿Quién era este buen señor para aconsejarme y dirigirme, indicándome las personas que debía visitar y con quién? Comprendí entonces con meridiana claridad que me había acorralado, poniéndome en situación tal que ya no podía rehusarme sin caer en suma descortesía. El viejo entremetido no carecía de habilidad. Detesto que se me imponga una línea de conducta, y más todavía que se trate de alterar mi firme propósito, el que me trajo a vivir en el campo: eludir todo trato y sociedad con extraños. La transparente estratagema me irritó tanto que experimenté una positiva repulsión hacia el anciano y, por contraste quizás, una especie de benevolencia protectora con respecto a Heregrove. Era ya demasiado, después de lo demás: la diplomática sutileza de aquel viejo tonto, que creyó que yo no percibiría su intención, y la fatigosa espera de todo el día perdido.

¿Qué se proponía ese charlatán fantasioso? ¿Por qué hacer tales insinuaciones acerca de uno de los moradores de la aldea, del cual yo sólo sabía que vendía una miel excelente y barata, y que había tenido la desgracia de perder a su mujer por culpa de las mismas abejas que me proveían de miel? Quizás no la amase mucho, pero la justicia de Inglaterra había dictaminado ya, y con razón, que había sido víctima de un terrible accidente. Muchas veces se siente dolorosa nostalgia por la muerte de aquellos mismos que nos desagradaron en vida, especialmente si perecieron en forma repentina y trágica. Cuando yo era niño, teníamos en casa un perro al que nunca quise. Ladraba mucho y me saltaba encima atemorizándome y ensuciándome la ropa. Y, sin embargo, el día que un automóvil lo mató y lo vi tendido en la carretera, como una bolsa aplastada, no sólo me sentí impresionado, sino hondamente triste.

Estos pensamientos, claro está, pasaron como un relámpago por mi mente. Creo que estaba más cansado de lo que yo mismo pensaba.

Mr. Mycroft estaba ante mí y me contemplaba con expresión serena. Sin meditar mis palabras, exclamé:

—Le pagaré el importe de la miel. Soy un perfecto ermitaño, y no acostumbro hacer presentaciones sociales. En cuanto a mis actividades, jamás he necesitado consejos acerca de ellas.

Callé. Confieso que me faltó valor para sostener la mirada que me dirigió Mr. Mycroft ante tan manifiesta descortesía, de modo que no sé cómo lo hicieron reaccionar mis palabras. Sólo recuerdo que abandonó la habitación en silencio. Después de unos minutos volvió con un paquete prolijamente hecho y provisto de una ingeniosa presilla de cuerda; señaló un precio ridículamente exiguo. Yo busqué un instante mi billetera, y sospecho que al pagar enrojecí un poco.

Mr. Mycroft se contentó con añadir:

—La cuerda es segura. Así se evitará usted el trabajo de devolver la canasta.

Me abrió la puerta y, después de tartamudear «Buenos días», atravesé velozmente la pradera envuelta en sombras, recorrí el oscuro senderito a través del bosque y salí a la calle, iluminada por los últimos rayos del sol. Creo que mis nervios estaban alterados; tal vez me había mostrado muy brusco. El lugar me pareció lúgubre y silencioso. Una y otra vez volvían a mi memoria aquellos versos tontos y melodramáticos del *Viejo Marino*:

*Como aquel que por sendero solitario
Camina lleno de terror y espanto
Y, después de volverse, sigue adelante
Y no vuelve a mirar en pos de sí,
Porque sabe que un espectro horrible
Sigue de cerca sus pasos.*

No me tranquilicé hasta que me vi de nuevo sentado en mi propia sala, junto a la lámpara encendida y con las cortinas corridas y la puerta bien asegurada con cerrojo.

Capítulo IV

El vuelo hacia la araña

A LA MAÑANA siguiente, a pesar de todo lo ocurrido, yo estaba contento. La esplendorosa luz matinal puso en claro un hecho importante. Gracias a mi acertado primer impulso, acababa de librarme —a costa de unos segundos de desagrado— de un viejo locuaz, empecinado, aburrido y extravagante, que amenazaba invadir para siempre mi vida privada. Y ése es, precisamente, el tipo de personas que son el terror de clubes y paseos urbanos. Por evitar su trato me radiqué en el campo. Tenía ahora una buena reserva de miel. Decidí olvidarlo todo y no pensar siquiera qué haría el día en que se acabara mi provisión.

Pero los días transcurrieron muy rápidamente, y unas semanas después me encontré sin miel. Habría pasado alrededor de un mes, aunque a mí me pareció mucho menos. Recuerdo que me resistí a prestar atención a la disminución paulatina de mis reservas, porque cuando Alicia me hizo presente el hecho, la regañé. En el fondo, la culpa fué suya. Ella debiera haber comprendido que yo no quería ser molestado. Pero, no sé por qué, la gente, cuanto más pobre e ignorante es, mayores exigencias tiene en cuanto a lucidez y buen sentido.

Abordó el tema diciéndome:

—Señor, sólo le queda medio frasco de miel y un panal.

—Lo sé —repuse, creyendo imponerle silencio. El esfuerzo fué tan inútil como el que hice para acallar las loas fúnebres de la difunta señora de Heregrove.

—Y no es sólo eso, señor: ¡los panales disminuyen tanto con este tiempo caluroso!

Le repliqué con un gruñido. Cualquier palabra, por seca que fuese, actuaba sobre ella como el agua caliente en una hemorragia.

—Y me pregunto dónde encontrará usted más. No hay una sola colmena en todo el pueblo. El otro día mi novio decía que esta aldea debería llamarse Ashton-sin-colmenas; y tiene razón. ¡Qué gracioso: Ashton-sin-colmenas!

Esto ya me pareció demasiado: ¡que se me sirvieran, después del desayuno, las sobras frías del humorismo idiota del novio de Alicia!

—Alicia —dije con una firmeza que no demostraba desde hacía largo tiempo, al menos desde que me libré de los tentáculos de *Mr. Mycroft*—, sírvase continuar con su trabajo, que yo proseguiré con el mío.

La mesa tendida para el desayuno estaba a medio levantar; parte de la vajilla ocupaba ya la bandeja en que sería transportada al antecomedor y el resto continuaba sobre la mesa.

Yo no tenía una idea muy clara del trabajo que me disponía a proseguir, ya que, al

iniciarse el ataque, estaba mirando el campo a través de la ventana, pero comprendí que debía suavizar mis palabras demostrando a la joven que ambos teníamos deberes cuyo cumplimiento impedía toda pérdida de tiempo. Pero Alicia quedó resentida. Me estaba comportando, lo comprendí inmediatamente, no sólo con grosería, lo que me estaba permitido como patrón, sino también sin sentido común, y esto último es algo que las mentalidades toscas hallan más desconcertante que cualquier injuria. Era inevitable una nueva hemorragia verbal.

—Perfectamente, señor. Jamás he dado consejos a nadie, ni siquiera a quienes debería dárselos —¡otra vez consejos!—, pero creo que sería una tontería que se quedara usted sin miel, puesto que le gusta tanto y desconfía de la que venden en el almacén. Por lo demás, yo tampoco le tengo mucha confianza. Lo que quería decirle, sin mala intención alguna, es que he oído decir que tal vez pueda usted conseguir miel otra vez en lo de Heregrove.

No pude contener un sobresalto. Esta señal, que confirmaba la impresión producida por su ataque, dió nuevos bríos a Alicia.

—Mi novio trabaja en los campos que están detrás de la propiedad de Heregrove, y dice que ha visto a éste cuidando sus abejas como antes.

Yo quería saber más, pero predominó mi decisión de hacer callar a la doncella antes que esas charlas matinales se convirtieran en un precedente sólidamente establecido.

—Gracias, Alicia —dije—; yo mismo me ocuparé del asunto.

Hablé con dureza y frialdad. Fui grosero. Pero hablé con sentido común y sin rodeos. Por eso la descortesía no trajo consecuencias. Hería, pero la herida estaba desinfectada. Alicia se quedó muy satisfecha. Claro está que no había agotado su tema, como sin duda hubiera deseado, pero me había obligado a hacer algo. Y eso era lo importante. Había movilizado a la burguesía. Había dictado órdenes. Se alejó, contenta a su manera, y pronto el entrechocar de los platos, mezclado a la melodía nasal de *Quédate conmigo*, que se filtraba por la puerta de la cocina, me indicó claramente que Alicia paladeaba en aquel instante el gozo de haberse sacrificado para molestar al prójimo. Creo que esa satisfacción agridulce impregna la vida entera de la clase trabajadora.

Sin embargo, al comprender todo el alcance del triunfo de Alicia, me sentí disgustado. Ahora tendría que hacer algo. Estaba resuelto a no volver al viejo charlatán de la avenida Waller's. Con seguridad que él, por su parte, olvidaría con gusto mi inútil esfuerzo por escapar de sus garras. No, el triunfo de Alicia no debía llevarme a ese desastre.

No me quedaba, pues, otro recurso que salir y averiguar si lo dicho acerca de Heregrove era cierto, ir a tantear el terreno. Además, aunque se dedicase a las abejas, nada de malo veía en ello. Con toda seguridad, ya había eliminado a esa colmena enloquecida que atacó a su desgraciada mujer. Y si nadie tenía colmenas en toda la zona, ¿quién le impedía a él explotarlas? Sin duda era hábil, tenía «buena mano para

las abejas». Muchas epidemias —malas crías, enfermedad de la isla de Wight, etc.— diezman continuamente los enjambres. Ya me había olvidado de los infundios del viejo Mycroft. Todas las demostraciones que me hizo podían ser muy bien obra de un maniático inteligente. Probablemente fuese una persona peligrosa, un demente, quizás. En cuanto a Heregrove, yo no debía hacer campaña difamatoria contra un individuo hábil y perseguido por el infortunio. Si otros querían hacerla, allá ellos; era sembrar vientos, que sin duda dejarían cosecha de tempestades. Por mi parte, saldría beneficiado al ser su único cliente.

Medité una y otra vez estas razones, aunque parezcan y sean insignificantes. «¿Por qué tantas vueltas —podrá decir el lector— para comprar unos frascos de miel?». Confieso que en el fondo estaba lejos de sentirme tranquilo. Si no me hubiese impelido el temor de las charlas e intromisiones de Mycroft, ¿hubiese procurado rechazar sus afirmaciones, tachándolas de embusteras y convenciéndome a mí mismo de que se trataba de un loco? Me esforcé por alejar ese pensamiento, pero no pude. Me pareció que la única manera de librarme de él sería ir y cerciorarme de si Heregrove tenía nuevamente colmenas. En caso afirmativo, me reabastecería de miel. Para evitar tan desagradables asociaciones de ideas —las del viejo Mycroft— salté al extremo opuesto del dilema, fuente de todas mis sospechas.

Una vez que nos hemos decidido a hacernos cortar el pelo, o a probarnos un traje en la sastrería, lo mejor es hacerlo cuanto antes. Por eso aquella misma tarde hice mi paseo vespertino en dirección a la casa de Heregrove. La suerte —no, he decidido decir el Destino— quiso que el hombre estuviera en su jardín en el preciso instante en que yo me detenía ante su puerta. Quedamos frente a frente.

—He oído decir que vende usted miel nuevamente —dije, creyendo abordar con tacto la cuestión.

Sin embargo, mis palabras no fueron muy bien recibidas. Me miró con una cara extraña, sin expresión. No era, ciertamente, lo que las revistas elegantes llaman «apuesto». Moreno, fuerte, parecía inteligente y resuelto..., sin embargo había una rara frialdad bajo todas esas cualidades. ¿Dónde había visto yo otro rostro tan frío? Ya recordaba, el del viejo Mycroft, naturalmente; pero aquella frialdad parecía provenir de su carácter distante y ésta estaba mezclada de dureza. Cuando vi por primera vez a Mycroft, recuerdo que pensé que su rostro era serenamente frío.

En cambio, la fisonomía de este hombre no era serena, a pesar de su frialdad. Se me ocurrió que se esforzaba por suprimir toda expresión en sus facciones, no porque le preocupase la opinión ajena, sino porque estaba decidido a ocultar algo.

De este pensamiento pasé a otro, más inquietante aún. Estaba seguro de que el hombre me examinaba con interés mucho mayor del que quería demostrar. Después de una pausa, que se fué haciendo cada vez más molesta para mí, de pronto, como una luz eléctrica que se enciende tras una celosía, su rostro se iluminó. Me asaltó una idea extraña, sin fundamento alguno, pero bien definida: la de que acababa de tomar una resolución.

—Lo lamento mucho —dijo en voz muy baja e inexpresiva—, lamento haber demorado tanto mi respuesta. Después de mi duelo y de la pérdida que he experimentado me he convertido en un ermitaño, y los largos silencios son propicios a las respuestas tardías. Sí, me he dedicado de nuevo a la apicultura.

Después de una pausa añadió:

—Mi médico dijo, cuando le consulté el caso, que la mejor cura para una «conmoción» fuerte es la más difícil: volver a lo que ocasionó nuestra conmoción. Así, los que han sufrido peligrosas caídas saltando vallas deben volver a practicar la equitación y el salto hípico tan pronto como están en condiciones de montar a caballo. Claro está que destruí aquellas colmenas, pero tengo buena mano para criar abejas, y mis enjambres prosperan otra vez. No me agrada la idea de poner el anuncio que antes exhibía, pero pienso que, criando abejas reinas, tal vez consiga ganar unas libras. —Me recorrió un extraño estremecimiento, que surgió del fondo de mi conciencia—. Pero me agradaría que fuese usted mi cliente, como lo fué de mi pobre mujer. Espero que en este intervalo —caminábamos en ese momento por un sendero del jardín, y sentí que sus ojos se volvían hacia mí, aunque su cabeza no se había movido— no habrá experimentado usted molestia alguna.

—No —respondí evasivamente—, ninguna.

Comprendí que debía inventar alguna explicación, pero —como ya lo he dicho— viviendo solo no hay necesidad de mentir y pronto se pierde la costumbre de hacerlo en forma convincente. Su observación inmediata demostró que yo había tenido razón.

—Tengo entendido que hay muy pocos apicultores en esta zona. Como la miel casera es tan diferente de la que venden los almacenes, temía que se hubiera quedado usted sin ella.

Me callé, sencillamente. No podía interpretar esas palabras sino como una pregunta apremiante, destinada a comprobar si había o no otros apicultores ocultos en los contornos. Dejé que interpretase mi silencio como mejor le pareciera. Llegamos a la casa, y me hizo pasar a la sala, que estaba tan desordenada y polvorienta como en tiempos de su mujer, a juzgar por lo que pude columbrar entonces a través de la puerta entornada.

Oí su voz que proseguía, a mis espaldas:

—A menos, naturalmente, que se buscase usted un proveedor en otra parte.

La risita con que celebró su broma no me regocijó en lo más mínimo. La casa, el individuo, mis sospechas, todo me chocaba. Me volví.

—Desearía llevar la misma cantidad que la vez pasada —dije.

Señaló la cantidad exacta, añadiendo:

—Acompañeme usted. Guardo la miel cerca de las colmenas. Eso me ahorra trabajo cuando, durante el invierno, tengo que alimentar a mis abejas con su propia miel. El azúcar pura no basta.

Volví a sentir un vehemente impulso por alejarme de todo aquello y, sobre todo, una ola de resentimiento hacia Mycroff: ¿por qué, en vez de hacerme perder tiempo,

no se contentó con proveerme de miel? Mi indignación alcanzó también a Alicia. A pesar de todo, hubiera sido ridículo negarse. Dejando atrás la casa, recorrimos el camino del jardín trasero, y recordé que, en vida de su esposa, lo había visto recorrer ese sendero, rumbo al establo.

Al recordar ese detalle, y por decir algo que no se relacionase con abejas ni con miel, decidí romper mi mutismo, preguntando:

—¿Tiene usted todavía su caballo?

Confieso que si un extraño me hubiese dirigido igual pregunta lo habría tildado de impertinente y entremetido. Pero no fué ésa mi intención. Me limité a hacer una observación ociosa, de ésas que sólo se formulan para interrumpir una pausa que se va haciendo demasiado prolongada. Y mi observación surtió malísimo efecto... No me cupo duda de ello: un efecto desproporcionado con su causa. Heregrove se detuvo y se volvió hacia mí. Giré sobre los talones y me encontré ante una mirada inquisitiva. Hubo otro silencio desagradable, y luego oí una respuesta tan trivial que me sentí aún más confuso:

—No, lo vendí hace algún tiempo. Me resultaba demasiado caro.

“He aquí una respuesta sincera y clara”, dije entre mí, pero comprendí instintivamente que había puesto el dedo sobre el sello que cerraba algún terrible secreto dentro de la mente de aquel hombre. Sin embargo, la idea de hallarse solo junto a un sujeto peligroso que sospecha que uno sabe demasiado es tan violenta que adopté, como es bien natural, la segunda alternativa: la de crearme ante un desdichado perseguido por la mala suerte (o injustamente tratado por el destino), a quien podía ayudar comprándole su miel. Por lo demás, la hipótesis no carecía de posibilidades. Raras veces nos inspira temor aquél a quien protegemos. El miedo es un sentimiento desagradable, mientras que sentirnos protectores y benévolos, por más que no lo confesemos, nos reconforta.

Y yo necesitaba sentirme reconfortado, porque me infundía temor un extraño presentimiento. Por eso cambié de tema. Me llamaron la atención los canteros florales, exuberantes pero descuidados.

—A pesar de que la mejor época del verano ha pasado ya —dije—, quedan aún bastantes flores como para mantener ocupadas a las abejas. Son unos insectos muy curiosos. —Yo continuaba hablando, aunque mi compañero permanecía silencioso, porque estaba resuelto a que hubiera conversación, aunque fuese la mía únicamente y sólo contribuyese a tranquilizarme—. Supongo que, en realidad, no las guía el color, sino el aroma —continué.

De nuevo sentí esa mirada de soslayo. No comprendía por qué mi charla no lograba tranquilizar a ese individuo suspicaz. ¡Ay, sólo me engañaba a mí mismo y trataba de convencerme de que mis esfuerzos no eran vanos! Por el contrario, cuanto decía, y hasta mis silencios, no hacían otra cosa que confirmar sus sospechas; más aún, se veía a las claras que estaba decidido a no dejarme marchar sin asegurarse de si yo era tan inocente como parecía, o estaba tan bien informado como lo revelaban mis

palabras.

Habíamos llegado a la extremidad del jardín, y ya se divisaban las colmenas a través de una ruinoso empalizada. Las colmenas no tenían nada de particular. Cuando llegamos a la puerta, Heregrove cambió repentinamente de idea.

—Si quiere usted esperar aquí —dijo cortésmente—, yo traeré la miel. Está en ese pequeño cobertizo, junto a las colmenas. La mayor parte de las abejas ha vuelto ya, pero llegan aún algunas rezagadas. Tal vez se irriten. Los obreros laboriosos suelen incomodarse cuando, al volver del trabajo, encuentran extraños rondando su casa.

Sonrió al pronunciar estas palabras. Me alegré tanto al comprobar, por esta señal, la mejoría experimentada en nuestras relaciones, que reí tontamente, en un esfuerzo por parecer lo más cordial posible. Se alejó, dándome la espalda, y pocos minutos después salió del cobertizo cargado de miel.

«Bien, todo ha terminado —pensé yo—. De aquí en adelante me las compondré para conseguir otro proveedor, o renunciaré a mi capricho. Porque no me creo capaz de afrontar una visita semejante». Pero, por desgracia, no había terminado todo, como yo creía.

Dirigiéndose a mí, dijo tranquilamente:

—Antes de irse, acompáñeme hasta el establo, ya que estamos en esta parte del jardín. Me gustaría que lo viese, puesto que se ha mostrado usted interesado en el caballo que tuve.

El pretexto invocado para mostrarme el lugar era tan fútil que me sentí invadido por un extraño terror. No obstante, cuando pensé en la manera de librarme de caminar esos cuarenta metros y penetrar en el cobertizo ruinoso que me señalaba, no encontré razón valedera, puesto que el mismo peligro correría allí que en el trayecto de vuelta hasta la calle. Admitiendo que el hombre tuviese realmente alguna finalidad oculta para querer mostrarme ese establo, era evidente que no podía ser la de dañarme. ¿Cómo podría conducirse de tal modo con el primer cliente del negocio que estaba tratando de restaurar? Hice una señal de asentimiento y comencé a seguirlo, pues ya se había puesto en marcha rumbo al establo. Me tranquilizó algo ver que caminaba delante de mí y que tenía las manos ocupadas con los frascos y panales de miel: esto lo dejaba en evidente inferioridad de condiciones, si es que se proponía atacarme.

«A menos, naturalmente —me dije bromeando—, que se proponga volverse hacia mí, cubrirme de miel y asfixiarme. Así como Clarence murió ahogado en su Malmsey, Sydney morirá ahogado en su miel».

Bromear a solas suele dar resultado, pero si no lo logra es contraproducente. Ignoro si en aquella ocasión tuve éxito. Tal vez sí, pues recuerdo que dije en alta voz no sé que chiste sobre «el nido de la yegua»^[1] del año anterior, mientras ambos contemplábamos las briznas de paja húmeda que cubrían el suelo. Creo que mi risa no resultó demasiado forzada, aunque Heregrove no sonrió. La verdad es que parecía no oírme. Antes había estado sobre aviso, ahora parecía completamente distraído. Cuando hablé, lo hizo consigo mismo, olvidado de mi presencia.

—La ataba en el establo —dijo dejando a un lado su carga de miel y dirigiéndose al pesebre en cuestión.

Lo seguí por cortesía. «Quizás estaba encariñado con el animal», pensé. Ciertos misántropos buscan una válvula de escape para su afectividad. En lo que a mí respecta, no es que odie a la gente; prescindo de ella sencillamente. Supongo, por lo tanto, que no necesito de animales domésticos.

—La yegüita —continuó— podía mirar a través de esta ventana. No pude proporcionarle mucho ejercicio, y los caballos, como usted sabe, se hastían si carecen de ocupación; en tales casos les da por tragar aire o morder la madera de su pesebre. Pero desde aquí se ve un hermoso paisaje, ella lo contemplaba, y solía relinchar a los pájaros y a los perros.

El hombre era un solitario sentimental, y estaba algo reblandecido, por lo visto. Lo mejor sería llevarle la corriente y alejarse cuanto antes.

—Vea usted —prosiguió, haciendo un esfuerzo por mirar a través del ventanuco, cosa difícil a causa del pesebre que estaba precisamente debajo de él—. Si mira hacia la derecha, se divisa el camino; enfrente, hay una buena milla de prado abierto; a la izquierda, se ve la carretera y las techumbres del pueblo.

Me empiné, para complacerlo. Luego sentí alivio al ver que se retiraba.

—El animalito disfrutaba de un lindo paisaje, ¿no es verdad? —preguntó.

—Sí —respondí—, efectivamente.

Al fin y al cabo, el hombre era un tonto y sólo se volvería peligroso si se insultaba la memoria de su amada yegua (la cual, como dirían ciertos psicólogos, se había convertido quizás en la «reemplazante» de la difunta esposa). Le haría el gusto y nos separaríamos como buenos amigos... y para siempre.

—Sí —dije, empinándome otra vez y estudiando el panorama—, se ven los bosques, los prados y los techos de la aldea. El paisaje es hermosísimo.

Me volví; estaba solo. El terror se apoderó de mí. Corrí hacia la puerta. De paso, observé que la miel había quedado en el suelo. Eso no me detuvo. Lo que sí me detuvo fué encontrar a Heregrove en mi camino. No pudo dejar de advertir mi alarma, pero no dió señal alguna de haberla notado.

—Así es —continuó, prosiguiendo tranquilamente la conversación—, la vista es excelente.

—¿Adónde fué usted? —exclamé.

Pareció sorprendido, pero respondió:

—Estaba viendo el otro pesebre. Tiene comodidad para dos caballos. Pero hay ratas en ese lado. Tengo que instalar una trampa.

Luego dijo algo que me tranquilizó y me sorprendió al mismo tiempo. Extendió la mano diciéndome:

—Me herí en este dedo con un clavo. Levanté un tablón para ver mejor la cueva de las ratas, y no lo advertí. —En torno a su índice había un jirón de tela manchada—. Siempre tengo algún desinfectante a mano. Es fácil contraer una seria infección si

no se desinfecta uno en seguida, cuando se trabaja en establos y jardines. Pero no puedo atar bien este dedo. ¿Quiere hacer el favor de anudar la venda?

Al ver que el individuo se había lastimado y se ponía de ese modo a mi merced, me tranquilicé de inmediato. Quizás estuviera medio loco, pero parecía inofensivo a todas luces.

—Con mucho gusto —dije. Sentí una verdadera oleada de alivio casi irracional.

Tengo habilidad manual, y até el vendaje con prolijidad, pero una buena parte del desinfectante que Heregrove se había puesto en abundancia y desprolijamente pasó a mis dedos y al puño de mi chaqueta. Le sugerí la conveniencia de deshacer todo el vendaje, pues se veía que, por su propio descuido, había puesto mayor cantidad de desinfectante fuera del mismo que en su interior. Pero no quiso saber nada.

—No, no; así está perfectamente. No se moleste.

—Pero ¿está usted seguro de que la venda ha cubierto bien la herida? ¿No sería mejor lavarla antes? —insistí.

—La he lavado —replicó él—. Hay un grifo en el otro pesebre. El corte es pequeño, pero profundo. Y ese desinfectante, aunque huele bastante mal, es excelente para estas heridas.

Bien, él sabría mejor que yo su conveniencia; ahora había llegado el momento de irme lo más pronto posible. Por cierto que el olor del desinfectante era repugnante: la única palabra que le cuadraba era «rancio». Recordé que una vez, de niño (es curioso cómo los olores nos traen reminiscencias), había ido al zoológico y me había sentido asqueado hasta la náusea ante la jaula de los gatos salvajes. «Chicos pero fuertes», había dicho mi padre riendo; pero yo vomitaba todavía al salir del parque. Y el tufo de este ungüento me recordó aquel episodio con tal realidad que temí, por un instante, volver a vomitar. Vacilé antes de preguntarle dónde podía lavarme las manos, y como Heregrove no me lo propuso, y mi deseo dominante era el de salir de aquel establo, de aquella casa y de la vecindad de aquel hombre, me puse en marcha hacia la puerta.

—¿Y su miel? —pregunto Heregrove.

Debí soportar que me cargara con ella, y tuve que registrar mis bolsillos en busca de la billetera. Pero, al fin, estaba en camino hacia mi casa, hacia la libertad. Cuando llegamos al portal, observó:

—Hice un envoltorio muy frágil.

—No tiene importancia —protesté yo.

—No, permítame que lo acomode mejor entre sus manos; así no se le caerá nada por el camino. Y comenzó a apretar el papel, arreglarme la manga y tironear de la solapa de mi americana para evitar, según dijo, que se arrugase. Detesto que se me manosee, y cuando el que lo hace es alguien de quien se desconfía y que a cada contacto nos hace llegar una bocanada de olor fétido, el desagrado se convierte en insulto. Me aparté bruscamente de él.

—Gracias —tartamudeé—, muchas gracias. Es suficiente. Esto bastará, no se incomode.

Y me escurrí con mi carga, como el pequeño cangrejo que se refugia bajo una piedra en el preciso instante en que la gaviota va a apoderarse de él para matarlo a picotazos. Me volví para mirar, en el crepúsculo; sólo divisé a Heregrove, que volvía otra vez al establo.

Caminé de prisa hasta verme nuevamente en casa. Nunca recuerdo haber vuelto tan demudado. Mi regreso de casa de *Mr. Mycroft* era juego de niños en comparación con este otro. En aquel entonces me había sentido irritado y nervioso; lo que experimentaba ahora era infinitamente más grave; a su lado, aquello resultaba casi divertido. Me sentí, en un momento determinado, tan angustiado y exhausto que el timbre de la voz serena del viejo Mycroft me hubiera parecido lo más tranquilizador del mundo, y si lo hubiese escuchado, le habría dado la bienvenida. Eso, al menos, me hubiera tranquilizado, y yo necesitaba una buena dosis de serenidad.

Capítulo V

La mosca salva su vida

COMO ME había sucedido después de mi accidentada visita a *Mr. Mycroft*, a la mañana siguiente de la entrevista con Heregrove me desperté completamente olvidado de mis terrores. «Quizás, cuando se vive tan aislado y tranquilo como yo, un leve desagrado y hasta un poquito de miedo de cuando en cuando no vienen del todo mal», pensé aquella mañana mientras, tendido en el lecho, oía el ir y venir de Alicia, que ponía la mesa para el desayuno. «Hasta es posible que active el hígado, o las glándulas, o cualquiera otra víscera que necesite un pequeño estímulo emocional de tiempo en tiempo». Por cierto que los rumores de mi cómoda vida cotidiana, de esos tranquilos placeres que se preparaban para mi propio goce, me parecieron más placenteros que nunca. Me bañé sin prisa, disfrutando de cada minuto y dando lugar, al mismo tiempo, para que Alicia, ante mi tardanza, saliera rumbo al pueblo a hacer sus compras. De ese modo me aseguraba el goce perfecto de mi existencia solitaria.

La treta surtió efecto. Cuando bajé, era dueño absoluto de la casa. La caldera hervía sobre la hornilla, con un rumor paciente, hogareño y sedante. Las tostadas estaban ya preparadas, sobre la rejilla. Me agrada el pan bien tostado y calentito. Los huevos también estaban listos para ser sumergidos en el hervidor, que burbujeaba, como destacando su cortés eficiencia. Los introduje en él, consultando al mismo tiempo mi reloj de pulsera, y puse las tostadas sobre la mesa. Saqué también la tetera de barro oscuro, previamente calentada, pues reservo mi juego de plata antigua para la merienda de la tarde, coloqué en ella las tres cucharadas de té Lapsang, y derramé encima un abundante chorro de agua hirviente.

El aroma suave, con un leve dejo a tanino que no disminuye en nada su fragancia, me trajo a la memoria aquel nauseabundo desinfectante de Heregrove. Siempre he acostumbrado, y acostumbro, desayunar en bata de entrecasa. Recordé en aquel instante que había dejado mi chaqueta en el armario, con el propósito de enviarla a la tintorería. Aunque me había lavado las manos cuidadosamente, todavía se advertía en mis dedos una ligera decoloración, y al acercarme la mano a la nariz percibí claramente aquel olor repugnante. Sin embargo, era necesario acercar mucho la mano para advertirlo. Me decidí a intentar un segundo tratamiento a base de jabón y cepillo. Sacando los huevos del agua, corrí escaleras arriba. Pero, después de un rápido lavado que no logró atenuar mayormente el penetrante dejo, resolví que lo mejor sería mantener la cabeza bien alta... Ya pasaría el olor. Al atravesar el dormitorio, me dispuse a examinar la chaqueta. Con cierta aprensión, la saqué del guardarropa, pero me pareció que buena parte del tufo se había evaporado ya. Claro que si uno se la acercaba a la cara, olía aún, pero a poca distancia apenas se percibía el hedor. Y como

soy muy desmemoriado para esos detalles de rutina, como el de enviar prendas al tintorero, bajé con la chaqueta en la mano y la dejé sobre una silla junto a la mesa del desayuno.

«Así recordaré —me dije—, cuando regrese Alicia, que tengo que enviarla a limpiar».

Me senté a la mesa, pero un minuto después estaba nuevamente de pie. Alicia me había dejado ese último panal del que me hablara; a manera de recordatorio mudo, supongo, por si yo no tomaba medidas. Sus observaciones no carecían de fundamento: casi toda la miel había desaparecido ya y, como el plato que sostenía el panal había sido lavado pulcramente, no me quedaba para comer otra cosa que cera sólida. Por económico que uno sea, la cera no es manjar agradable ni sano. Y ahí estaba mi nueva remesa, conseguida a costa de tantas tribulaciones. Unos pasos hasta la despensa, y allí los tenía, prolijamente alineados, cada panal cubierto con una campana de cristal y sostenido por un platillo blanco, en impecable formación, sobre los anaqueles de la alacena. Saqué uno, y llevé a la mesa un hermoso ejemplar, desbordante de miel.

Las ventanas estaban abiertas de par en par, pues, aunque la mañana no fuese calurosa, era clara y límpida, y el pequeño fuego que ardía en la chimenea me calentaba agradablemente los pies. Comencé a masticar, en ese beatífico estado de inacción mental que es lo mejor de las comidas solitarias y nos hace semejantes a esas bestias apacibles que rumian bajo un árbol, en las tardes de verano; tan a gusto me hallaba que no quise pensar en nada. Todo estaba en orden. Por eso no puedo especificar en qué momento determinado comprendí que algo andaba mal.

Se dice que el oído es el más vigilante de nuestros sentidos y el que menos duerme. Cuando perdemos el conocimiento, él es el último que se apaga, y cuando lo recuperamos es el primero en despertar, aun antes de que comprendamos dónde nos hallamos. Creo que mi primera inquietud fué causada por haber oído vagamente un rumor extraño. Los zumbidos suelen clasificarse de ruidos sedantes, pero el que entonces oí no lo era. Un par de abejas entró por la ventana abierta. Pensé que serían avispas (aunque ese año hubo pocas en el lugar) que venían en busca de miel. Empuñé un cuchillo, listo para alejar a esas ladronzuelas en cuanto se posaran. Revolotearon en torno al panal, pero no se posaron en él, y de pronto, con rapidez increíble, se arrojaron sobre la chaqueta, que estaba aún sobre la silla. Se asentaron sobre la manga y la solapa, y en ese momento el zumbido subió de tono, como si la jauría hubiese divisado al zorro perseguido. Vi llegar un denso enjambre de abejas, que revoloteó frente a la ventana y se precipitó luego dentro de la habitación. Sin perder un segundo, se unieron a las avanzadillas que habían tomado ya posesión de la chaqueta. Pocos minutos después, ésta estaba negra de insectos. Yo retrocedí, pues se veía a las claras que no estaban investigando ni reconociendo el terreno. Cada abeja se aferraba convulsivamente al paño y lo atravesaba una y otra vez con su pequeño y mortífero aguijón.

Afortunadamente, la escalera estaba muy cerca, y la silla de la cual colgaba la casaca se hallaba del otro lado de la mesa; de otro modo, jamás se hubiera escrito esta historia; al menos, no la hubiera escrito mi mano. Me lancé hacia la escalera. Mi movimiento, sin embargo, pareció alarmar al enjambre, pues un contingente numeroso se desprendió de él y se elevó en el aire, dispuesto a investigar quién era ese nuevo enemigo.

Aún me parecía factible una retirada cuando una abeja que revoloteaba junto a mí pasó a pocos centímetros de mi mano. Como una flecha, se arrojó sobre ella. La sacudí y, una vez en el suelo, la pisoteé; luego me precipité escaleras arriba, cubriéndome la cabeza con la bata para proteger lo mejor posible cuello y rostro. Esta desesperada huida formó en el pequeño vano de la escalera un remolino de aire que alejó por un instante a mis alados enemigos, pero al volverme vi que todo el enjambre había abandonado la chaqueta y giraba, dispuesto a lanzarse en mi persecución.

En dos zancadas crucé el dormitorio, tropezando con los muebles; penetré en el baño y cerré la puerta de un golpe. Corrí hacia la ventana y la cerré también. A través de la puerta percibía el irritado zumbido y hasta los siniestros golpecillos que producían las abejas al arrojarse contra el vidrio, en su furia mortífera. Un minuto después vi a dos de ellas, que penetraron arrastrándose por debajo de la puerta. Las aplasté de un pisotón, sintiendo una alegría cruel al oír crujir sus cuerpos sobre la baldosa del pavimento. Eran ponzoñosas como áspides voladores, pero con el talón podía deshacerles la cabeza, ya que estaban obligadas a arrastrarse.

Comenzaba a experimentar algo parecido al estremecimiento de la alegría del triunfo, lo que era bastante irracional, teniendo en cuenta mi situación, cuando sentí en la pierna una sensación, mezcla de conmoción eléctrica y dolorosa quemadura. Levantando la pierna de mi pantalón, vi una abeja cuyo aguijón se había clavado en mi tobillo. La sacudí y aplasté contra el piso, luego tapé con una toalla el intersticio que había entre la puerta y el pavimento. Seguramente, la bestezuela había entrado conmigo en el baño. Recuerdo que examiné mis ropas, para ver si había alguna otra, y luego, al inspeccionar nuevamente la picadura, vi que se había hinchado, formando un gran bulto negruzco como una castaña echada a perder. De pronto el dolor, que comenzaba a ascender como una marea, se hizo tan agudo que debo de haber perdido el conocimiento.

Lo primero que divisé después fué que la puerta estaba abierta y que la cerradura había sido forzada. Esto me fastidió.

—La bisagra está rota —dije con aire irritado—, ¿quién se ha permitido semejante libertad?

Me dirigía a alguien que sentía junto a mí.

En aquel instante comprendí qué curioso resultaba eso de conversar tendido en el piso del cuarto de baño, estuviera o no forzada la cerradura. En un relámpago, lo recordé todo.

—¡Cierre la puerta! —grité.

—Esté tranquilo —dijo a mi lado una voz sedante.

Traté de incorporarme, pero mi interlocutor se inclinó sobre mí.

—Es mejor que no se mueva aún por unos minutos —aconsejó—. Acabo de poner una toalla bajo su cabeza. Me agradecería auscultarlo y examinarle la pierna antes de que se levante.

Era Jones, el nuevo médico de la aldea, un joven muy hábil que vino a ayudar al viejo doctor Abel. Oí decir un día en el correo que se trataba de un muchacho muy inteligente. Me examinó con el estetoscopio, y, mientras escuchaba, dijo:

—¡Hum!, ahora parece bien. Lamento mi actitud tan profesional, lo mismo que mi intromisión —continuó, dirigiéndose a mí—. La verdad es que, cuando su sirvienta me llamó apresuradamente, pensé en el primer instante que tenía razón y que el estado de usted era grave.

Divisé en ese momento la cara de Alicia: estaba de pie en el dormitorio, y su expresión, mezcla de aflicción y de triunfo, de vanidad y desesperación, convenía a quien, como ella, gozaba del privilegio de tener una tragedia en casa. Esto me divirtió y me tranquilizó al mismo tiempo. La pierna me dolía mucho todavía: quemaba como si estuviera entre las llamas y palpitaba como si fuera a estallar. Pero yo estaba a salvo, al menos no se oían zumbidos amenazadores, y mis dos acompañantes parecían exclusivamente preocupados por mí, sin prestar atención a ningún peligro exterior que pudiera amenazarlos a ellos mismos.

—¿Cómo hizo usted para lastimarse de tal modo al caer? —preguntó el doctor Jones, después de examinarme el tobillo.

—¿Que cómo hice? —exclamé—. Mire esas abejas muertas sobre el piso. Mientras desayunaba me atacó un enjambre, y a duras penas me salvé encerrándome aquí. ¡Gracias a Dios, no sufrí más que esta picadura! Si en vez de una hubieran sido seis, sus auxilios habrían llegado demasiado tarde.

—¿De modo que un enjambre de abejas entró en su habitación y le atacó? —replicó él con evidente incredulidad—. Nunca he visto reaccionar a nadie de tal manera. ¡Usted debe ser sumamente alérgico a este tipo de irritación!

—¡Conque sumamente alérgico a las irritaciones! —respondí enojado—. Esas abejas no eran insectos normales. Fueron enviadas por...

El doctor Jones se volvió hacia Alicia e hizo uno de esos apartes que suelen hacer los médicos cuando desean conocer otra opinión acerca del estado de sus pacientes. Preguntó en voz baja:

—¿Vió usted alguna abeja al entrar en la casa?

—Pues, señor, ahora que me lo pregunta usted, creo haber visto unas cuantas; quizás fueron avispas, aunque apenas han aparecido avispas hasta ahora, a pesar de que suelen venir en la estación de las ciruelas y otras frutas...

—Pero ¿había un enjambre de abejas o no?

—Yo entraba cargada de paquetes, porque me había hecho una escapada al pueblo para hacer unas compras antes de que las tiendas se llenen de gente fina y resulte

imposible conseguir rápidamente lo que uno necesita. Como le dije, me pareció oír unos zumbidos, pero lo que me asustó de veras fue ver el mantel arrancado de su sitio, los huevos, las tostadas y la miel tirados por el suelo, la servilleta en medio de la escalera, la silla del dormitorio patas arriba y la puerta del cuarto de baño cerrada con llave. La casa estaba en silencio como un cementerio. Mi abuelito murió de un ataque, igualito, igualito. Podría decirse que se voló. Por eso salí corriendo, en busca de socorro, y, gracias a Dios, lo encontré a usted por la calle.

Era evidente que, por más que hablase Alicia, el fondo de mi caso estaba ya aclarado. El doctor Jones me catalogaría como un alérgico de primer orden, a quien una picadura de abeja producía un ataque, mientras a cualquier persona normal no le inquietaría más que el darse un golpecito contra la mesa. Quizás fuera mejor así. Los insectos, desconcertados al perder la pista de su presa, se habían alejado con la velocidad de una escuadrilla de bombarderos. Y aunque mi historia fuese cierta, ¿quién la creería?

—Mejor será que, por hoy, mantenga usted esa pierna en alto y, si quiere, vendré a darle otra miradita por la tarde. ¡Vaya, y qué alérgico había sido —otra vez la frasecita exasperante— a las abejas! Mejor será que se aleje de ellas. Por cierto que ha elegido usted un lugar donde no le será difícil hacerlo. Salvo éstas que han venido a visitarlo, no recuerdo siquiera cuándo he visto por última vez abejas en estos contornos, a no ser unas pocas que encontré casualmente en la avenida Waller's. Tal vez las irrite la soledad, o bien las personas altamente alérgicas atraigan a su vez su alergia, cosa que también puede suceder con cualquier ser viviente.

Estas presunciones, hechas en tono de broma, no me divertieron. No era cosa de risa este asunto de las abejas; por el contrario, para mí se trataba de un caso de vida o muerte. Decidí quedarme en casa hasta tomar una resolución definitiva. En medio de este desagradable asunto, el pretexto de mi pierna lastimada era lo único bueno. El doctor Jones y Alicia me ayudaron a instalarme en el sofá que está frente a la ventana, en el costado sur de mi dormitorio. Le di las gracias, rogándole que no se molestase en visitarme hasta que no enviase por él. Cuando se fué, Alicia volvió y se quedó mirándome con aire de propietaria. Aproveché la coyuntura para poner en práctica otra pequeña estratagema.

—Siento frío —le dije—. Haga usted el favor de cerrar las ventanas y la puerta.

—No me extraña que sienta frío —comentó—. Me acuerdo de que cuando mi pobre abuelito sufrió el ataque que terminó con él se quedó frío como una piedra. Apenas parecía de carne, de puro helado y viscoso. Me parece oír a mamá, que decía: «Carne fría, a la tierra fría». Tuvo razón.

—Alicia —interrumpí—, me duele la cabeza. Baje usted y prepáreme un poco de té y unas tostadas.

—¡Santo Dios! ¡Y usted sin desayunar, tendido allí horas y horas!

—Alicia, necesito el té *en seguida* —le observé, poniendo mucho énfasis en la última palabra.

Se fué. El respeto debido a mis órdenes y la compasión que le inspiraba mi herida duplicaron su diligencia.

Quedé solo con mis pensamientos. No tenían nada de alegres. Estaba frente a un hombre sumamente astuto que, partiendo de una ligera sospecha, y ahora impulsado quizás por el morboso placer de matar por deporte, estaba resuelto a liquidarme en una forma terrible y angustiosa, sin otro objeto que mostrar su maligno poder y ensayar un instrumento mortífero que, una vez perfeccionado, podría emplear con absoluta impunidad y precisión. Había fracasado, pero sólo por una casualidad, llámese mala suerte o Destino. Pero la segunda tentativa no fracasaría, y nadie creería mi historia, o, aunque la creyera, se atrevería a detener al individuo y destruir sus diabólicas abejas, dándome así la protección que yo necesitaba. Tendría que encerrarme entre las cuatro paredes de mi casa hasta que llegara el invierno y se adormecieran mis enemigas; durante todo el verano me perseguiría el zumbido de cualquier insecto y me convertiría en un ser miserable, obligado a invernar todo el verano, y no podría salir a disfrutar de mi libertad y de mi dicha sino en los días más crudos del período invernal.

Oí los pasos de Alicia en la escalera. Como no me sentía capaz de afrontar las reminiscencias de la muerte de sus antepasados y apreciar la semejanza de su destino final con el mío, fingí dormir. La oí entrar, cerrar la puerta y dejar la bandeja a mi lado, pero, una vez terminado su cometido, no salió de la habitación. Abrí un ojo cautelosamente, y vi que me miraba con expresión dubitativa.

—Señor, siento molestarlo, después de la mañana que ha pasado usted. Pero abajo está un hombre que pregunta si le prestó una canasta, porque no puede acordarse si ayer... ¡Oh! ¿Va a desmayarse otra vez?

Me daba vueltas la cabeza. Cuando pude hablar, lo hice en lo que los novelistas llaman «un ronco murmullo», porque había perdido todo dominio sobre mi voz.

—Alicia —susurré—, baje en seguida y eche a ese hombre de la casa. Ya sabe que no tolero visitas. Y cuide bien de que no se lleve nada.

Alicia se estremeció de emoción.

—¡De modo que era un vulgar ratero! ¡Nunca lo hubiera creído!

Salió de la pieza cerrando la puerta con rapidez. Me quedé escuchando atentamente, oí dos o tres frases breves, y luego su paso volvió a resonar en la escalera. Me tranquilicé.

—Se ha ido, señor —dijo—. Fui muy rápida con él. Me contenté con decirle: «El patrón está enfermo en cama. Yo cuido de la casa. Aquí no hay ninguna canasta suya». Le cerré la puerta, y a través de la ventana vi que se alejaba por el camino.

Me quedé en cama todo el día, inquieto y nervioso. Cuando Alicia me hubo servido el almuerzo, le ordené que volviera a casa de sus padres, con quienes vive.

—Vuelva a eso de las cinco —le dije.

Se marchó de buena gana, acariciando la esperanza de narrar a su familia los detalles de mi accidente, destacando todos los puntos de semejanza con los casos

fatales por ella conocidos.

En cuanto se hubo alejado, y vi por encima del seto que su sombrero iba ya rumbo a la aldea, me levanté del sofá y bajé como pude la escalera. El comedor estaba en orden, pero la chaqueta continuaba sobre la silla y ésta había sido colocada junto a la puerta de la sala que se abría sobre el vestíbulo. Cualquiera podía ver, desde la puerta de calle, la silla y la prenda colocada sobre ella. En dos pasos, mientras él apartaba con un pretexto cualquiera a la que atendió a la puerta... Me apoderé de la casaca. Se me cayó de las manos. Recordaba claramente que, cuando la llevé abajo, había un pañuelo mío en el bolsillo. Había desaparecido.

Gracias a Dios, la puerta estaba cerrada con llave. Y no era probable que mi verdugo me atacase con otro instrumento que no fuera el secreto y horrible recurso que forjara... Un solo golpe de ese arma hacía palpar y arder mi pobre pierna en ese momento. La puerta cerrada me consoló un poco, sabiendo que ella me protegía de cualquier posibilidad de que viniese a espiarme o a disfrutar del espectáculo de ver sufrir a su víctima indefensa. Creo que si hubiese visto ese rostro frío mirándome hubiera enloquecido.

Me fui arriba arrastrándome. Todo estaba claro. El monstruo había venido tranquilamente, seguro de que nadie sospecharía de él; esperaba, deseaba sin duda, encontrarme convertido en un cadáver abotagado y lívido. Pero, al ver que su primer golpe había fracasado, entró con la mayor serenidad y se llevó algo que tuviera mi olor particular. Por lo visto, elucubraba un nuevo plan —perdida la esperanza de ponerme otra vez la mano encima— para el cual necesitaba una prenda mía que pusiera sobre mi rastro a sus infernales avispas.

Alicia volvió, me sirvió la merienda, luego una cena ligera (líbreme el cielo de los pesadillas; ya tenía entonces bastante material para ellas), y después de «acomodarme bien para pasar la noche» según dijo, tarea imposible para ella o para cualquier otro habitante de la aldea, se fue. No dormí mucho.

¿Por qué no hacer venir a *Mr. Mycroft*? Naturalmente que lo había pensado repetidas veces. Pero en un asunto de vida o muerte como ése, ¿no hubiera sido peor cualquier intromisión? ¿No hubiera precipitado quizás los acontecimientos? ¿Podría protegerme el anciano con sus aparatos? ¿No sería más seguro irse de la aldea, alejarse del todo, desaparecer silenciosamente sin decir nada a nadie, sin dejar señas, comunicando sólo a Alicia que había sido llamado para atender negocios urgentes, y luego no regresar nunca?

Estaba seguro de que Heregrove (pensamiento más horrible aún) no intentaba matarme por odio, sino por pasatiempo; yo era un pobre insecto que se había posado a su lado cuando él ensayaba un nuevo insecticida. «Somos para los dioses lo que las moscas para los niños irreflexivos: nos matan por diversión». La idea no era ciertamente consoladora. ¿Por qué se me arrojaba de mi casa, y ni aun así quedaba seguro? No era imposible que este demonio me persiguiera con su jauría alada por toda Inglaterra. Los animales de presa se excitan más cuando ven que su víctima huye

y se les va de entre las garras.

Esta idea me decidió. Cuando hubo amanecido, me dirigí a mi escritorio y redacté una esquila muy humilde, llena de excusas. Cuando llegó Alicia y me subió el desayuno, se la entregué, pues todavía tenía la pierna tesa como un bastón.

—En la avenida Waller's —dijo ella mirando el sobre—. Espera contestación. ¡Me gusta! Dicen que *Mr. Mycroft* es una persona interesante. No se mete en asuntos ajenos; eso lo hacen también otros, y buen derecho tienen a hacerlo. Pero él es, según dicen, un inventor. Su cocinera...

—Deseo cuanto antes la contestación —dije.

—Muy bien, señor. Puedo ir y volver mientras usted termina su desayuno.

Le di las gracias y la contemplé, mientras salía a llevar el recado, pues, por más interesante que le pareciera a ella, para mí revestía capital importancia.

Capítulo VI

La avispa frente a la araña

ESPERABA con tal ansiedad el regreso de Alicia que apenas probé el desayuno. Comprendía que el momento era decisivo. El apacible curso de mi vida, que yo ordenara con tan minucioso cuidado, había caído en el caos. La miel había desaparecido de la mesa: este detalle bastó para hacerme comprender hasta qué punto se había trastornado mi existencia. Naturalmente, hubiera sido una locura sacar de la alacena el mortífero producto, corriendo el riesgo de delatarme a mis enemigas. El solo pensamiento de mi manjar predilecto me repugnaba. «¡Ahí tienes —pensé con amargura— la pauta de tu infortunio!».

Pensé por momentos en enterrar toda la remesa, pero me inquietaba la idea de que, mientras se efectuara la operación, esos demonios pudieran percibir el aroma de la miel. Además Alicia pensaría que me había vuelto loco. Ya le había oído decir que la casa estaba sofocante con todas las puertas y ventanas cerradas, y en verdad resultaba extraño, en esa mañana radiosa, tener todo cerrado como si estuviésemos en pleno invierno. ¡Ay!, aunque me desagrade esa estación, yo comenzaba a añorar positivamente la llegada del frío. Tanto ella como el médico que tan estúpidamente fué a llamar juzgaban y convenían tácitamente en que yo estaba medio loco, predispuesto a diversas clases de ataque, y además «alérgico en grado excepcional», atacado por alucinaciones y Dios sólo sabe qué otras cosas. Otro paso en falso, cosa nada extraña, dada la tensión nerviosa en que vivía, y entre Alicia, histérica en medio de su dolorosa satisfacción, y el brillante doctorcito Jones, con el más noble de los propósitos, naturalmente, me llevarían al manicomio.

Me parecía estar oyendo a Alicia, que, con voz lacrimosa y acento triunfal, indicaba a los dos magistrados encargados de encerrarme el extraordinario parecido de mi caso con el de su abuelito, y también con el de aquella tía maniática que primero se creyó víctima de un ejército de cucarachas y luego —confundiendo a su familia con dichas alimañas— trató de dar muerte a los gigantescos insectos echándoles vitriolo a la cara. Luego añadiría un sinnúmero de detalles aclaratorios: mi conducta sospechosa y furtiva, mi odio morboso a toda especie de conversación, mis pequeñas manías y mi intolerancia para cualquier transgresión a sus reglas. Me parecía ver al doctor Jones aprobando con inclinaciones de cabeza cuanto afirmaba Alicia y dando un altisonante nombre en griego a cada una de mis rarezas. Yo podía ser calificado, naturalmente, de caso típico de agorafobia. Se podía decir de mí que pasaba por un período agudo de esquizofrenia. ¿Y esa afición especial por la miel? Pues era algo clarísimo: una incipiente parálisis general. Estos enfermos padecen de una afición morbosa por todos los hidrocarburos, especialmente por los azúcares. El

síntoma es infalible. Lo del baño: ¡una hemiplejía!

Lo indicado entonces era practicar de inmediato una punción en la columna vertebral. Luego se me administraría una buena dosis de algún preparado a base de arsénico, peligroso, claro está, pero capaz de salvarnos, aunque no a mí, de cosas más graves. El paciente, porque yo había perdido ya hasta mi personalidad, para no decir nada de mis derechos, debía ser sometido, sin pérdida de tiempo, a un tratamiento calorífico. Se le mantendría a una temperatura constante de 105° Fahrenheit durante un buen período, y tal vez recuperara el juicio. No, él no asumía ninguna responsabilidad en el caso de que se dejara en libertad al paciente.

Esos cuatro charlatanes me convertirían en un instante en el más miserable de los prisioneros. Y me imaginaba alejándome en un automóvil cerrado, haciendo esfuerzos heroicos para no perder el dominio sobre mí mismo, sabiendo que me vigilaban como a un demente peligroso y que cada una de mis palabras o de mis actitudes se interpretaba de inmediato como una demostración de insania. Así llegaríamos a ese horrible lugar mal llamado Asilo, puesto que no es un refugio, sino una cárcel que el cuerdo teme con loco terror. Allí quedaría, a merced de alguien, yo que siempre detesté y evité toda vigilancia, toda autoridad, toda fiscalización. Me veía aferrándome con desesperación a los últimos restos de independencia y autonomía que me quedasen, y sintiendo cómo se me escapaban. En cada uno de los rostros adivinaba la tranquila convicción de que yo era un demente, una maquinaria deteriorada y sin esperanza de arreglo, en medio de ese sepulcro de inteligencias malogradas. Y yo me refugiaba en mi último reducto diciéndome: «¡No les dejaré ni la sombra de un pretexto para pensar que difiero en lo más mínimo de ellos, que son demasiado imbéciles para enloquecer!».

Y de pronto, en la habitación blanca, fría como una celda, a través de la ventana higiénicamente abierta, entraba una de esas abejas diabólicas y se dirigía directamente hacia nosotros. Yo me hacía instintivamente a un lado y les gritaba que huyesen. Y ellos, lo veía con la inevitable claridad de una pesadilla, no me harían caso, ni pararían mientes en la abeja. Aunque ésta picase a uno de esos malditos idiotas, los demás se regocijarían tanto al comprobar, por medio de esa pequeña demostración, mi insania específica, que no prestarían atención sino a mi «ataque». Me parecía oírlos, hablando en esa jerga concluyente, lacónica, de su grupo íntimo y confirmando a cada palabra su propia estupidez. «Caso típico». «Reacción». «Frenesí provocado por un símbolo de asociación». ¡Un símbolo! Ojalá que el matasanos atacado fuese picado en alguna parte nada simbólica... aunque con seguridad su dolor no turbaría la imbecil serenidad y la ciega certidumbre de los demás. «Ejemplo perfecto de himenofobia». «Conviene estudiarlo para publicar el caso en un diario médico: es una demostración utilísima». «El viejo Singleton quedará satisfechísimo ante un caso tan completo». Y mientras tanto, me llevarían por corredores largos, alumbrados por mortecinas lamparillas suspendidas de los altos techos, aferrándome en una de esas tomas de *jiu-jitsu*, delicadamente, pero con tal firmeza que si moviese

un dedo me quebrarían la muñeca. ¡Y así, de uno a otro, pasaría yo como un bulto, como un cadáver al que se conduce hacia la cámara de autopsias!

Había alcanzado este agradable punto en mi meditación acerca del probable curso que seguiría mi existencia, e imaginaba con claridad deslumbrante cómo se sucederían esos días y esas noches, todos vacíos, todos iguales, hasta que yo mismo me convencería, como lo estaban ellos, de mi demencia y acabaría por hacerles demostraciones de ella. Se me conduciría al salón de clases del manicomio, y yo me sentaría en la silla de los pacientes. Los estudiantes y sus amigos me contemplarían con curiosidad: ahí estaba el ejemplar interesante, el animal raro. El conferenciante narraría mi historia, señalando sus aspectos más destacados; por último, soltaría un aberrojo ante mi cara. Yo entonces, cortésmente, sufriría un ataque y los enfermeros me sacarían en camilla. Pero, en el preciso instante en que se lanzaban sobre mí para dominarme, vi, muy arriba, en los últimos escalones del anfiteatro, que se reservan para el público, y contemplándome con un deleite que era peor que la muerte producida por el veneno, ¡el rostro de Heregrove!

En este punto estaba, en mi recorrida por el infierno que, a todas luces, me esperaba, cuando percibí los pasos de dos personas por el sendero del jardín. Aunque tengo espesas cortinas en las ventanas, pues en mi opinión las casas no son jaulas de cristal como parecen creerlo los arquitectos de hoy en día, y aunque el camino que lleva del portal a la entrada está del otro costado de la casa, pues siempre elijo, como dormitorio, la habitación más silenciosa, estaba yo tan nervioso que retrocedí y comencé a temblar en mi sillón. La puerta de calle se abrió y distinguí un murmullo de voces. Bien sabía que era muy poco probable, pero de nada me sirvió el razonar, porque mi emoción decía, a cada latido del corazón: «¡Han venido a llevarte! ¡Han venido a llevarte!».

Oí pasos en la escalera. Tomé un trocito de pan tostado, frío y quebradizo. Debía fingir que comía tranquilamente; debía hacer un último esfuerzo para luchar por mi sano juicio y para que se me creyese cuerdo. No me dieron tiempo para responder al llamado, y tenía la garganta tan seca que, de cualquier modo, no hubiera podido articular claramente la palabra «¡Adelante!».

—¡Cómo! ¡Ni siquiera ha terminado usted su desayuno, y yo hace una hora que he salido!

Una observación tan personal era, en boca de Alicia, impertinente, pero yo estaba quebrantado después de la lucha que acababa de sostener con mis propios presentimientos. Vi con claridad que su misma impertinencia sugería inconscientemente que va me consideraba medio loco; se trataba de una exploración intuitiva, para ver cómo reaccionaba yo. Respondí en tono sereno y reposado, aunque me tembló la voz levemente, por más que ella no lo percibiera:

—¿Quién ha entrado junto con usted?

Para el doctor Jones, semejante pregunta estaría preñada de agorafobia y revelaría a las claras mi esquizofrenia, pero para Alicia era el mejor preámbulo. Seguía siendo

mi criada, y yo, durante algunos días al menos, mientras conservara mi libertad, seguía siendo su patrón. Gracias a Dios, reaccionó de acuerdo con su tipo.

—¡Oh!, perdone, señor; me preocupó que a usted no le agradara el desayuno. No tuve intención de molestarlo, señor. No deseo salirme de mi papel. En cuanto a traerlo conmigo... no pude evitarlo, señor. ¡Es tan resuelto y decidido, este... —mi corazón palpitaba cada vez más fuerte—... este *Mr. Mycroft*!

Al oír ese nombre, un peso inmenso desapareció de mi pecho y di un salto de alegría. Por aburrido que fuese, invitaría al anciano todos los días de mi vida, con tal de librarme del encierro. Estaba seguro de que sólo él comprendería mi problema y lograría salvarme de los dos peligros que se cernían sobre mi cabeza.

—Alicia —dije con tono de reprobación—, ¿cómo deja usted a *Mr. Mycroft* solo allá abajo? Vaya en seguida. Ofrézcale el diario. Sírvale una taza de té. Supongo que ya habrá desayunado. Dígale cuánto me alegro de que haya venido. Ruéguele que espere; yo bajaré dentro de unos minutos.

Salió. Me vestí apresuradamente. No necesito afeitarme todos los días, a no ser en casos excepcionales. Es más bien un masaje que una poda. Por eso, a los pocos instantes bajaba la escalera siguiendo los pasos de Alicia. Al entrar vi a *Mr. Mycroft* de pie junto a la chimenea. Con exquisito tacto supo crear en seguida una atmósfera cordial entre nosotros, ¡y bien que la necesitaba yo!

—He estado unos días afuera, *Mr. Silchester* —comenzó a decir en tono fácil y espontáneo, sin aludir para nada a mi persona—, he visitado Hungerford, una ciudad pequeña y pintoresca, rodeada de campiñas hermosísimas. Hice largas caminatas por esos contornos. ¿Conoce usted la región? Quizás no le agrada mucho caminar, a mí me encanta, pero tal vez se deba a que soy una especie de cazador-coleccionista; para entretenerme de veras necesito poner a mis excursiones algún objetivo determinado: ver un panorama, por ejemplo.

Ya estaba otra vez hablando de sus cosas, pero hoy me parecía un verdadero alivio. Dentro de pocos minutos habríamos llegado a lo mío y, mientras el anciano estuviese a mi lado, me sentiría seguro. Creí conveniente hacer algún comentario.

—¿No vive allí ese escritor humorístico llamado Lytton Strachey?

—Así es. En uno de mis largos paseos pasé junto a su casa. Pero no se trataba de una peregrinación literaria. Su casa está situada en un valle, más allá del cual se extiende la región más hermosa de Inglaterra, la más propicia a ese tipo de paseo a pie: la pendiente de los North Downs. Allí me dirigía yo. Frente mismo a los ventanales de la casa se levanta el Faro de Inkpen. Llegue hasta él, después de mi pequeña cacería, por mero capricho de romántico.

Mirando en otra dirección, *Mr. Mycroft* añadió luego:

—Antiguamente había una horca en esa colina. El último criminal que murió en ella fué un peligroso asesino. Por cierto que en aquel tiempo, hace más de un siglo, le hubiera sido fácil eludir la justicia. Pero se comprobó su delito. Estuve leyendo el relato en Hungerford. Se trataba de un modesto granjero del lugar que vivía cerca de

la casa de Lytton Strachey. Asesinó a su esposa mediante un sencillo ardid que no he vuelto a encontrar en ningún informe criminal: la empujó contra una colmena de abejas enfurecidas.

Al pronunciar estas últimas palabras, *Mr. Mycroft* se volvió hacia mí. Yo palidecí.

—Sin embargo —prosiguió—, y a pesar de la época remota, fué descubierto. Aunque el tiempo enriquezca la habilidad de los criminales con nuevas tretas, también nos proporciona a nosotros defensas renovadas.

Hubo una pausa. Reuniendo todo mi valor le dije:

—*Mr. Mycroft*, ha sido usted muy amable al venir tan rápidamente. No trataré de ocultarle el estado en que me encuentro, estado en el cual...

—Sí —añadió con acento tranquilizador—. He visto a muchos hombres que se creían valientes y seguros quedar aniquilados después de sufrir la tensión nerviosa que usted ha sufrido.

Su bondad, que me pareció la actitud ideal del médico en tales circunstancias —comenzaba a persuadirme de que el anciano debía de ser médico—, y su serena comprensión me emocionaron. Tomó la mano temblorosa que le tendí y le dió un apretón firme y cordial.

—Ha desempeñado usted una tarea útil y peligrosa al mismo tiempo —dijo. Por cierto que era una extraña manera de consolar a un tonto impertinente y entremetido que, advertido de todo, había insistido en meter la cabeza —y hablo literalmente— en un avispero, para terminar medio loco de terror.

—Ha atraído usted a Heregrove —continuó—. Como lo descubrimos (otra gentileza: él solo diagnosticó el caso), Heregrove es el típico criminal ingenioso.

La expresión me hizo estremecer, pero era exacta.

—Ese tipo de asesino lee novelas policiales, y ya sabrá usted que las novelas policiales, como tantas otras manías y novelerías nuestras, han degenerado, y perdone lo que tal vez le parezca protesta de viejo regañón. Comenzaron a escribirse a base de sentido común, observación minuciosa y espíritu de orden, cosas que se aliaron, no para exagerar la pena legal, sino para demostrarle al criminal que estaba destinado al fracaso; que, a la postre, en la balanza de la inteligencia y la penetración el platillo se inclina hacia el orden y el derecho.

Ya había comenzado su larga perorata el anciano; otra vez experimenté alivio. Me imaginaba una larga columna de tropas de refuerzo que avanzaba lentamente a través de estrechos desfiladeros para hacer levantar el sitio de una pequeña guarnición reducida ya al último extremo.

—Ahora —continuó—, lo que agrada al público es el ladrón caballeresco. Ya sé que las películas nos muestran al policía dando caza al pistolero, pero se trata de un argumento convencional y didáctico. El público debe ver esas cintas porque ellas combaten al criminal joven, al principiante. Pero, en el fondo, lo que a cada uno le agrada es imaginarse a sí mismo, en impecable traje de etiqueta, asaltando la banca en Montecarlo. Y hay unos cuantos que convierten sus sueños en realidad. Creen

concebir una idea novedosa. Ya le demostré que ésta no es tan novedosa como parece creerlo nuestro amigo. Sufren de una antigua irritación, tan antigua como el mundo: el regreso a una casa oscura, donde hay una esposa a quien detestan. Invierten los papeles, y la historia es tan arcaica como la ciclópea Micenas y la guerra de Troya: Clitemnestra asesinando a su Agamenón en el baño; más antigua, quizás, si conociéramos algo más antiguo. Matan una vez, y luego, como todos los animales que llevan en la sangre el instinto de matar, una vez cebados, continúan asesinando. Nada les hace sentir tan intensamente su poder y necesitan gozar de tal sensación. No hay miembro de la especie humana, sea el más altivo, el más encumbrado o el más odioso, que no esté a merced del asesino. A ellos, quizás, ese hombre les parezca un fracasado. ¡Cuidado! Si a él se le antoja, los convertirá en... un montón de carroña.

Mi situación suministraba un ejemplo clarísimo: el vecino más a mano seguiría a la odiada esposa a la cámara letal.

—¿Y qué podemos hacer? —me atreví a interrogar.

—*Mr. Silchester* —repuso mirándome a los ojos—, voy a renovar un pedido que ya le he formulado.

—Hágalo sin temores —interrumpí yo—. Jamás me acercaré a ese lugar.

—El pedido que le formulé —prosiguió tranquilamente— obedecía a dos causas. En primer lugar, para que no fuera usted solo, y ya ve usted que no me faltaba razón. En segundo término —comprendió que yo palidecía; ¡ahora lo recordaba todo claramente! Pero continuó hablando con la mayor serenidad—, para que me presentara a su conocido *Mr. Heregrove*.

—¡Pero es imposible! ¡Sería un suicidio! La sola vista de ese hombre me haría temblar, y él, sin duda, azuzaría a sus monstruos contra nosotros, si no nos atacasen espontáneamente. ¿No podría usted poner en antecedentes a la policía? ¿No se le podría arrestar?

—La legislación inglesa —replicó pensativo— es un magnífico monumento, pero como todos los monumentos levantados a través de los siglos, piedra sobre piedra, está lleno de resquicios. La libertad del individuo exige que la ley no tenga una trabazón demasiado estrecha. La ley y la vida no concuerdan siempre, y debemos expiar y compensar la libertad de que gozamos para nuestras excentricidades, dejando escapar de cuando en cuando a algún delincuente.

Luego añadió con tono decisivo:

—No tenemos ni un átomo de prueba para condenar al hombre. Se le ha declarado inocente de la muerte de su esposa. El tribunal dijo que fué una casualidad. En cuanto a usted, fué atacado en su propia casa y nadie presenció la agresión. Su mucama no tiene nada de muda. No es necesario interrogarla para que suministre informes e impresiones sobre el caso. Lo compadece a usted sinceramente por la conmoción que ha sufrido. Me consta que en su familia se han producido casos semejantes. Pero se muestra escéptica y no cree que la causa sea otra que la que califica de «hereditaria». *Heregrove* es capaz de invertir los papeles —no le falta

audacia para ello— y decir que usted le ha calumniado, que ha tratado de arruinarle, que es usted un chantajista o un neurótico fronterizo de la locura. No olvide, *Mr. Silchester*, que los excéntricos tenemos pocos amigos.

Estas palabras condecían tan perfectamente con los sombríos presentimientos que me habían torturado hasta la llegada de *Mr. Mycroft*, que me encerré en un mutismo temeroso.

—Pero no olvide tampoco —añadió para tranquilizarme— que Heregrove está, en cierto sentido, indefenso, extrañamente enquistado en su malignidad. Es semejante a uno de esos lagartos venenosos, que se mueven lentamente, tiesos y reptantes; si uno los toma de un modo especial, ya no pueden clavar su guijón ponzoñoso.

Viendo que yo no quedaba muy convencido, agregó:

—Créame, no hay lugar más seguro para usted que la casa de Heregrove. El hombre juega su partida. Está perfeccionando su instrumento mortífero, el arma maravillosa que le dará poder. Y no destruirá su propia obra asesinándole, para quedarse luego con el cuerpo del delito entre las manos.

La frase no me agradó, pero me reveló la situación con claridad meridiana, una claridad dolorosa.

—No, no; estando en su casa, está usted a su cuidado. Hay ciertas arañas que no reconocen una mosca a menos que esté cogida en su tela. Heregrove no podrá matarle si no está usted fuera de la suya.

A pesar de todo, yo vacilaba. *Mr. Mycroft* fijó nuevamente en mí su penetrante mirada.

—Además, si no entramos en esa casa no lograremos despistar su persecución. Le suplico que no me interprete mal. Conozco mucho mejor que usted ese tipo especial de psicología. Manteniendo la distancia adecuada, él está resuelto a alcanzarle con su arma infalible, así como el deportista que juega al «golf» no pasará al tercer hoyo hasta haber acertado con el segundo. Usted ocupa, en su trayecto, el puesto número dos.

¡Ay! Bien sabía yo que estaba en lo cierto.

—Debo comunicarle todo lo ocurrido —le dije—. ¡Heregrove vino, se presentó aquí el mismo día en que trató de asesinarme, unas dos horas después de la intentona!

—Sí, ya me contó Alicia lo que ella, aun ignorando toda la extensión de su cinismo, califica de «impertinencia». Es evidente que ella desconfía, con una especie de instinto animal, de la perfidia de ese hombre, aunque cree que el ataque sufrido por usted fué una experiencia meramente subjetiva. El caso es interesante, pues nos muestra que la intuición, aun siendo certera, puede resultar inútil, porque el entendimiento es demasiado rudimentario para razonar debidamente y la atención demasiado ligera y superficial para observar las cosas tales como son.

—Pero, *Mr. Mycroft*, ella no le ha dicho lo peor. Cuando bajé la escalera, después que se hubo retirado Heregrove, descubrí que mientras Alicia subía a traerme su falso recado él se había apoderado de un pañuelo mío sacándolo del bolsillo de mi

americana, que vió no lejos de la puerta. ¿Comprende usted?

—No es necesario que me explique más —interrumpió él—. Le parezco sin duda demasiado locuaz, pero en este caso trataré de no hacerle perder el tiempo con detalles superfluos. El tiempo urge. Le explicaré: el robo de su pañuelo no implica para usted un peligro inmediato mayor del que ya corre. Desde ese punto de vista tenemos tiempo. Tampoco es necesario que me explique usted lo de su americana. ¿Recuerda que, en mitad de uno de mis soliloquios, esos soliloquios que tanto lo fastidiaron durante nuestra primera entrevista, me calificué de «senil» o, al menos, dije que me estaba volviendo viejo? Pues era porque no había previsto aún ese recurso de Heregrove.

—Es cierto, hablábamos de que los insectos oyen sonidos que son imperceptibles para nosotros, y de que algunos rastrean a grandes distancias valiéndose de su olfato.

—Pues bien, por eso le rogué que no fuese solo a casa de Heregrove. Estaba seguro de que tenía interés en atraerle y también hubiera jurado que, si lograba verlo a solas, dejaría en su persona alguna señal que guiara luego hacia usted a las abejas. Usted cayó en sus manos como un pajarito. Y ahora, ¿quiere decirme qué hizo él?

Narré a *Mr. Mycroft* todo lo ocurrido, y vi que su rostro se iluminaba.

—¡Interesantísimo! —fué su primer comentario, que me pareció bastante cruel. Pero, al ver que había herido mi amor propio, añadió en seguida—: Vuelvo a decirle que nos ha prestado usted un servicio inapreciable al ir allá y exponerse al riesgo, obligando a Heregrove a mostrar su cartas antes de estar completamente listo para ello. Me parece que el gatillo ha funcionado antes de que el arma estuviese cargada del todo. El hombre no pudo terminar sus preparativos; de otro modo, hubiera buscado algún subterfugio para llamarlo a usted. Pero, cuando creyó que el Destino le había puesto la víctima en las manos, no pudo resistir la tentación. Todos los asesinos de ese tipo tienen algo de megalómanos. Ya aprenderá algo más sobre el Destino, antes de que termine este asunto. Mientras tanto, no debemos incurrir en el mismo error al hacer nuestros preparativos. ¿Comprende usted? Somos nosotros quienes debemos visitarle ahora. El ardid de su chaqueta fracasó. Es prudente, de cualquier modo, que quemese esa prenda. Esta misma noche colóquela en su fogata de hojas secas, ésa que he visto humear en un rincón de su jardín. Pero ¡que sea por la noche! Ciertos aceites básicos virulentos, como los del roble venenoso que crece en la región sudoeste de los Estados Unidos, se tornan aún más penetrantes al ser sometidos al calor; esto implicaría un verdadero llamado a sus vampiros, una invitación a que vengan a atacarle nuevamente. A ver la mano.

Le mostré los dedos manchados de desinfectante. No quedaba en ellos el más leve rastro de olor, después de repetidos lavados y frotaciones. A pesar de ello, insistió en tratármelos con alcohol medicinal hasta que me ardió la piel.

—Ahora necesitamos algo que atenúe el olor, o mejor dicho, algo que lo sepulte bajo otro aroma diferente —indicó, y sacó de su bolsillo un frasco pequeño—. He traído esta mezcla, previendo que Heregrove hubiera tratado de poner sobre usted su

sello de muerte. He observado que este olor desconcierta y extravía el olfato de los animales mejor que ningún otro: se trata de una combinación, por partes iguales, de citronela, valeriana y aceite de anís.

Me frotó con ella los dedos, inflamados ya por las repetidas fricciones con alcohol, y añadió:

—Ahora suba y lávese las manos. Será mejor que Heregrove no sospeche nada; es astuto y descubrirá fácilmente nuestro «gato encerrado». Por ahora, bástenos con alejar sus abejas. Con toda seguridad olfatearán lo que acabo de ponerle y se convencerán de inmediato de que no es usted el hombre que trataban de matar con tanta furia hace unas horas. La voz será quizás la de la Jacob, pero el olor será ciertamente el de Esaú.

¡Otra vez citas! ¡Cómo corría la imaginación de ese anciano! Preferí no prestar atención a sus ocurrencias. Mi propio espíritu se debatía en un angustioso torbellino. Evidentemente, me impulsaba, me ensillaba —como si fuese su cabalgadura—, para lanzarme en seguida a lo que él quería: ir a visitar a Heregrove.

—Oiga usted —dije débilmente, para ganar tiempo.

Comprendió mi intención y procedió con la mayor rapidez y lúcida energía.

—Sí, es necesario partir en seguida. No debemos concederle un minuto más, dentro de lo posible. Su petulante vanidad le hará creer, al verle aparecer a usted, que no hemos sido capaces de descubrir sus tretas y que no abrigamos la menor sospecha acerca de sus intenciones. Aunque le refiera el episodio del ataque no demostrará más que asombro y compasión, hablará de los arcanos del instinto ciego y de cómo él está siempre seguro, a menos que lo acompañe alguien que irrite a sus abejas; dirá que éstas son sus amigas, lo mismo que su yegüita —a la cual, entre paréntesis, envenené—, y que comparte su sentimiento, puesto que perdió a su querida esposa en circunstancias idénticas. Y si le acompaña a usted un anciano caballero, muy amable, aunque un tanto cansador, y también interesado en comprar miel, esto probará de numera concluyente su total ignorancia. No solemos presentar nuevos clientes al comerciante que ha intentado secuestrarnos.

—Está bien —respondí resignado.

Lo que me decidió a aceptar el trato fué la seguridad de que no me quedaba otra alternativa: o volver a ese antro, o huir de mi casa, abandonando al mismo tiempo la cordura y, quizás, hasta mi cuerpo mortal. Pero esto no le pareció suficiente a mi extraordinario defensor.

—No —dijo inclinando la cabeza a un lado y mirándome—, debe usted poner más realismo en su papel, desempeñarlo con mayor convicción. Su expresión actual es la del hombre que siente cerrarse el nudo corredizo en torno a su cuello, y ése es el papel de Heregrove. A pesar de la loca confianza que tiene en sí mismo ese individuo, al verle a usted así comenzaría a dudar, y si comienza a sospechar, ¡estamos perdidos!

Traté de sonreír, pero la tentativa fué bastante desdichada.

—Lo siento —dijo *Mr. Mycroft*—, pero es necesario que usted sienta esa sonrisa;

de otro modo, de nada nos servirá. Piense: mientras estamos allí nos vigilarán no solamente dos ojos humanos muy astutos, aunque desorientados, sino millares de diminutos investigadores que no nos juzgarán por nuestro aspecto, sino por nuestro olor, y que están dispuestos a asesinarlos en el preciso instante en que ese olor les parezca sospechoso. ¿Ha oído hablar del «olor del miedo»? Reside en la adrenalina, que, cuando sufrimos un acceso de terror, pasa a nuestra transpiración, a ese frío sudor del miedo que comienza a correr mucho antes de que lo advirtamos. Ese tufo irrita extraordinariamente a todos los animales, y en forma especial a las abejas. Bien se puede afirmar que las enloquece, si es intenso. Y las abejas que vamos a visitar están ya bastante excitadas y no necesitan mucho para enfurecerse. Magro consuelo será para nosotros que nos ataquen prematuramente, matándonos antes de lo que planea Heregrove.

—Por Dios, ¡no me haga intervenir en esto! —supliqué.

—Imposible evitarlo —respondió él—. Es el único camino seguro. Hay que «tomar el toro por las astas». Cuanto más tardemos, peor será; sin contar con la probabilidad de que Heregrove intente un nuevo golpe si le damos tiempo para ello.

Su tono autoritario se trocó en uno de cordial cooperación.

—No se me ocultó que esta iniciativa imprescindible contra nuestro enemigo podría exigir de usted más de lo que buenamente estuviera en condiciones de soportar. A pesar de sus deseos, y de comprender que el paso es indispensable, veo claramente que le cuesta afrontarlo como una aventura juvenil, con entusiasmo y decisión. Y es preciso que lo haga así, porque de otro modo no convenceremos a nuestro público, y en ese caso, si nos silban, ¡estamos perdidos! Tome usted esta píldora. Es hidrato de benzedrina. Inofensivo. No es cosa para tomar a diario, pero ayuda a vivir estas escenas y nos convierte en actores convincentes.

Miré con cierta desconfianza la píldora blanca. Detesto los medicamentos. Si me domina algún estado de ánimo particular, lo soporto hasta que desaparece. No soy partidario de luchar contra mí mismo; al fin y al cabo, ¿sabemos acaso lo que hacemos y por qué suceden ciertas cosas en nuestro interior? Pero supongo que no hay criminal que no beba con gusto su ración de aguardiente antes de subir al patíbulo, aunque hasta ese momento haya detestado a la bebida en cuestión. La tragué, y *Mr. Mycroft* me hizo pasear durante algunos instantes, mientras me repetía sus últimas instrucciones. A medida que hablaba, veía con creciente claridad que estaba ante una inteligencia superior, que Heregrove no era sino un tonto malvado y que lo teníamos a nuestra merced.

Esta sensación no me abandonó ni siquiera cuando estuvimos ante la puerta de su casa, y se hizo aún más intensa cuando oí a *Mr. Mycroft* que, prescindiendo de mí, comenzaba a jugar la partida con insuperable habilidad. Desapareció todo rastro de aquel anciano lento y tedioso. Se mostró bullicioso, vivaz, lleno de simpatía y, al mismo tiempo, ingenuo como un escolar. El hombre era un actor eximio, sin duda, pero además se advertía a las claras que estaba de excelente humor. Es que el viejo

cazador se hallaba ante una nueva pista, el veterano aventurero divisaba una vez más la deslumbrante mirada del peligro. Ya sé que estas comparaciones son románticas y manidas, pero debo narrar las cosas tales como fueron, y así las vi en aquellos momentos. Todo esto explica el extraordinario ascendiente que ejerció siempre sobre mí aquel anciano.

La actitud de Heregrove, al abrirnos la puerta, no tuvo nada de hospitalaria, por más que se esforzó por parecer sereno y no vió en nosotros ningún signo sospechoso o amenazador. Era evidente que no le inspirábamos recelo alguno. Ahí estaba otra vez ese muchacho estúpido que, no contento con meter la cabeza en el avispero, volvía a visitar al hombre que había resuelto asesinarlo a sangre fría. ¡Lo mismo que la trucha de ojos saltones que, cinco minutos después de librarse del anzuelo y hallar refugio en aguas profundas, vuelve a engullir la carnada! Y además, llevaba consigo a un viejo imbécil, que iba también en busca de miel y que podría ser un candidato a Caso Típico N° 3 del crimen perfecto, ejecutado por el asesino que no deja rastros.

En aquel instante *Mr. Mycroft* pedía miel. Después de presentarse habló con absoluta franqueza de su fracaso como apicultor. Suponía que no tenía «buena mano», y ya estaba demasiado viejo para aprender. Su único propósito había sido procurarse un poco de miel. Nada sabía de esos raros insectos, y estaba muy dispuesto a confesar que le costaba entender su conducta normal, para no decir nada de sus rarezas, gustos, antipatías e innumerables dolencias, cada una de las cuales resulta más misteriosa que la anterior. Su joven amigo, allí presente, le había informado que conocía un proveedor que habitaba en esa parte de la aldea y que le abasteció, durante largo tiempo, de una miel excelente.

—Quizás no me muestre muy cortés al venir aquí. Bien sé que cada comunidad tiene sus propias normas de etiqueta, que el forastero debe aprender. Por eso rogué a *Mr. Silchester* que me acompañase esta tarde.

El preámbulo no era muy hábil, pero lo dijo en un tonillo indefinible, con una seguridad alegre y serena al mismo tiempo, creando así esa atmósfera particular en la cual el interlocutor no tiene otro remedio que aceptar cuanto le decimos y dar crédito a nuestras palabras.

—¡Entre usted, entre! —dijo Heregrove.

Tuvo que ceder terreno, como el espadachín de muñeca más débil, vista incierta y menos experiencia, cede terreno a su contrincante más osado. Me causó sorpresa sentir que éramos la parte agresora y que, en vez de peligrar nosotros, era Heregrove quien peligraba. Penetramos en el siniestro vestíbulo, y una vez allí, el hombre hizo un esfuerzo por escapar.

—Iré a buscarle la miel. Como *Mr. Silchester* sabe, se encuentra al otro extremo del jardín.

Esas palabras animaron aún más mi naciente valentía; vi que Heregrove recurría a mí. No había peligro ahora de que oliese a miedo, pues había comprendido que nuestro enemigo, aunque conscientemente no se percatase de nada,

inconscientemente vacilaba hasta el punto de recurrir a mí para hallar un pretexto que le permitiese huir de un anciano locuaz y de un muchacho tonto.

Sin embargo, *Mr. Mycroft* se mostró veloz como el esgrimista que sorprende a su adversario indefenso.

—Vi su jardín mientras hablábamos allí afuera. Me pareció que hay algunos tulipanes muy curiosos. ¡Ojalá supiera tanto de abejas como de tulipanes! Apostaría una modesta suma a que usted tiene injertos muy interesantes. Quizás la casualidad ayudó a la técnica. Confieso que me fascina el estudio de los cromosomas de esas flores.

Con su alegre charla de prestidigitador, *Mr. Mycroft* se impuso suave, firme, irresistiblemente, a Heregrove, que retrocedía sin cesar. Los seguí, y recorrimos el sendero agreste del cual me alejara yo hacía tan poco tiempo convertido en un fugitivo y marcado con un sello de muerte. Cuando llegamos frente al macizo de tulipanes tardíos, en que, naturalmente, nunca reparé antes, Heregrove murmuró que no sabía una palabra de flores, aserto que confirmaban los canteros de su jardín. Pero *Mr. Mycroft* no quiso oír hablar de esa «falsa modestia», como la llamó en tono de chanza.

—Se ve a las claras, mi estimado señor, que no es usted uno de esos jardineros prolijos y cansadores, pero, sea por casualidad o no, he aquí un ejemplar capaz de despertar el interés de cualquier botánico. No me considero hombre de ciencia, pero reconozco el mérito cuando me sale al paso.

Se inclinó, examinó la planta, miró entre los pétalos cerrados, estudiando los estambres o los pistilos, o como se llame esa especie de amígdalas que tienen las flores en la garganta.

De pronto se irguió y dijo:

—Pero... nos olvidamos de nuestra miel.

Heregrove se había detenido junto a él. Se advertía que el fingido entusiasmo del anciano lo había engañado y que estaba desconcertado preguntándose cómo hacer para mantener a ese viejecillo vivaz a prudente distancia de ciertos lugares donde su agudo olfato pudiera descubrir cosas menos dulces e inofensivas que el perfume imperceptible de los tulipanes.

—Es posible que las abejas estén ahora un poco irritadas; al terminar la estación, sus nervios se excitan —Heregrove trató de tomarlo a broma—. Mejor será que no se acerquen ustedes.

Me pareció que me miraba con expresión inquisitiva. Se encaminó hacia el cobertizo dando largas zancadas. Las abejas iban y venían por encima de nuestras cabezas, entrando y saliendo de las colmenas. No se fijaban en nosotros. Sin embargo, en el mismo instante en que Heregrove se alejó, mi entusiasta compañero tuvo otra idea.

—Pero ¡qué interesante —exclamó, atravesando rápidamente el jardín—, si aquello que crece junto a la puerta del establo es un «*Pileus purpúreo*»! No es una

planta rara, pero aquí, en esta región, sorprendería a cualquier botánico. Es necesario que la examine. Quizás se trate de una variedad local.

Heregrove, cuya mano estaba ya sobre el picaporte de la puerta del cobertizo, se volvió. Cuando vio al simpático *Mr. Mycroft* cruzar el césped, en su rostro se pintó una mezcla de terror y de ira. De pie entre los dos, yo miraba alternativamente a uno y a otro.

—¡*Mr. Mycroft* —gritó—, venga usted aquí!

—Un segundo... «*Pileus purpúreo*»..., ¡qué extraño que crezca aquí! —se oyó vagamente por sobre el hombro de *Mr. Mycroft*.

De pronto Heregrove, dejando abierto el portal del cobertizo, cruzó en dos saltos el jardín, pasó junto a mí sin mirarme siquiera y corrió hacia donde estaba el anciano. Creí que todo había concluido, que nos mataría a ambos en el acto. Me quedé petrificado. Ya habrán comprendido ustedes que no soy hombre de acción. No obstante, soy un buen observador, a pesar de cuanto pueda decir *Mr. Mycroft*. Veo en este instante toda aquella escena como si la tuviera fotografiada ante mis ojos. Así como había comenzado repentinamente a correr, Heregrove moderó su marcha y se adelantó a pasos lentos. Comprendí que había llegado demasiado tarde. Cuando estuvo junto a la puerta del establo, *Mr. Mycroft* salía ya.

Oí su voz clara, que decía con tono de vivo interés:

—Los esporos han llegado adentro. En verdad, los hongos constituyen el sector más curioso de la vida vegetal. Naturalmente que lo mejor del jardín es ese tulipán. Me ha proporcionado un momento muy agradable. Gracias, muchas gracias. Pero... ¿no tiene usted todavía la miel? No debiera haberse molestado en venir hasta aquí cuando yo llamé. ¡Me entusiasma tanto cualquier pequeño hallazgo de alguna planta rara! Eso les sucede a todos los especialistas. Me temo que sea por eso que nos consideran tan fatigosos. Los individuos corrientes, cuerdos, no pueden comprender ese entusiasmo; les parece afectado, casi ficticio.

Veía claramente que Heregrove luchaba consigo mismo, pero no tuvo la menor oportunidad de decidirse. El ascendiente que sobre él ejercía el anciano, la explicación que dimos de nuestra visita, y que tuvo que aceptar como verdad evidente, le señalaban la misma línea de conducta que, por otra parte, su propia seguridad imponía. Le era imposible permitirse un estallido de mal humor ante dos extraños. A pesar de todo, me pareció que no sería capaz de contenerse. Cuando nos fuimos, apenas podía dominar su voz. Una vez hechos los envoltorios de miel, nos despedimos; él murmuró las frases convencionales de adiós, y observé que la vena de una de sus sienas palpitaba, a causa de la violenta presión de la sangre.

Cuando estuvimos fuera del alcance de su oído, la primera observación de *Mr. Mycroft* no fué muy optimista sin embargo.

—Será necesario volver.

—Ahora que lo conoce usted, ¿por qué no vuelve solo? —fué mi respuesta; no muy generosa, lo confieso, pero bien natural.

Me avergoncé en seguida de las palabras que acababa de pronunciar. Por eso me sentí aliviado al oírle decir a mi interlocutor:

—Los efectos del hidrato de benzedrina están desapareciendo. Ahora se sentirá usted un poco deprimido. Enterraremos nuestra compra en su jardín, y luego se meterá en cama.

Me sentí aún más avergonzado, puesto que bien podría haberme echado en cara mi cobardía, cuando entramos en el jardincillo trasero de mi casa, que está rodeado de un paredón de ladrillos, y vi a *Mr. Mycroft* cavar, con una energía que estaba muy por encima de mis fuerzas, un pozo ancho y profundo para sepultar la miel maldita. Me detuve, pensando que ya habíamos cavado bastante, ya que esa tarea siempre me hace doler la espalda, y le oí decir:

—He salvado la vida tantas veces por no hacer un trabajo a medias que no deseo que ésta sea la primera.

Por fin dejamos la miel bajo tierra, como si fuera un tesoro encantado, y nos instalamos en la sala, después de lavarnos cuidadosamente en la pileta de la cocina.

—Está desconcertado y un poco asustado —comenzó a decirme *Mr. Mycroft*—. Pero yo también estoy desconcertado, y si no tuviera otro apoyo que la ley para defenderle a usted y protegerme a mí mismo, creo que también estaría asustado. No hay prueba alguna en su contra, aunque el hombre sea tan culpable como Judas y tan peligroso como una pantera acorralada.

—¿No halló usted algún rastro en el establo? —pregunté con cierto enojo.

—Ciertamente, hallé un rastro, pero eso no constituye una prueba decisiva; cuanto más hábil sea uno para descubrir rastros, más seguro es que el jurado no comprenderá el encadenamiento de las pruebas que le presentemos.

—¿En qué punto nos hallamos, entonces? —inquirí, presintiendo el fracaso.

—Le diré cuanto sé; probablemente, sé más de lo que usted habrá podido observar.

—¡Es natural! —respondí con aire fatigado. Él se inclinó cortésmente.

—Pues bien, espero que pronto dormirá usted tranquilo; sin embargo, debo exponerle antes nuestra situación actual y nuestras actividades futuras. En primer lugar, yo estaba decidido a entrar en esa casa. Ni usted ni el mismo *Heregrove* advirtieron que esa entrada fué forzada. Penetramos mientras le hablábamos y le distraíamos. Si usted habla a una persona que no tiene ganas de hacerlo y, entretanto, camina directamente hacia donde está, aquélla retrocede mientras lo cree a uno absorbido en la charla y toma el avance por cosa inconsciente, retrocede, repito, y sólo piensa cómo hacerle callar a uno deteniéndole al mismo tiempo. Por eso *Heregrove*, muy a su pesar, se vió obligado a decir: «¡Adelante!». Una vez dentro, su único deseo, que me pareció una reacción ciega e irreflexiva, fué mantenernos alejados del fondo de la finca: cobertizos, establos, etc. La habitación que visitamos no era muy interesante. En un rincón divisé un trozo de papel gris que reconocí de inmediato. Se trata de la tapa familiar a cuantos la conocen, de una publicación

norteamericana bastante original, que tiene mucho dinero, colaboradores inteligentes, poco juicio y menos método. Vive del legado de un millonario que fué secuestrado por una banda de malhechores que exigieron por él un subido rescate. La policía casi lo dejó morir, y por cierto no pudo evitar que quedara desequilibrado. Al cabo lo salvó un investigador privado que tuvo ocasión de conocer. Le otorgó como premio una pequeña suma de dinero y la fundación de ese Instituto. Lo curioso es que el millonario, temeroso por sus intereses, se opuso neciamente a la fundación de esa institución, pues hasta los millonarios cuerdos *están obligados* a fundar obras, así como los señores medievales tenían el deber de fundar monasterios y las gallinas tienen el de poner huevos. El investigador conservó además el derecho de recibir durante el resto de su vida las publicaciones de ese Instituto. Como le dije, conozco al hombre y por su intermedio recibo la revista. Se publican en ella trabajos de investigación destinados a aficionados; no es un *hobby* frecuente, pero está más difundido de lo que usted supone. Y, en medio de una montaña de basura, he hallado algunas cosas interesantes. Ellos fueron los primeros que publicaron una descripción de la prueba del polvo magnético para aclarar las huellas dactilares demasiado borrosas para ser identificadas en otra forma. También publicaron una monografía bioquímica sumamente útil acerca de los amoníacos animales. Cuando salimos de la habitación, me las arreglé para ver qué número tenía la revista. Cotejaré las cifras cuando llegue a casa, pero apostarí a que es el ejemplar que contiene la monografía en cuestión. Lo del tulipán era, naturalmente, una artimaña. El jardín revela a las claras que Heregrove ni siquiera sabe lo suficiente para comprender que lo engañé. Claro está que sé algo de botánica, y estaba preparado a rechazar cualquier ataque. Él ha estudiado genética animal, pero descuidó la genética vegetal, caso típico del especialista unilateral; pero en este caso determinado se proponía un objetivo: perfeccionar una nueva arma mortífera. Ahora estará persuadido de que posee un tulipán extraordinario, y la verdad es que esos ejemplares listados nacen después de una rara alteración de los cromosomas, como lo ha demostrado Hall. Pero mi verdadero objeto al examinar la flor fué estudiar a *Mr.* Heregrove de cerca y sin provocar sospechas. Solemos cambiarnos de chaqueta cuando trabajamos en un laboratorio, pero no de pantalones. Si uno trabaja durante cierto período de tiempo y no tiene a nadie que le lleve los pantalones a la tintorería, y es evidente que Heregrove no tiene a quién enviar, se mancharán con toda seguridad. Los pantalones de Heregrove estaban a quince centímetros de mis ojos mientras yo hacía el elogio de aquel tulipán vulgar, pero utilísimo, y distinguí claramente varias manchitas y roturas en la tela que no pueden ser producidas sino por ácidos. Eso me demuestra que el hombre prepara sus propios elementos. Debía descubrir dónde lo hace.

—¿Por eso corrió usted hacia el establo cuando él estaba a punto de entrar en el cobertizo?

—Claro está.

—Pero ¿no le parece más probable que tenga su infernal laboratorio dentro de la

misma casa?

—Resulta difícil tener un caballo en la casa.

—No comprendo.

—Lo vi todo claramente en cuanto usted me habló del establo. ¿Sabía acaso, y recuerde que discutimos el punto antes de nuestra visita a Heregrove, cuando hablamos del «olor del miedo», que hasta las abejas más mansas se enfurecen si un caballo sudoroso se les acerca? Nunca hay que acercarse a las colmenas después de haber galopado, a menos que se quiera desafiar el peligro. Las investigaciones de nuestro hombre versaban sobre los amoníacos bioquímicos de los caballos. En otros términos, había estado buscando un olor dotado de las cualidades que más excitan a las abejas. Había destilado y quintaesenciado los sudores, para decirlo en correcto y claro castellano, como un alquimista medieval, con toda la malicia de esos brujos y mucha más eficacia que ellos. Su primer experimento, el más sencillo, consistió en matar a su esposa, que paseaba a la sazón por el jardín. Ahora, como los primeros expertos en radiotelefonía, ambiciona ya extender sus «transmisiones» y hacer que sus «mensajes» atraviesen largas distancias. Esta casa dista cerca de una milla de la suya. Fué sólo un azar de la mala suerte (o del Destino) que no lograra..., digámoslo así, sintonizar perfectamente su transmisión.

—Entonces, ¿no halló usted nada en el establo? —Yo quería llegar a los hechos concretos. Me parecía imposible interesar a *Mr. Mycroft* en la médula del asunto: que yo estaba en peligro y era necesario protegerme. Comprendí que le importaban los aspectos generales del problema y que mi suerte era apenas una faceta en el conjunto. Indudablemente, su punto de vista debía ser tenido en cuenta, pero mal podía pedírseme que fuese el mío. El anciano levantó los ojos, pues hasta entonces había estado absorto en sus propias cavilaciones, con la mirada clavada en el suelo, y hasta creo que llegó a olvidar por completo mi presencia.

—No —dijo pensativo—, no, ha desmantelado su laboratorio. El individuo es precavido. He conocido asesinos mucho más ingeniosos, pero mucho menos precavidos... Ambas cualidades no suelen coincidir. Vi el lugar donde estuvieron las mesas y los anaqueles. No le mintió cuando le dijo a usted que había un grifo en ese establo. Y estoy seguro de que, después de nuestra visita, ese hombre, siendo tan cuidadoso como lo es, tomará la precaución de borrar los más mínimos rastros. Pero no se limitará al establo. El forro de papel gris desaparecerá; hubiera desaparecido ya hace tiempo si no fuese porque necesitaba aún la revista y no contaba con nuestra visita. No suponía, al menos, que entraríamos en la casa o que, en caso de hacerlo, reconoceríamos, por una casualidad extraordinaria, esa rara publicación. Sólo conserva, escondidas en alguna parte, unas botellitas de cierto líquido de olor rancio, cuya etiqueta reza: «Desinfectante». La sustancia es, en verdad, nociva para los microorganismos y relativamente inofensiva para el hombre, por repugnante que sea su olor. ¿Qué sacaría en limpio de todo eso un fiscal, por más que investigara?

—Sin embargo —respondí a esta pregunta retórica, porque yo tenía del asunto

experiencias personales que desconocía *Mr. Mycroft*—, si el líquido empapase un trocito de tela y se soltasen en la misma habitación unas cuantas abejas, ya verían todos cómo se enfurecían y clavaban sus aguijones en el trapo. ¡Si se exhibiese ante el jurado un pobre conejo salpicado con ese líquido, los insectos le darían muerte a la vista de todo el tribunal! ¡Creo que sería imposible hallar prueba más clara o demostración más perfecta y acusadora!

—No conoce usted bien a nuestro hombre —replicó el anciano, sin mostrar mayor interés por mi aporte—. No es tan tonto. Todo lo contrario. Convéncese de que, a su modo, es extraordinariamente inteligente, astuto y minucioso. Sin duda ha previsto ya que el lazo corredizo podría ceñirse en torno a su cuello si descuidaba ese aspecto de la cuestión. Le dije desde un principio que criaba abejas especiales. Cierto es que no sabía nada sobre su oído, ni cómo pueden ser dominadas valiéndose de las curiosas limitaciones que padecen en ese sentido. No le extrañe tal cosa en un especialista. Tanto ha estudiado el olfato de los insectos que se ha olvidado por completo de su oído. Ha criado una abeja notablemente feroz y ponzoñosa. Fácil era explotar ese nexo psico-físico, ya que la ira es una especie de veneno y no cabe duda de que el veneno se ha desarrollado gradualmente en animales que, siendo a la vez débiles y vengativos, estaban literal y fisiológicamente amargados sintiéndose inferiores y sedientos de venganza, después de milenios de opresión. Existe en Australia, como quizás lo sepa usted ya, una abeja que, por carecer de enemigos peligrosos, no ha desarrollado todavía su aguijón. En todos los insectos hasta ahora conocidos, el aguijón es una derivación del aparato del desove, el cual estaba primordialmente destinado a depositar los huevecillos en lugar seguro. El veneno es cosa posterior. Creo que no hubo serpientes ponzoñosas antes del período miocénico. Cuesta mucho tiempo y largos esfuerzos llegar a ser tan perverso como uno quisiera. *Nemo repente fuit turpissimus*. Nadie se ha vuelto repentinamente malvado.

—Sí, sí —interrumpí—. Pero estamos discutiendo ahora cómo se las compuso nuestro hombre para adquirir esa ciencia y habilidad demoníacas con que hoy amenaza la vida de uno de nosotros, haciéndola peligrar a cada instante.

Mr. Mycroft no se incomodó por mi interrupción, la cual, teniendo en cuenta la facilidad con que divagaba mi interlocutor, era casi indispensable.

—Así es —dijo—, a eso iba. Aunque sea fácil prever que haya mezclado la ferocidad con el verdadero veneno, acrecentando así su recíproca influencia, me veo obligado a reconocer que su siguiente triunfo fué notable, tanto que yo hubiera apostado que la cosa era imposible. Refinó los amoníacos animales, especialmente los del caballo, hasta obtener un aroma especial que llega a enfurecer a las abejas, pero sólo a una familia determinada de abejas: sus propios monstruos. Sin duda, su mente astuta captó esa idea tomándola de lo que se sabe acerca de las afinidades específicas, curiosas, pero bien conocidas y estudiadas, que relacionan el olfato de una clase particular de insectos con el aroma de una planta determinada. La más conocida de esas relaciones es la de la flor de yuca con la mariposa también llamada

yuca. Pero mejor será que no hablemos más esta noche. Usted está rendido de fatiga.

Era verdad. Me costaba cada vez más reprimir mis bostezos al ver que, a pesar de todo mi interés por escapar de la celada en que cayera, *Mr. Mycroft* se empeñaba en darme largas conferencias sobre historia natural. Su última frase, sin embargo, fué mucho más concreta y optimista:

—Tenemos, por lo menos, un día entero de tregua, porque Heregrove pasará todo el día de mañana extirpando a fondo cualquier rastro sospechoso. No me extrañaría que llegara a abrir la fosa del caballo y echara encima otra dosis de cal viva.

Sentí renacer mi interés, y le hice una pregunta más mientras lo acompañaba hasta la puerta del jardín:

—¿En qué forma murió la yegua?

—La picaron las abejas, pobre animal, y murió sirviendo de demostración — replicó, y se perdió en la penumbra del crepúsculo.

Capítulo VII

Burlando al destino

DESPUÉS de esa jornada agobiadora, a ratos tan emocionante y otras veces tan tediosa, pude dormir profundamente. Estaba rendido de cansancio, pero comprendía que las cosas no podían quedar así. Me sentía como un criminal a quien se le ha dado una breve tregua de libertad, y era necesario que tomara decisiones inmediatas si quería verme definitivamente libre y seguro. Por eso, tan pronto como abrí los ojos, me levanté, tomé el desayuno y partí rumbo a la avenida Waller's, no sin antes dirigir una medrosa mirada en dirección al camino que llevaba hacia la terrible celada, hacia la mansión siniestra.

Mr. Mycroft ya estaba en su jardín, y me saludó con estas palabras:

—El primer experimento ya está hecho y produjo el resultado que esperábamos. Mire usted, lo repetiré.

Había atado a la extremidad de un bastón unas pinzas que sostenían un copo de algodón aceitoso y pardusco. Lo acercó a una de las colmenas. Las abejas se dispersaron y su zumbido habitual se convirtió en un rumor airado, pero al retirar el bastón sólo unas pocas lo siguieron, de mala gana, y pronto volvieron a su trabajo.

—¿Es ése el líquido? —pregunté algo atemorizado.

—Sí —respondió—; ya ve usted que a mis mansas abejas holandesas no parece agradarles mucho, pero tampoco las convierte en una banda de asesinas. Ahora, vea esto.

Atravesó los portales del frente, penetró en la casa y volvió con otro bastón semejante. Lo aproximó a la colmena y de inmediato se advirtió una alarmante conmoción: un escuadrón de insectos salió en persecución del agresor. Él lo arrojó dentro de un recipiente de agua y, después de algunos amagos de ataque, la escuadrilla aérea volvió también a sus tareas.

—Lo que les presenté era una mezcla bastante fuerte de amoníacos destilados del sudor común de un caballo. ¡Ya ve usted cuán inteligente es nuestro hombre! Sus abejas se enfurecen ante un tipo especial de destilación, precisamente el tipo que menos afecta a las demás abejas, que reaccionan con mayor energía ante el sudor normal del caballo.

—¿Y cómo preparó usted esa sustancia? —pregunté, muy interesado.

—Hasta el criminal más previsor y sereno incurre en algún error, si lo seguimos con el cuidado necesario, —replicó pensativo—. ¿Recuerda usted a esos jóvenes asesinos de Chicago llamados Leopold y Loeb? Planearon con la mayor sangre fría, y, según sus cálculos, en forma perfecta, el asesinato de un pobre escolar. Y por cierto que su proyecto se desarrolló sin el más mínimo tropiezo. Pero, mientras trataban de

desembarazarse del cadáver de la víctima, uno de esos individuos, que se creían tan por encima de las debilidades y errores humanos, deja caer sus anteojos al suelo. Quedan allí, a la vista de todo el mundo, y alguien los recoge. No han transcurrido aún dos horas, y ya se ha llamado a todos los oculistas de Chicago, dándoseles la descripción minuciosa de los cristales. El oculista que se los recetó recorre su fichero y da a la policía los nombres de Loeb y Leopold. No cabe duda que tuvieron que reparar en la caída de los anteojos y oyeron el rumor de su choque contra el suelo; un sector al menos de su atención hubo de fijarse en ellos mientras repasaban todo, aprobando su tonta y diabólica habilidad, regocijándose al comprobar lo bien que habían ocultado el cuerpo de su víctima. Pero los traicionó ese remoto sector de su conciencia cuya voz desoyeron. Mal proceden quienes lo desprecian.

«Heregrove ha incurrido en un error similar». No se lo dije anoche por miedo de turbar su sueño, pero obtuve un poco de la mortífera sustancia. Recordará usted que tuve buen cuidado de enterrar la miel a gran profundidad, y opino que si la miel no les señala el camino de sus víctimas, las abejas-vampiro son incapaces de llegar hasta ellas atraídas tan sólo por el olor del amoníaco. Pero una vez que lo han olfateado, y perciben ese aroma... Bien, ya le he dicho cuánto me alegro de que esté usted a salvo y qué suerte ha tenido en escapar con vida. Aquí, en este jardín, estamos seguros, pues aunque ellas se presentaran, siempre me quedaría el recurso de hacerles oír mi canto de sirena.

«¿Que cómo conseguí el producto? Si ya se lo he dicho..., porque el criminal inteligente es precisamente el que comete un error insignificante y al parecer sin importancia, en un momento de amnesia, pero si le seguimos con porfía obtendremos a la larga la prueba decisiva, que él mismo dejará caer en nuestras manos. No tengo sino un poquito de su precioso líquido, herméticamente guardado en un frasco sellado. El algodón que acabo de presentar a mis abejas será arrojado al hornillo eléctrico, donde se convertirá en cenizas».

Uniendo la acción a la palabra, abrió la boca del hornillo y alcancé a oír el chirrido del algodón húmedo antes de que se cerrara nuevamente. *Mr. Mycroft* volvió, levantó el primer bastón y arrojó por encima del seto el otro copo algodinoso, luego dió un puntapié al recipiente de agua y, mientras la tierra absorbía con lentitud el líquido, prosiguió:

—Lo poco que pude recoger estaba en el establo. No tuve sino unos segundos de tiempo para dar una ojeada y comprobar que el laboratorio había sido desmantelado, como usted sabe, y ya me volvía para recibir a Heregrove, puesto que no valía la pena correr riesgos innecesarios permitiendo que me descubriera observando los últimos rastros de su infernal taller, cuando divisé un jirón de tela blanca sobre la tierra. Me incliné, lo recogí, me lo eché al bolsillo, y salí al encuentro de nuestro iracundo y desconcertado huésped, charlando alegremente sobre los hongos. Adiviné en seguida que era el falso vendaje que utilizó para perfumar a usted, ingeniosamente, con su «desinfectante».

—¿Y cómo es que no estaba cubierto de abejas? —pregunté.

—Ése es —respondió él— uno de los puntos psicológicos en los cuales, como sobre un límite incierto y ondulante, la razón roza al instinto; ese instinto que no es mera reacción mecánica ni tampoco cálculo claro (los dos procesos que conocemos), sino algo misterioso que permanece ignoto. Es lo opuesto al caso de Leopold y Loeb... ¿Por qué los traicionaron sus sentidos? Acá deberíamos preguntarnos: ¿por qué el instinto ciego, que impulsa a la abeja a clavar su aguijón hasta morir en el objeto cuyo olor la enfurece, cede de pronto a una especie de razonamiento que le dice que es imposible hacer sufrir o dar muerte a un trozo de tela? Es verdad que picaron su chaqueta, pero estaba impregnada de olor humano, y era a usted a quien buscaban. Pero, al fin y al cabo, nuestro verdadero problema reside en el aspecto de la cuestión que se asemeja al caso Leopold-Loeb. ¿Qué poder irracional traicionó también a nuestro Heregrove, tan calculador y sereno? Naturalmente, en cuanto le despidió a usted, entró en el establo. Las abejas se habrían recogido ya, y no corría peligro alguno. Sin embargo, como aún brillaba el sol, podría ser que unas cuantas rezagadas llegaran tarde, y bien sabía él que una media docena de picaduras son más que suficientes para enviar a cualquiera al otro mundo. Por eso arrojó el trapo, se lavó las manos y las desinfectó en el establo. ¿Por qué no quemó el jirón de tela? Probablemente se propuso volver cuando hubiera cerrado la noche, para tener así absoluta seguridad de que las abejas estarían dentro de sus colmenas y que nadie lo vería quemarlo. Es lo bastante cuidadoso como para todo eso, y su casa es visible desde la carretera. Ahí tiene usted cómo sus precauciones lo llevan a ese pequeño olvido fatal. Ahora sabemos que se olvidó de regresar, y nos permitió así apoderarnos de esta preciosa tela.

—No veo qué utilidad puede tener para nosotros —dije—. No nos revela nada que no sepamos ya, y no prueba nada contra Heregrove. En esto se diferencia mucho de los anteojos de Loeb y Leopold.

—Nos será mucho más útil —replicó *Mr. Mycroft*.

—¿Cómo? —exclamé—. ¿En qué forma?

La fisonomía del anciano se ensombreció; nunca lo había visto tan serio. Permaneció silencioso durante unos minutos, y luego dijo:

—*Mr. Silchester*, ¿sería usted capaz de darme una prueba de confianza ilimitada?

He ahí el tipo de pregunta que me desagrada más profundamente. Las encuentro retóricas y melodramáticas.

—Cuando dos personas se ven unidas por —estuve a punto de decir «por el Destino», pero me pareció demasiado pomposo y teatral el término— la suerte, enfrentando a un demente, me parece algo tonto preguntar, cuando el asunto está casi solucionado, si una de ellas confía en la otra.

—Contempla usted el futuro a través de cristales mucho más rosados que los míos, *Mr. Silchester* —replicó serenamente—, si es que opina usted que hemos salido de este intrincadísimo laberinto en que nos hallamos.

«El alma se me fué a los pies», como vulgarmente se dice. Hasta entonces, siempre había sido él quien me reconfortara, y recordé con un estremecimiento que, aunque el peligro le amenazaba a él también, era la víctima N° 3, en tanto que yo era la N° 2, y la N° 1 yacía, desde hacía algún tiempo, en su sepulcro.

—Estamos —continuó— en una encrucijada. Nuestras vidas, y sé bien lo que digo, pues he jugado muchas veces con la mía y conozco lo que es correr peligros de muerte, nuestras vidas dependen de que elijamos la senda acertada. Al final de una de estas rutas hay una muerte dolorosa para ambos, y —sus palabras se hincaron en mí como garras— usted, *Mr. Silchester*, ya sabe lo que es ese arma que ahora se dirige contra usted con tan certera puntería como la de un tirador experto que elige y derriba a su víctima.

—*Mr. Mycroft* —respondí, y aunque traté de disculparme, mi voz era la de un derrotado—, siempre pongo obstáculos en su camino. Supongo que es porque estoy tan atemorizado que no quiero reconocerlo, y para ocultar mi terror, adopto el tono distante que tendría nuestra amistad si no nos uniera este horrible secreto y el riesgo común que corremos.

Era cierto, mucho más cierto de lo que yo pensaba en aquel mismo instante. *Mr. Mycroft* me creyó.

—No quiero asustarle sin necesidad, como bien lo comprende usted. Por el contrario, es indispensable que conserve todo su valor. Si lo pierde, moriremos ambos mucho antes de lo previsto. Pero es necesario que afrontemos nuestra situación tal como es, sin hacernos ilusiones al respecto. Poseo la substancia que, para decirlo francamente, aunque parezca melodramático, pone el sello de la muerte sobre los seres humanos, al menos sobre los que habitan en esta zona. La ley no puede protegernos. Pero el hado ha puesto en mis manos este producto. El destino quiso que *Heregrove* dejara caer lo único que podía defendernos contra su agresión y que lo dejara caer donde yo pudiera recogerlo sin que él lo supiera. El destino quiso también que, en el mismo bolsillo en que guardé el trozo de tela, tuviera yo un frasquito con los tres aceites básicos con que ungué sus dedos. Esa circunstancia me protegió, indudablemente, contra cualquier ataque que podríamos haber sufrido mientras recorría el césped del jardín, llevando sobre mi persona el olor fatídico. Debe usted confesar que este conjunto de circunstancias, aunque no nos hubiera servido de nada si no lo hubiésemos aprovechado bien, ha hecho posible el que nos hallemos ahora en posición tal que no parece aventurado decir que el destino nos ha favorecido hasta el momento.

«Sea como fuere, procedamos de acuerdo con el adagio que dice: “Ayúdate, y Dios te ayudará”. Por eso, en cuanto llegué a casa, consulté la revista de la tapa gris. Tal como lo imaginaba, contenía esa rara y útil monografía sobre los amoníacos animales, trabajo de investigación minuciosa que probablemente necesitan sólo dos hombres en el mundo; el uno para cometer una serie ininterrumpida de crueles asesinatos, y el otro para evitarlos. Con esos datos, y el trozo de tela, ¿no ve usted

cuánto podemos hacer, y cuánto nos es imposible lograr, y por qué no tengo otro recurso que solicitar de usted una confianza sin límites?».

Subconscientemente, sospeché que me empujaba poco a poco hacia una situación... No, decir esto sería injusto, y deseo ser estrictamente veraz; diré, más bien, que el destino nos empujaba a los dos hacia una situación muy especial. Yo trataba de ganar tiempo.

—¿Qué es lo que *no podemos* hacer? —pregunté en forma evasiva.

Creí conveniente enterarme en primer término de lo que no podíamos lograr, quizás hallara en ello una escapatoria, antes de afrontar lo que debíamos hacer para mejorar nuestra situación y ponernos a salvo.

—No insistiré —añadió contemplándome con una fijeza que me molestaba—. La ley no detiene a ese hombre, así como una valla no detendría a un mosquito portador de fiebre amarilla. La ley nos protege de la violencia repentina e impremeditada del villano salvaje. Pero estamos inermes ante la malignidad calculadora del hombre que estudia paciente y deliberadamente cuál es la mejor manera de sobreponerse a las limitaciones de esa misma ley. Una vez que usted se haga cargo de la situación, y sé que no es fácil para quien ha llevado una existencia tranquila y resguardada, y comprenda que ni la ley, ni los magistrados, ni la policía local pueden protegerlo, entonces quedará usted libre para reflexionar sobre la inevitable necesidad de dar el segundo paso: hacer lo que está en nuestras manos.

Esperó. Después de algunos desagradables momentos de silencio debo de haber hecho alguna señal de asentimiento, pues prosiguió diciendo:

—Creo que ha tenido usted razón al pesar las contingencias, y me alegro de que coincida con mi opinión después de reflexionar con serenidad. Mi punto de vista, aunque exacto y prudente, está fuera de los convencionalismos. Moralmente, estamos en idéntica posición que las avanzadas que irrumpen en los límites de un país nuevo. Tenemos que dictar nuestra propia ley y ponerla en marcha allí donde aún no hay carriles. Algún día la ley hará frente a estas situaciones especiales; entonces no tendremos más que decirle al empleado del ferrocarril adonde queremos ir, y él se encargará de que lleguemos sanos y salvos. Hoy en día estos casos permanecen aún dentro de la jurisdicción del comisario rural. Debemos montar nuestros propios caballos y perseguir al criminal por nuestra cuenta y riesgo. Vivimos todavía en la etapa en que cada ciudadano ha de defender y aplicar la ley. Usted y yo somos la partida policial, como en las novelas del Lejano Oeste norteamericano. Afortunadamente, estamos bien pertrechados...

—¿Quiere usted decir que debemos acercarnos subrepticamente, como criminales nocturnos, y matar a Heregrove disparándole un balazo desde la ventana?

Comprendiendo que mi protesta no era sincera, sino que por el contrario tenía mucho de insolente, *Mr. Mycroft* conservó, no obstante, su actitud tranquila y cortés. Yo me sentía como un pez que ha tragado el anzuelo y salta y se debate tratando de huir por alguna parte, y advertía que el pescador me daba metros y más metros de

línea para que consumiera mis fuerzas en esa vana lucha, pero que al fin me arrastraría sin remedio.

—Mi metáfora ha sido inadecuada —dijo *Mr. Mycroft* disculpándose—. Claro está que lo que quiero decir es que debemos hacer frente a Heregrove con las mismas armas que él emplea contra nosotros, y que la ley no reconoce como armas criminales, sino que las pasa por alto, considerándolas como casuales «obras de Dios», mas no del hombre maligno.

Esto me tranquilizó. Ya podía olvidarme del símil del comisario rural, y lo hice. No me resultaba agradable, a mí, un perfecto ermitaño, la idea de salir a castigar criminales que la ley olvida. No soy ningún caballero andante. Pero quedaba algo, un detalle que continuaba preocupándome subconscientemente y llevándome a extremos que, en otro momento, hubiera considerado absurdos y exagerados: mi situación angustiosa. A pesar de todo, di un postrer salto.

—Está bien —dije con aire de suficiencia, como si todo lo hubiera pesado ya y viera claramente lo que de mí se esperaba—. Está bien, siga adelante con sus proyectos. Le prometo que no diré una palabra de todo esto. Bien comprendo que a los dos nos conviene guardar el más absoluto secreto.

—Gracias —dijo secamente, según me pareció, y mi optimismo comenzó una nueva serie de descensos—. Ello implica, como es natural, que cuento con su colaboración, porque aunque me basto y sobro para dirigir los aspectos técnicos de este asunto, necesito de su ayuda para todo cuanto se refiere a su aplicación práctica. Le repito que tendremos que hacer una nueva visita a Heregrove.

Estas últimas palabras, las que yo más temía, resonaron en mis oídos como un tañido lúgubre.

—Y ahora, *Mr. Silchester* —continuó diciendo en el mismo tono sereno, como si estuviéramos discutiendo y preparando un paseo al campo—, ahora debo volver a mi laboratorio. Cuando usted llegó, había iniciado unos experimentos, y quiero ir a ver cómo se van desarrollando. Supongo que usted desea reflexionar acerca de nuestra conversación. Quizás prefiera descansar o leer en mi biblioteca. Ya sabe que el canto de mis pajaritos no le causará molestia alguna. Me atrevería a aconsejarle que permanezca allí, no sólo porque tenemos todavía mucho que hablar, sino también porque creo sinceramente que está usted más seguro aquí que en su propia casa.

—Perfectamente —repliqué de bastante mala gana, aunque él pareció satisfecho.

Bien sabía *Mr. Mycroft* que mi resistencia había cesado. Era apenas un peón de ajedrez entre sus manos; y esa posición, por más que se le emplee a uno para dar jaque mate al hombre que quiere asesinarle, resulta odiosa.

Las horas de la mañana transcurrieron lentamente. A través del vestíbulo oía al anciano ir y venir sin cesar en su laboratorio. Me era imposible leer. Hundido en un sillón, dejaba que mi mente girase una y otra vez en torno a los acontecimientos que acababa de vivir, como un turbio remolino en el remanso. Por último, comencé a estudiar el casal de pajaritos que saltaban estúpidamente en su jaula. ¡Ellos sí estaban

seguros, y eran demasiado imbéciles para comprenderlo! Cuando los miré, vi que estaban en la misma actitud: él cantaba silenciosamente y ella lo escuchaba extasiada. Esa melodía muda me pareció entonces parte del descabellado plan de la Naturaleza. Pero comprendí que había llegado demasiado lejos en mi disconformidad con todo; que me estaba volviendo demasiado egocéntrico. ¿Cómo esperar, si no, que el mundo estuviese hecho a mi gusto y que todo velara por mi seguridad? Además, me estaba mostrando un tanto ilógico, ya que, si hubiera podido oír a los animalitos chillándose mutuamente, el ruido sólo hubiera logrado exasperarme. Comencé a reírme de mí mismo. Levantándome, me acerqué a la jaula y quedé agradablemente sorprendido cuando los pájaros, en lugar de revolotear amedrentados, se acercaron en seguida a las rejas, con la cabecita inclinada, como esperando que yo les diese algo o jugase con ellos. No soy aficionado a los animales: unos me asustan y otros me cansan, pero he de confesar que me sentí mucho más tranquilo pensando que, si bien estaba a merced de un extraño, ese extraño había logrado que hasta los pájaros confiaran en él. Meditaba en esto, dejando que mi espíritu absorbiese bien mi ocurrencia, ciertamente consoladora —única idea agradable que se me presentaba desde hacía largo tiempo—, cuando la puerta se abrió. *Mr. Mycroft* dijo:

—El almuerzo está listo. Yo me he lavado. Usted conoce el camino del cuarto de baño, puesto que lo recorrió en su última visita.

También era cierto que la casa estaba ordenada y limpiísima. Había allí una buena dirección. Esto me infundió tanta confianza como la actitud de los pajarillos. Y el almuerzo fué aún más suculento que el anterior.

—La otra vez —dijo mi huésped cuando nos sentamos a la mesa—, la comida fué casi improvisada. Hoy, en cambio, como confiaba en que lograría convencerlo de que se quedase, encontrará algo más cuidado. Como todo lo demás, el buen *menú* depende de la previsión y la preparación minuciosa.

Comenzamos con un plato de *borsch*, sopa deliciosa que me agrada muchísimo, pero que jamás he podido enseñarle a preparar a Alicia.

—Es, en realidad, una de las grandes sopas más sencillas —respondió *Mr. Mycroft* a un comentario mío en tal sentido—, y tiene usted razón al considerarla también una de las más sabrosas. Los rusos son notables gastrónomos. Los pueblos primitivos conservan a menudo extraordinaria finura en algunos sentidos que nosotros, en nuestra vida agitada y premiosa, hemos descuidado. El oído y el gusto son sentidos primitivos. *Nosotros* hemos elegido la vista, por eso nuestro mundo contemporáneo es un mundo casi exclusivamente visual. Así lo hemos querido. Como lógica consecuencia, nuestra pintura es mejor que la rusa. En cambio, su música y sus comidas son muy superiores a las nuestras. Nosotros estamos dotados de prolijidad, exactitud, precisión. Consideramos el olor como algo repugnante, y el olfato huye de nosotros. Nadie considera elogiosa la frase: «Usted apesta». La alabanza de Jacob a su hijo: «El aroma de mi hijo es como el de un campo fértil» nos hace sonreír con un poco de asco. En verdad, las expresiones «Usted huele» o «Usted

apestas» suelen indicar la más honda repugnancia.

»Tenemos orden, pero carecemos de vasta capacidad creadora. Hemos perdido el olfato, y nuestro oído se torna cada día más limitado. Exactos, pero sin olfato. Note usted cómo los franceses, siempre tan lógicos, han opuesto a la razón la palabra *flair*, que significa, precisamente, olfato agudo y fino; el olfato contrapuesto al raciocinio. Precisos, pero carentes de intuición. Y esa limitación y empobrecimiento de nuestra capacidad de aprehensión avanza a pasos agigantados. Ya comienza a desterrarse el color, aspecto visual que nos mantiene en estrecho contacto con la realidad de la vida, considerándolo cosa de mal gusto. Decimos que ciertos tonos son “chillones”... Observe qué significativo es este vocablo. Lo hemos tomado de nuestra facultad auditiva, y tenemos miedo, un miedo de anémicos, de todo lo que implique volumen, dimensión y masa en las cosas. Es menester que nada sea demasiado grande; todo debe rebajarse, atenuarse, empequeñecerse. Nos arrastramos, buscando cuidadosamente el camino. Queremos ser refinados a toda costa, hasta el punto de sacar todo sabor y toda vitamina a los jugos básicos de la vida. La abundancia es vulgar, grosera. Pero, al fin y al cabo —añadió riéndose—, podemos comenzar a hacer algo para corregir tan cobarde error. ¡La sopa *borsch* no sólo sabe bien, sino que tiene un color hermosísimo! Chillón, como es natural, pero bien sabe usted, y el comentario no viene mal a manera de ilustración y ejemplo de mi tesis, que en ruso la palabra “rojo” es sinónimo del color propiamente dicho».

Continuó charlando. Su evidente deseo de distraerme y hacerme agradable la comida, y la maestría con que ésta había sido elegida, dando pábulo a sus explicaciones y comentarios, me tranquilizaron en forma extraordinaria. Creo que intuí por primera vez que un hombre inteligente, sereno, previsor y valiente puede demostrar, cosa que jamás se me hubiera ocurrido antes, su valor, serenidad y consideración mostrándose ameno, desbordante de alegría y verdaderamente interesado en las pequeñeces cotidianas. Nunca había imaginado que una persona fuerte, enérgica y buena, por más que no me guste la palabreja, pueda ser al mismo tiempo alegre y hasta infantil. Comencé a sospechar en ese momento que sólo las grandes personalidades, quizás porque pueden tornarse tan impersonales como la vida misma, logran mostrarse alegres y chistosas en el instante más grave de una crisis, resueltas y con todos los sentidos alerta, como los del tirador que prepara el disparo decisivo. Y comprendí que ni siquiera lo hacen para reconfortar a los demás, aunque comiencen con esa intención. Lo hacen porque nada pesa sobre ellos, a excepción del momento presente. No sé cómo expresarlo, pero quiero decir que el tiempo no pesa sobre ellos, como sucede con los animales; tal vez más aún: tienen la intemporalidad de una planta o una roca.

Tampoco sé por qué he escrito todo esto. Creo que es para explicar el cambio que se operó en mi estado de ánimo; pasé de la depresión de la mañana a una alegría segura similar a la de *Mr. Mycroft*. ¿No les parece que el caso es lo suficiente curioso como para merecer una explicación?

—Este almuerzo —prosiguió mi anfitrión— es un homenaje a Rusia: rojo por todas partes. Ahora pasaremos a otro aspecto de Rusia. Caviar, pero no el corriente de color rojizo, sino el fino, el negro. Nos lo servirán asimismo al estilo prerrevolucionario. Me lo enseñó un Gran Duque, durante el antiguo régimen. Había solicitado mi ayuda para recuperar ciertas perlas de escasa importancia que se habían extraviado en forma bastante sospechosa. Pero el cuento es demasiado largo para narrarlo durante el almuerzo. Sea como fuere, allí aprendí esta manera de saborear las perlas negras del esturión. Cleopatra estaba en lo cierto: la mayor parte de las piedras preciosas nos causarían mayor placer y nos expondrían a menos peligros si pudiésemos usarlas a manera de cerezas, en el fondo de una copa de aperitivo, o como caramelos para chupar.

«Pasemos ahora a un plato más sólido. Estos grandes pasteles rusos rellenos de carne son el núcleo en torno del cual gira la comida, y sientan admirablemente si se los acompaña con la bebida adecuada. Ahora recuerdo que este “vodka” fue un obsequio de aquel mismo Gran Duque. Supongo que el pobre hombre estará ahora de lustrabotas en Paris o Nueva York. Lo cierto es que, así como conseguí el “vodka”, él recuperó sus perlas. Espero que le habrán dado una buena ganancia líquida cuando logró escapar de aquel infierno. Pero nunca hubiera logrado huir con esta clase de líquido, de manera que bien podemos permitirnos el lujo de bebérselo. Brindemos a su salud y por nuestro futuro éxito».

Tuve la sensación de que no fracasaríamos, y bebí por un éxito del cual tenía ya plena seguridad, seguridad que se acrecentaba a medida que el ardiente licor corría por mis venas. Terminó la comida con un postre exquisito, todo de crema, almendras y miel. Para un goloso como yo, era el coronamiento ideal de un banquete.

Capítulo VIII

La avispa ataca a la araña

POR consiguiente, no experimenté emoción alguna cuando *Mr. Mycroft* me dijo, sin alterar el tono alegre y superficial de su conversación, como si hubiéramos discutido el asunto durante todo el transcurso del almuerzo:

—Visitaremos a Heregrove esta misma tarde. Mi labor de esta mañana ha dado excelentes resultados, mejores y más rápidos de lo que yo mismo esperaba. Cuando terminemos de tomar nuestro café, acompáñeme usted al laboratorio y le mostraré todo. Ya verá que estamos casi preparados para poner término a este enojoso asunto.

Un sector de mi mente comprendía que estaba tratando de una aventura peligrosísima y hasta ilícita. Pero ese sector era el del raciocinio tímido, cobarde, calculador. El anciano había logrado transpasarme su propio estado de ánimo, y me sentía invadido por una alegría audaz que lograba que la misma palabra «aventura» tuviese para mí, Sydney Silchester, una mágica atracción en lugar de las resonancias ominosas que siempre le había adjudicado.

Mr. Mycroft cerró la puerta del laboratorio, acercó una silla, apartó los libros que la ocupaban, me la ofreció y se acomodó como un ave poderosa en el borde de una banqueta alta. Volviéndose, tomó en sus manos un tubo de ensayo, sacó cuidadosamente el corcho que lo taponaba y me lo alargó. Contenía una porción de líquido muy transparente, pero aceitoso.

—Huela usted esto —me indicó.

Esperando percibir un olor desagradable, olfateé ligeramente el tubo. Vi que *Mr. Mycroft* sonreía, y me lo acerqué a las fosas nasales, inspiré profundamente y lo acerqué aún más, hasta tocarlo casi con la nariz. Ningún olor pude percibir.

—Quizás sea culpa del «vodka», o del ajo que sazónaba el pastel de carne, pero lo cierto es que el sentido del olfato parece haberseme atrofiado —dije, tratando de disculparme, ya que, quizás porque detesto los malos olores, me precio de poseer un olfato extraordinariamente fino.

Él volvió a sonreír.

—Ya he notado que posee usted un olfato bastante sensible. La primera vez que entramos aquí, en ocasión de su primera visita, no le agradó el olor del laboratorio, pues comenzó a respirar por la boca sin hacer esfuerzo alguno por descongestionar la nariz, cosa que hubiera hecho en caso de tratarse de una sencilla congestión turbinal. Luego, cuando pasamos a la biblioteca y, al salir, caminamos ante los anaqueles que contienen esas novelas de Turgeniev encuadernadas en cuero de Rusia, otro recuerdo de mis relaciones ducales, no pudo resistir a la tentación de tocarlas y llevarse los

dedos a la nariz para gozar de la suavísima fragancia.

—Entonces, ¿por qué...? —interrumpí yo.

—Porque —intervino él— ¡no tiene olor alguno! Ése es, justamente, el punto que quiero demostrar. He probado sobre usted ese líquido. Posee usted un olfato agudo y estaba ya preparado —¿sabía que el olfato es un sentido sumamente sugestionable—, a percibir un olor fuerte o penetrante? Y nada percibe. Huela nuevamente, sin rozar el borde.

Olfateé hasta vaciar de aire el tubo, pero no llegó hasta mí ni la sombra de un aroma.

—¿Qué significa esto? —pregunté.

—Significa —respondió con cierto misterio, pero también con optimismo— que estamos mucho más seguros de lo que nadie podría imaginar. Poseemos algo equivalente al gorro mágico que hace invisible a quien lo lleva.

—Pero ¿qué es? —insistí nuevamente.

—Pues es nada menos que aquel seudodesinfectante pardusco, maloliente, que usted y yo tuvimos que manejar.

—¡Imposible! —exclamé—, o bien, si es así, se le ha quitado todo el olor que lo hacía tan peligroso.

—Para nosotros, sí, y hemos ganado la mitad de la batalla; es nuestra defensa. Su olfato finísimo nada percibe. El mío, que tampoco está atrofiado, certifica lo mismo. Siempre he tratado de mantener alerta mi quíntuple don, el sagrado pentagrama de la vida. Y el olfato, como el gusto, perdura más que los sentidos usuales, como la vista y el oído, sobre los cuales cae todo el peso de la vejez. Y yo tampoco percibo nada.

—Pero ¿tiene algún otro mérito el líquido? —inquirí.

—No podemos juzgar aún —repuso el anciano.

—¿Para qué sirve, entonces? —exclamé.

Una vez resuelto a embarcarme en esa aventura, arrojadas al viento todas las precauciones y armado de un valor inconmovible, me sentí repentinamente impaciente ante todo este cuidado y esta serie de retrasos. Pero él me detuvo con brusquedad.

—No le he hecho venir aquí para confirmar mi convicción de que esta esencia es inodora. Usted debe ver que, además de negativa, es positiva.

Tapó cuidadosamente el tubo, lo colocó en un soporte y untó su superficie con una mezcla que no podía ser otra, según atestiguaba mi olfato, que su triple combinación de valeriana, citronela y anís. Luego me indicó que me lavara las manos; se las lavó él también en el lavabo, y rociamos nuestros dedos con alcohol medicinal, frotándolos enérgicamente y ungiéndolos, por fin, con la mezcla protectora. Terminado este proceso, se dirigió hacia el otro extremo de la habitación, donde se veían cajoncillos cubiertos por una fina red de alambre tejido, sacó uno de ellos y, provisto de unas pinzas, hizo correr la puertecilla y extrajo con aquéllas una abeja cogida por las alas.

—La capturé ayer muy temprano, antes de que llegase su sirvienta. Un grupo de piratas exploraba los contornos, y una de sus escuadrillas descendió aquí. Jamás nos dejarán tranquilos a nosotros ni a ningún otro tipo de abeja mientras vivan. Las atonté por medio del sonido, en la forma que usted conoce, y recogí unas pocas que cayeron sobre el césped. Ya han muerto todas, a excepción de ésta, aunque les di buen alojamiento y mucha comida. He ahí otro de los misterios de la colmena. Por eso uno de los apicultores más célebres de Francia ha dicho que la abeja no es un individuo, sino una célula aislada de ese gran organismo invisible o cuerpo que denominamos colmena y del cual sólo podemos apreciar lo más superficial: el panal y la reina.

Estos insectos no sobreviven si se les aleja del enjambre, y las piratas no constituyen excepción a la regla. Por el contrario, como casi todos los productos obtenidos por medio de cruza caprichosas, son bajo este aspecto más sensitivas, más históricas que las demás.

Mientras hablaba atravesó la habitación llevando cuidadosamente la abeja prisionera. Se veía a las claras que también ella estaba moribunda. Movía las patas lentamente, como si las tuviera enredadas en alguna malla invisible. Sus antenas pendían de la cabeza. El brillante ojo poliédrico había perdido ya su fulgor. *Mr. Mycroft* la depositó sobre la banqueta. Trastabilló, luego se irguió de nuevo; comenzó a avanzar trabajosamente, como si estuviera ciega. Tuvo que detenerse, exhausta.

Mr. Mycroft, contemplándola, murmuró:

—Sí, el tenue conducto que la une a su misteriosa fuente de vida está casi interrumpido.

—Morirá dentro de unos minutos —asentí yo.

—Sea como fuere —dijo—, mejor será no exponerse a ningún riesgo.

Perdió unos instantes asegurando las alas del insecto, lo cual me pareció superfluo, por medio de unas gotas de cierto líquido pegajoso que con un finísimo pincel colocó bajo cada ala, dejándola adherida al cuerpo.

La abeja estaba tan aletargada que ni siquiera zumbó, ni pareció advertir que tenía las alas pegadas a la espalda. *Mr. Mycroft* esperó a que el líquido se solidificase. La abeja permaneció quieta. La única señal de vida que daba era la de permanecer en posición normal. Yo la observaba con intensa curiosidad, por eso no vi lo que hacía en ese momento el anciano. De pronto advertí que, sin razón aparente, la abeja moribunda revivía. Parecía que una descarga eléctrica la hubiera sacudido, aunque quizás no haya corriente eléctrica capaz de galvanizarla en tal forma. El cuerpecillo pareció hincharse, las antenas ondularon como serpientes diminutas. Tan intensa fué la vibración que recorrió al insecto que las alas se despegaron violentamente, aunque más de la mitad del ligero tejido traslúcido que las forma quedó adherida al cuerpo. Los muñones se agitaron con furia. Por fortuna para nosotros, el endiablado animalillo no pudo remontar el vuelo. Volvió a palpar, frenética, se curvó sobre sí misma en el paroxismo de la rabia, y murió. Quedó erecta y curvada, tal como la había sorprendido la muerte.

Levanté los ojos. *Mr. Mycroft*, cubiertos índice y pulgar con protectores de caucho, taponaba nuevamente el tubo de ensayo.

—¿Por qué no cae? —fué lo único que se me ocurrió decir.

Me respondió levantando otra vez a la abeja con las pinzas. Tuvo que dar un fuerte tirón para desprender de la banqueta al cuerpecillo. Al levantarla se vió claramente el agujijón, largo y mortífero, arrancado del cuerpo y sepultado en la compacta madera del mueble.

—La pasión dominante es fuerte hasta la muerte —dijo, arrojando el pequeño cuerpo encorvado en el cesto de desperdicios que había debajo de la banqueta. Luego, con las mismas pinzas, extrajo el agujijón y lo dejó caer en un pequeño crisol calentado al rojo vivo sobre la llama de un mechero de Bunsen.

—Más vale un gramo de experiencia que una tonelada de consejos —continuó—, y la demostración es siempre indispensable. Ahora nos consta ya que dentro de ese tubo de ensayo tenemos precisamente lo que necesitamos: una sustancia cuya naturaleza esencial nos es imposible percibir, mientras que para la abeja que debemos derrotar resulta tan perceptible e irritante como un chorro de vitriolo.

—¿Y ahora?... —pregunté.

Bien sabía que había llegado el momento de entrar en acción, de dar explicación práctica a nuestros conocimientos y librarnos a nosotros y al mundo entero de una alimaña venenosa. Comprendía que una a dos horas de obediencia decidida me valdrían verme libre de una pesadilla espantosa y poder volver a mi vida feliz, tranquila, apacible; sería algo así como salir de una nube tormentosa y encontrarse de nuevo a la luz del sol. Experimenté, al mismo tiempo, una extraña sensación de seguridad, para la cual me daba fundamento la demostración que acababa de presenciar. Supongo que es la misma impresión del cazador que, oculto entre el follaje de un árbol y armado con el más moderno rifle de caza, ve aparecer, inconsciente y tranquilo, al animal feroz, a tiro de su arma. Intuí asimismo que nuestro adversario era tan maligno, poderoso y estúpido, en medio de su vanidosa ignorancia de cuanto lo amenazaba, como un tigre. Ya no fué, por consiguiente, la timidez lo que me hizo vacilar.

Buscaba las palabras para hacerme entender cuando *Mr. Mycroft*, que había estado sacando con sumo cuidado el líquido del tubo que lo contenía mediante una pipeta, terminó su tarea y, guardando ambos recipientes en un cajón herméticamente cerrado, me miró y dijo:

—El interés químico de este experimento, y confieso que ha sido muy grande, no me ha hecho olvidar por un solo instante que nuestro problema, aunque esté materialmente solucionado, continúa siendo muy grave desde el punto de vista moral.

Mientras pronunciaba estas palabras cruzó la pieza, abrió de paso las ventanas, y descubrió uno de los cajoncillos recubiertos de alambre tejido que se alineaban en un rincón. Salieron volando unas doce o quince abejas. Yo me aparté instintivamente, pero los insectos se dirigieron sin vacilar hacia la ventana. Mirando hacia el jardín, vi

cómo penetraban en una de las colmenas allí instaladas.

—Se alegran de volver a casa —dijo *Mr. Mycroft* observándolas—; no me agrada mortificarlas, sabiendo que las abejas viven ciegas y obsesionadas, prisioneras en su sueño fósil de trabajar instintivamente para la colmena. No creo necesario repetirle que, mientras elaboraba este extracto, eliminando los aceites básicos rudimentarios, únicos que nuestros groseros nervios olfativos perciben; mientras buscaba la esencia verdadera, ya merced a la ayuda de esa rara monografía, ya recurriendo a mis varios refinadores; mientras utilizaba ese grupito de abejas enjauladas, que son mis propios y plácidos ejemplares, a manera de catadores, y observaba sus reacciones al principio, comprobando que, a medida que la sustancia se depuraba, parecían casi no advertirla, en tanto que cuando acercaba el cristalino líquido a la jaula de las piratas estaban éstas a punto de morir de furor golpeándose contra el enrejado; durante todo ese tiempo, repito, el problema moral permanecía suspendido sobre el horizonte de mi pensamiento como una vasta nube.

Más tarde, cuando el problema material desapareció completamente, abordé el otro, que a mi parecer es mucho más importante, y advertí que mi resolución estaba ya tomada. Estoy tan convencido de su rectitud básica como lo estoy de que esta esencia es el instrumento que necesitamos para lograr nuestro propósito.

—Y ¿cuál es su solución? —pregunté. Estaba tan intrigado que ansiaba sinceramente recibir un consejo y proceder de acuerdo con él.

—Veo —dijo fijando sus ojos en mí— que usted tiene la bondad de confiar en mi palabra; por eso le voy a pedir ahora un nuevo favor.

Debo de haber dado alguna muestra de temor, pues añadió en seguida:

—Se trata de un favor pequeño que quedará entre nosotros.

«Me hará jurar que guardaré el secreto», pensé. Y bien, estábamos embarcados en el mismo asunto. Ya le había garantizado mi silencio y estaba dispuesto a renovar la promesa. Aunque fuera el más incorregible de los charlatanes, mi silencio acerca de este tema era cosa segura. Por ello me sorprendió oírle decir:

—Voy a suplicarle que lleve su confianza en mí hasta el extremo de no preguntarme cómo he solucionado el problema moral, y que se adhiera sencillamente a mi solución. Creo que facilitaremos así los aspectos arduos y relativamente peligrosos que aún debemos enfrentar. Es menester que el hombre a quien debemos someter a una prueba no sospeche la menor diferencia entre nosotros. He de convencerlo otra vez, después de haber despertado sus temores, de que soy lo que todavía me cree y hacer que me considere tan sólo como una presunta víctima, totalmente indefensa.

Bien, no dejaba de ser un alivio el contentarse con obedecer, sin necesidad de tomar resoluciones, sabiendo que había una cabeza que tomaba sobre sí la responsabilidad de las iniciativas materiales y de las consecuencias morales. Quizás fuese yo demasiado sugestionable. Lo cierto es que mi estado de ánimo, mezcla de sometimiento mental y energía física, no era normal. Más tarde lo supe. Considero

este punto de fundamental importancia, ya que disminuye notablemente mi propia responsabilidad en el asunto, en caso de que surgiera en lo futuro alguna dificultad.

Mientras hablaba, *Mr. Mycroft* no cesaba de hacer preparativos, con una seguridad y precisión que, según debo confesar, fortalecían mi decisión. Evidentemente, el anciano había previsto hasta el más mínimo de sus actos (cualesquiera ellos fuesen) con la misma claridad con que el campeón de ajedrez ve, al comenzar la partida, la posición exacta en que colocará sus piezas para dar jaque mate al adversario. No había nada de extraño, ahora que las abejas habían desaparecido y la ventana estaba cerrada, en el hecho de sacar el tubo de su cajón. Enjugó la extremidad de la pipeta con alcohol, aseguró bien el tapón y se la echó al bolsillo. Sin embargo, lo que hizo después me desconcertó. Dirigiéndose a su fichero, eligió de entre una cantidad de publicaciones e impresos dos o tres páginas sueltas, y las colocó en un cajón, cerca de la ventana. Consultó luego su reloj.

—Tenemos aún bastante tiempo. No saldremos hasta las 17.30. Sin embargo, es importante medir bien los minutos. Es necesario que lleguemos cuando el sol esté bajo, pero antes del crepúsculo. No hay más remedio que dar un poco de tiempo a estos artesanos de aldea. Le dije a las tres, y, tal como lo suponía, son ya las cuatro de la tarde. Prefiero que ninguno de nosotros vaya a la aldea. Es mejor que nadie nos vea ocupados en esa misión. Dejé todo dispuesto ayer, cuando salí de su casa, a la caída del sol. Pero, por lento que sea el viejo Smith, confío en que vendrá. Estoy casi seguro de que ha desempeñado la tarea que le encargué, y me consta que no abrirá la boca. A los hombres como él les divierte compartir el secreto de una broma, sobre todo cuando no comprenden muy bien de qué se trata.

Como es natural, yo no comprendía mejor que el desconocido señor Smith qué significaba todo aquello. «Una broma» parecía la descripción menos adecuada para nuestra aventura. Reinó un breve silencio, mientras yo me esforzaba por adivinar qué querría decir *Mr. Mycroft* y comenzaba a preguntarme si su locura habría llegado hasta convertir en confidente a un desconocido. Se oyó un paso pesado en el jardín.

El anciano se dirigió hacia la puerta y la cerró tras sí. No distinguí sino unas palabras dichas en voz baja, en el vestíbulo. Los pasos se alejaron y *Mr. Mycroft* volvió, consultando una hoja de papel impreso. Vi que era de tamaño mediano, y que, debajo del membrete, había una apretada página de texto. La desplegó cuidadosamente sobre un tablero para dibujo situado junto a la ventana y luego la invirtió de manera tal que el encabezamiento, aún fuera del alcance de mi vista, puesto que me era imposible leerlo a semejante distancia, parecía una nota importante colocada al pie de la página. Dejándola en esa posición abrió con la mano desocupada el cajón en donde colocara las hojas sueltas, tomó una de ellas, que me pareció similar a la primera, aunque el texto impreso era más denso, y la colocó encima de la otra, siempre invertida. Tomó una pluma, y permaneció algún tiempo absorto en la tarea de dibujar lo que me pareció un pequeño croquis en la parte superior de la página invertida. Lo examinó un momento, comparándolo con algo que había en la

segunda hoja, y salió luego de la habitación con tal prisa que me fué imposible dar una ojeada al papel cuando pasó a mi lado. Mientras aguardaba, me pareció oír el rumor de una máquina de escribir que funcionó durante algunos minutos, pero no lo aseguraría.

Regresó con las manos vacías, diciendo sencillamente:

—Ya estamos listos. Aún tenemos tiempo para tomar una taza de té, que nos espera en la biblioteca.

Lo bebimos en silencio. Yo sabía que me estaba jugando la vida, pero mi estado de ánimo permanecía extrañamente impasible, y en tanto que saboreaba el té, que es al fin y al cabo una de las bebidas más reconfortantes, sentía que mi audacia se acrecentaba más y más. Y cuando *Mr. Mycroft* dijo que era ya hora de salir, sentí una mezcla curiosa de dos sensaciones. Una era la que solía experimentar cuando visitaba el Jardín Zoológico en compañía de unos de mis tíos, el que yo prefería. Él conocía a uno de los guardianes de la sección leones, que nos hacía entrar en el recinto mismo de las jaulas. Una vez lo vi acariciar a un leopardo. Tan satisfecho estaba el animal que ronroneaba como un gato y, al mismo tiempo, arrancaba con sus garras crispadas enormes astillas al tronco de árbol sobre el cual se hallaba tendido. La otra sensación la había experimentado una vez, en el colegio, cuando me enviaron a jugar al *baseball*; todos creían que sería derrotado de inmediato, pero yo acerté un tiro y realice veintitrés corridas antes de ser descalificado.

No recuerdo de qué habló *Mr. Mycroft* mientras caminábamos hacia la casa de Heregrove, pero tengo la idea de que, como casi todos los grandes actores, preparaba cuidadosamente su papel. (Recuerdo que en aquel momento me pregunté si, antes de jubilarse, habría sido intérprete teatral, y no médico. Es indudable que representaba sus papeles en forma extraordinariamente convincente). No pude menos de advertir que se colocaba en el estado anímico que deseaba imponer a su público, aunque sólo lo formaran dos individuos inquietos y bastantes desconcertados: de ellos, uno sabía que estaba fingiendo, aunque ignorase qué papel representaría; el otro no sabía siquiera quién era, pero sospechaba una impostura. Comprendí la importancia de que lograrse transmitir a Heregrove la convicción de que realmente era el personaje que aparentaba ser. Este detalle revestía tan vital importancia que ni siquiera yo debía conocer sus intenciones y adivinar su juego escénico. De otro modo, estaría preparado a las diversas actitudes que asumiría, y esa tranquilidad destruiría el ambiente natural y espontáneo que tan cuidadosamente preparaba el anciano y que yo estaba obligado a completar con mi auténtica ignorancia.

Recuerdo vagamente que habló de las flores, haciendo uso de numerosos vocablos técnicos. No parecía tener mucho interés en que yo le escuchase. Ahora sé que yo tampoco lo tenía. Llegamos hasta la puerta de Heregrove sin que demostrase curiosidad alguna por la casa, pues aparentaba estar absorto en una animada conversación conmigo. Sería más exacto decir que derramaba un torrente de palabras en mi oído, que nada comprendía. Repetía una y otra vez:

—Tenía razón. Creía tenerla... sabía que estaba en lo cierto. Y, sin embargo, ¡quién había de pensarlo! Me fué imposible operar más tiempo. Tampoco él lo haría, y menos ellos; ¡y bien comprende usted lo que eso significa! No se puede poner en actividad a semejantes hombres a menos que se posea un hallazgo único en su género, una pieza perfecta, digna de cualquier museo de historia natural.

Estábamos junto a la puerta. *Mr. Mycroft* golpeó alegremente y, volviendo la espalda, siguió hablando en tono agudo, excitado, y riendo a intervalos.

—Sí, no hay duda; *Mr. Heregrove* quedará muy contento; sacará una buena ganancia, si la cosa le interesa, y además adquirirá renombre. Todos los derechos son suyos. Como es natural, conservará todo el mérito; yo velaré por que nadie se lo arrebatase. Es imprescindible estimular a los aficionados, imprescindible. ¡Cuánto se ha perdido por no hacer esto! ¡Tanto trabajo perdido sin esperanza! Los aficionados descubren cosas interesantes, y los profesionales, impulsados por sus celos, se coligan para impedir que el mérito y la gloria del hallazgo recaigan sobre el verdadero descubridor.

Sin interrumpir su alegre parloteo, se volvió y llamó dos veces en la puerta, con golpes secos y rápidos. No hubo respuesta. Él, sin embargo, continuó su monólogo. Ni en su fisonomía risueña, o en la mirada con que escrutaba mi rostro, ni en el movimiento de sus manos, que jugaban con un sobre cerrado, se advertía la menor señal de impaciencia, como si no estuviese acorralando a un criminal temible que, probablemente, escuchaba en ese instante cuanto decíamos. Ni siquiera necesitaba recurrir a su autodomínio para desempeñar su papel. Se había convertido verdaderamente en el anciano afable y un poco nervioso que tenía ante mí. Pero en lo más hondo, allí donde no llega la mirada del observador, velaba la infatigable vigilancia del que está resuelto a no dejar escapar su presa. Reconocí que había tenido razón al no decirme a mí, actor novato en el mejor de los casos, aunque representé varias veces en el colegio, y en cierta ocasión hice una *Porcia* bastante discreta, susceptible de padecer un ataque de «trac» escénico en esta desagradable actuación, cuál era el papel específico que se proponía desempeñar. Facilitaba así mi propio trabajo, que no era otro que el de fingirme un joven tímido y desconcertado, obligado a acompañar nuevamente al anciano excéntrico y erudito, «siguiendo la corriente» de sus manías. Ni el más suspicaz de los malhechores adivinaría la menor confabulación entre nosotros.

De pronto, en mitad de una de sus animadas repeticiones, se lanzó literalmente en línea oblicua, alejándose de la puerta, y dobló el ángulo formado por el edificio. No había tenido aún tiempo para seguirle cuando le oí exclamar:

—¡Ah! ¿Estaba usted aquí? ¡Ya me lo imaginaba yo! Y nosotros creíamos encontrarle dentro de casa. Apuesto a que sospecha usted a qué hemos venido.

En ese momento llegué al costado de la casa, y se abrió ante mis ojos la perspectiva del jardín. *Mr. Mycroft* agitaba un trozo de papel ante la cara de *Heregrove*, en la cual se pintó una expresión nada tranquilizadora al principio, pero

que se fué transformando gradualmente en otra que me atrevería a calificar de cómico terror. Era evidente que se había creído atrapado. Nos divisó cuando nos encaminábamos hacia la casa, se ocultó primero y luego trató de escapar por los fondos. No me atreví a pensar qué propósitos abrigaría al elegir ese camino para su huida, pero *Mr. Mycroft* le había cortado la retirada. Sin duda, oyó el rumor de esos pasos sigilosos sobre el sendero del jardín y, sin perder un minuto, corrió, dispuesto a cerrarle el camino.

El sol había descendido sobre el horizonte, la brisa era fresca; en medio del jardín silencioso, las colmenas estaban mudas. El lugar, extraño y desolado, no carecía de belleza, una belleza resignada, rara, la de quien ha sentido llegar la muerte y no la teme ya ni se rebela contra ella.

Sin embargo, creo que no era ésta la idea imperante en la mente de Heregrove. En su rostro se retrataba un alivio mezclado de exasperación. No podía menos de creer la historia que le narraba el anciano y dar crédito a la personalidad del narrador, ya que, aun fingiendo, la personalidad de *Mr. Mycroft* era mucho más enérgica y poderosa que la de ese individuo vano, megalómano, criminal y, al mismo tiempo, servil imitador de ideas ajenas.

—¡Ah —exclamó el anciano volviéndose hacia mí—, qué mal rato le he hecho pasar al pobre *Mr. Silchester*! Él conoce la aldea mejor que yo, y dijo que no había que pensar siquiera en volver a molestar a usted. Era usted quien debía pagarme la visita; sólo en tal caso me estaba permitido retribuísela. Si el asunto era urgente, me quedaba el recurso de escribirle. Pero yo no podía esperar. Hubiera sido injusto con usted. Usted *debe* saberlo todo. Las personas importantes me han urgido sin vacilar. Entonces le dije: «Pero, *Mr. Silchester*, *Mr. Heregrove* jamás me perdonaría este retraso, y con justo motivo». ¡A veces un exceso de etiqueta se convierte en maldad, si llamamos una buena nueva por una simple formalidad sin importancia!

Yo permanecía callado, imagen de esa misma vergüenza que experimentaba, aunque por razones muy diversas de las que creía Heregrove. Bien podía mirarlo, sin correr riesgo alguno. Sólo *podía* demostrarle lo que él *debía* interpretar. Por eso le contemplaba de frente, sintiendo en forma extraña todo cuanto de absurdo tenía la escena y de inadecuado mi actitud. Hasta sonreí, entre tímido y desconcertado, lo cual era, naturalmente, el toque maestro que coronaba toda mi ficción. Sin embargo, esa sonrisa subió espontánea a mis labios cuando vi que la fisonomía de Heregrove, perdiendo la acongojada expresión de la fiera acorralada, adquiriría la cruel seguridad del cazador, y comprendí que pensaba que, lejos de afrontar un par de implacables mastines, tenía ante sí dos liebres enloquecidas que se aventuraban hasta la misma madriguera donde él, el zorro, esperaba oculto.

Mr. Mycroft ya había obligado a Heregrove a tomar el trozo de papel, y hasta a leerlo.

—Anoche, tan pronto como regresé, quise comunicarles la noticia a los señores importantes —continuó el anciano—. Por eso, aunque no me agradan las

conversaciones a larga distancia, telefoneé a Miles. Él sabe muy bien que jamás lo haría, y menos a su casa, si no tuviera noticias extraordinarias. Le expliqué cuál era su hallazgo. Porque, para decirle la verdad, *Mr. Heregrove*, ¡nunca me hará creer usted que fué una mera casualidad! Se dice que es posible que un mono escriba, por casualidad, todo Shakespeare jugando con las teclas de una máquina de escribir, pero esto es algo que jamás podré creer; hasta me parece haber oído que, para lograr tal resultado, se necesitaría un tiempo infinito. Bueno, bueno —continuó casi sin aliento—, nosotros no tenemos tanto tiempo. Y menos Miles. Mire usted: escribió esta nota, salió de inmediato y la echó al correo para que me llegase hoy mismo. ¡Miles es un conecedor! Y ha sido secretario durante tanto tiempo que bien puede decirse que, cuando habla, lo hace en representación de todo el Consejo. Sabe lo que piensan los demás, y cuando no piensan nada, él lo hace por ellos. ¡Vea lo que dice!

Continuó inclinado sobre el brazo de *Heregrove*, dando golpecitos en el papel con su índice.

—«Reconocimiento pleno... No sólo es valioso, sino también importante»... Eso es muy científico, ¡mucho! Él conoce el valor financiero del hallazgo, pero el prestigio científico es lo fundamental. La *Tulpia Heregrovia* estará en todos los catálogos dentro de unos meses. Usted adquirirá renombre y dinero. Pues bien, espero que sabrá valorar ambas cosas, ya que en este caso serán abundantes. Las reglamentaciones sobre los «virus» restringen las importaciones holandesas en nuestro mercado. Y ahora hay una fuerte demanda por variedades nuevas, y los bulbos se venden a precios excelentes. Un cultivador que vive cerca de Hastings ganó, hace poco, más de 500 libras esterlinas con sus bulbos de narciso.

»Y los tulipanes se venden mejor aún. Una vez en posesión de uno, logrará obtener muchos más, especialmente poseyendo, como usted, “buena mano” para este tipo de cultivo. El instituto le ofrece toda clase de facilidades. Sin duda, no lo ignoraba usted. Es el lugar ideal para trabajar. Ellos han estimulado a muchos aficionados excepcionales, como usted, y los han orientado, facilitando su situación económica. Me he apresurado porque el Consejo se reúne mañana. Mire aquí, Miles indica la fecha exacta. Bien se ve que piensa como yo. Y en estas reuniones trimestrales conceden los subsidios de estímulo a la investigación y ofrecen el uso de sus laboratorios y el asesoramiento de sus técnicos, lo mismo que el empleo de tierras e invernáculos, a los aficionados elegidos. Si telefoneáramos esta noche a Miles, diciéndole que usted acepta, pondríamos una pica en Flandes, como vulgarmente se dice. ¡Cuando pienso que he hallado un aficionado tan brillante que ni siquiera ha pensado en dirigirse a la Sociedad!

Mr. Mycroft prorrumpió en alegre risa, contemplando alternativamente y con idéntico aire de satisfacción a *Heregrove* y a la carta.

—¡Mi querido y viejo Miles! —murmuraba, mientras aguardaba de un momento a otro la respuesta afirmativa de *Heregrove*—. ¡Sin duda conoce usted ya esta famosa firma! Muy bonita, sí, muy bonita; sin embargo, como le he dicho en varias

ocasiones, no es sino un producto híbrido nacido de un arabesco cruzado con un anagrama, y sólo sirve para ofuscar a un falsario, pero nunca para dar un nombre. Y bien, puedo telefonarle que sí, ¿no es verdad?

Evidentemente, Heregrove estaba desconcertado. La historia, confirmada por la misiva, era tan verosímil que no se atrevía a dudar de ella. Yo intuí, sin embargo, que, aunque creyera en la narración del anciano, estaba resuelto a declinar su ofrecimiento, por provechoso que lo estimara y por seguro y serio que pareciese.

—Vea usted, *Mr. Mycroft*, ya le he dicho que no me interesan las flores. Estoy dispuesto a creer, sobre su palabra y la del doctor Miles, que poseo un ejemplar valioso. Quizás —y aquí adiviné una mentira que pasó sobre su rostro— no fui del todo sincero cuando le dije que nada sabía acerca de floricultura, y que no me agradaba. Pero me es imposible salir de aquí, viajar a Londres y concurrir al Instituto. Completamente imposible. Estoy dispuesto a vender la planta, sometiendo su precio al criterio de un tercero imparcial. Pero tengo otras actividades más importantes que cultivar nuevas variedades de flores.

Adiviné en esa última frase un dejo desafiante y cierta seguridad desdeñosa. Estaba tan confiado en sí mismo y en su impunidad que no vacilaba en decirnos claramente que tenía entre manos algo más importante que hacerse de dinero y adquirir renombre. Disfrutaba, aun a riesgo de despertar nuestras sospechas sobre esas misteriosas actividades, de la trágica ironía de confesar en nuestras barbas que le divertía y deleitaba mucho más darnos muerte que crear nuevas formas de vida.

—Lo lamento —dijo *Mr. Mycroft*—, lamento muy de veras no poder persuadirlo de la conveniencia de dedicarse a esta tarea.

Había verdadero sentimiento en su voz. Heregrove quedó convencido, pero una vez más apreció con justeza la sinceridad de la *expresión* y erró al estimar el *motivo* de esa pena. Se creyó ante un maniático enceguecido que trataba de todas maneras de hacer entrar un tigre en la casa para hacerlo jugar luego con un ovillo de lana. Pero, en realidad, estaba frente a su juez, a un juez que le daba una postrera oportunidad —ofrecimiento espúreo, a mi juicio— de escapar a su castigo. La escena era en verdad emocionante para mí, que la contemplaba pensando que, con su ironía tragicómica, era peor que cualquier cuadro de tribunal, cuando el prisionero, pegado a las rejas y con la boca seca de terror, ve que el juez se coloca el birrete negro para pronunciar la sentencia.

Me era imposible prever cómo concluiría todo aquello. Pero adivinaba que, por fantástica que fuese la elección de los papeles, quizás precisamente por ese elemento irracional, porque el condenado se creía árbitro impune de nuestros destinos, porque el hombre que trataba de persuadirlo no tenía la más remota posibilidad aparente de hacer lo que estaba haciendo, es decir, convenciendo a un criminal de que dejase su nefasto camino, al mismo tiempo que tenía en sus manos el secreto y el castigo del asesino; porque éste contemplaba despectivo al juez, al que obligaba en ese mismo instante a condenarle, creyéndolo un viejecillo tonto e indefenso, víctima tercera de

su astuta perversidad; por todo ello vi que se aproximaba la crisis.

En medio de su terrible ignorancia de esa total ficción, de ese engaño sin esperanza que la caracterizaba, la escena me llenó de temor, pues comprendí todo su significado. En este grotesco juego de tercas incomprendiones, mientras la dureza de corazón se condenaba a sí misma y la misericordia suplicaba en la única forma en que puede hacerlo, es decir, en símbolos y disfrazada, vi representadas todas las tragedias humanas, el castigo completo de la humanidad desarrollándose ante mis ojos en un momento dado y en miniatura. Esto me conmovió más hondamente que la caída de este único ser salvaje y astuto. Me conmovió porque intuí con singular viveza que ésa es la situación que todos afrontamos en algún momento de nuestra vida: las personas y los hechos que tratamos con desdén y sin reflexionar son, precisamente, aquellos que, a través de su aparente insignificancia, ponen a prueba nuestra inteligencia y nuestra bondad, y, si no logran ganarnos, nos condenan sin remisión, pues en verdad nos hemos condenado nosotros mismos. Confieso que me es imposible colocarme otra vez en ese estado de ánimo, pero debo anotar los pensamientos que me asaltaron en aquellos instantes.

—Bien, bien. —La voz pesarosa de *Mr. Mycroft* rompió un silencio que no había sido largo, pero a mí me pareció indefinido, un interludio extraño, fuera del tiempo, que separó los dos actos de nuestra peligrosa farsa. Tenía los ojos clavados en Heregrove con una intensidad que yo interpretaba como interés vivísimo; la curiosidad científica se mezclaba en esa mirada con una profunda compasión. Su interlocutor la interpretó, cegado por su confianza, como una obsesión desequilibrada: la del especialista que convierte su afición en manía. Al fin, Heregrove dió el primer paso.

—Estoy muy ocupado, señores míos, y, como no me es posible aceptar su oferta, debo despedirme de ustedes.

Luego añadió de mala gana, y para no parecer demasiado displicente, lo cual hubiera sido peligroso:

—Quedo muy agradecido por su amabilidad al llamar mi atención acerca de este asunto y de sus posibilidades.

Después de pronunciar estas palabras en tono ceremonioso, se volvió, dispuesto a alejarse. Con toda naturalidad y manteniéndose en su papel, *Mr. Mycroft* comenzó a caminar a su lado por el sendero del jardín, imponiéndole su compañía con un renovado chorro de animada conversación.

—Esto es un verdadero desencanto. Comprendo que no pueda usted aceptar. Pero estoy seguro de que usted cree en mi buena intención y no es inaccesible a cierto interés en lo que insisto en llamar su triunfo. Desprecie enhorabuena los premios, pero ¿no me permitirá usted un poco de investigación? ¡Ah!, ¡bien lo sabía! Estoy seguro de que me permitirá realizar una última experiencia. Sólo tuve oportunidad de dar una ojeada, lo suficiente para asegurarme, pero no para admirar. Nosotros, *Mr. Heregrove*, los coleccionistas y cultivadores, nos entusiasmos con el más mínimo

detalle de variedad e innovación. Los minúsculos puntos que el lego apenas recuerda y no se digna siquiera examinar nos emocionan del mismo modo que un nuevo astro emocionaría a un astrónomo.

Estábamos frente a los escasos tulipanes que la habilidad de *Mr. Mycroft* había convertido en eje de toda su delicada y peligrosa operación.

—Estimo superfluo asegurarle, puesto que ambos somos cultivadores —continuó, dirigiéndose a Heregrove, que estaba de pie a su lado escuchándolo con creciente impaciencia y mal disimulado enojo, pero sin hallar escapatoria a su charla—, que no me tomaré libertades con su tesoro, el cual no es sin duda menos valioso que el celeberrimo tulipán negro. Sin embargo —y *Mr. Mycroft* se inclinó sobre la más voluminosa de las flores—, sé que me permitirá...

Hizo una pausa, fingiendo que escrutaba distraídamente el interior de los pétalos, pero en realidad, según advertí en seguida, para provocar la codicia de aquel hombre. Porque Heregrove, con todos los sueños de avaricia y riquezas que despertaría sin duda en él la posesión de su arma mortífera, estaba en muy precaria situación económica. La treta fué eficaz: aquel hombre que pocos minutos antes ansiaba alejarse y separarse de nosotros se acercó, atraído e hipnotizado como la trucha por la línea fina que le tiende el pescador. Él también contemplaba el tulipán.

Creo que en ese instante comprendí por primera vez, después de mi larga lucha contra él, que en el fondo, y a pesar de toda su innegable astucia, era un hombre estúpido. Lo había juzgado temible y omnisciente sólo porque fui incapaz de colocarme en su lugar, en medio de mi terror. Comencé a intuir que la mayor parte de los asesinos son temibles tan sólo porque los tememos, y parecen inteligentes porque nos llevan la ligera ventaja de transgredir la ley. Los creemos en un principio personas corrientes que no violarán las reglas del juego, y por eso nos ganan los primeros golpes.

—Sé que usted me permitirá —continuó *Mr. Mycroft*, siempre distraído— examinar de cerca la planta.

Los ojos de Heregrove iban de la flor a *Mr. Mycroft*, y de éste a aquélla. Su turbación aumentaba por momentos. En su turbia inteligencia comenzaba a perfilarse la convicción de que el anciano estaba a punto de arrancar el preciado tulipán y huir a toda carrera. A mí me adjudicaba, por lo visto, el papel del cómplice que se interpone en el camino del perseguidor para facilitar la escapatoria del ladrón. *Mr. Mycroft* aumentó aún más su desconcierto al inclinarse hacia adelante, hasta el punto de verse precisado a unir sus manos a la espalda para conservar el equilibrio. El rapto de la flor era imposible mientras permaneciese en dicha postura, que lo hacía parecer un gigantesco cuervo. Se volvió y fijó en Heregrove una mirada penetrante.

—Efectivamente —dijo—. El ejemplar, como yo pensaba, es único. Pero la luz disminuye y los pétalos están casi totalmente cerrados. He visto lo suficiente como para consignar las principales características de la planta en una reseña que, por cierto, someteré a su aprobación tan pronto como la redacte. Además, si me permite

usted un consejo, registre su hallazgo lo antes posible. Si no conoce la dirección de la oficina donde ha de inscribirlo, yo se la daré antes de retirarme.

Este detalle acabó de persuadir a Heregrove de que alguna ventaja podía sacarnos aún sin tomarse el más mínimo trabajo; en otras palabras, que podíamos producirle, vivos, una pequeña ganancia en metálico, antes de proporcionarle el interés experimental de nuestra muerte. Por eso *Mr. Mycroft* preparó su próximo golpe hasta hacerlo parecer lo más natural e inocente del mundo.

—Lo fundamental es, naturalmente, el bulbo, y como somos los únicos que conocen su existencia, está tan seguro bajo tierra como un tesoro oculto. Supongo, por consiguiente, que no hará usted objeción alguna, y así le ahorrará una segunda visita a un hombre sumamente ocupado, a que yo saque lo único que necesito para hacer una descripción exhaustiva de su maravillosa flor: unos granos de polen. Carecen de valor comercial y su interés es puramente científico.

Vi que Heregrove sabía bastante acerca de floricultura como para comprender la veracidad del aserto de mi amigo, pensando que lo mejor sería acceder, poniendo así fin a la entrevista. Sería la mejor manera de librarse de nuestra presencia. Hasta dió un gruñido de autorización. Permaneció quieto, contemplando cómo las manos de *Mr. Mycroft* se adelantaban lentamente. No distinguí su mano derecha, pues yo me había colocado a la izquierda del anciano, unos metros más cerca del edificio, y la luz del día mermaba ya. Sólo vi que colocó algo dentro de la corola de la flor, y luego le oí una ligera exclamación de fastidio.

—Está tapado —protestó en voz baja. Luego añadió, dirigiéndose a Heregrove—: Estos extractores patentados de polen respetan la virginidad de la flor, pero me parece que el antiguo escarbadientes con un algodón atado al extremo resulta mucho más práctico. Da menos trabajo. Estos tubos se obturan a cada instante. Es menester que lo sople.

Se volvió y vi que tenía en la mano el diminuto recipiente, con el gollete hacia abajo. Absorbido en la tarea de limpiar el tubo que de él emergía, para succionar bien el polen, apretó repetidas veces la esferilla pulverizadora de caucho. Oí el silbido del aire y divisé el tubo apuntado, como por casualidad, hacia las piernas de Heregrove. *Mr. Mycroft* sacudió nuevamente el aparato, enderezándose casi por el esfuerzo realizado y tan interesado en hacerlo funcionar que no advirtió que continuaba apuntando hacia Heregrove, casi en línea recta con su cuerpo. Heregrove continuaba inmóvil, aguardando con impaciencia que terminase la reparación de lo que tomaba por una pequeña bomba de succión inofensiva.

—¡Por fin! —exclamó el anciano inclinándose otra vez—. Ahora sí. Ahora funciona. Una vez expedito el tubo, basta un ligerísimo soplido. El estudio del polen es maravilloso. Cada uno de estos granitos casi invisibles tiene su forma particular, que nos revela el género a que pertenece y nos narra toda la historia de la planta. Más aún, el polen fosilizado nos revela los orígenes remotos de géneros y especies actuales. Pero, en este caso, no nos da la «marca de fábrica» de la planta. Está usted

tranquilo, *Mr. Heregrove*, no le arrebatamos nada de lo suyo, ni siquiera involuntariamente. Al venir aquí sólo nos propusimos —continuó en tono menos confidencial y más grave— hacerle un ofrecimiento que usted, después de pesar el pro y el contra, ha rechazado.

Se irguió. El entusiasmo del viejo floricultor desapareció repentinamente, como un manto de hiedra que se arranca de un tirón, dejando al descubierto el desnudo torreón que tapizaba.

—Buenas noches, *Mr. Heregrove*, muy buenas noches. Si durante la noche llegase usted a despertar y recapacitase sobre su resolución de hoy, cosa que yo mismo he hecho varias veces, pues considero que tales decisiones bien merecen la pena de tomar medidas rápidas, le ruego que venga a verme sin perder un minuto. Le quedaré muy agradecido por ello, más agradecido quizás de lo que usted sospecha, si se decide a ver las cosas como se las he planteado. Comprendo que debo parecerle un viejo absurdo, que se preocupa de lo que no le importa y hasta suplica con sentimentalismo para obtener la protección y conservación de una de las formas vitales más extrañas, misteriosas e insignificantes. ¿Cree usted que vale la pena de tomarse tanto trabajo? ¿Por qué hemos de ocuparnos en resguardar todo lo que quiere vivir? ¿Es acaso tan importante? Le ruego que me crea: no me preocupa el dinero ni el renombre. Todo lo que es vida necesita protección, estímulo, defensa. No es posible que seamos tan indiferentes, tan implacables, ¿no es verdad?

Se detuvo, un tanto embarazado, cosa que me alegró. La paciencia de *Heregrove* había concluido. Ni la más mínima nube de sospecha cruzó por su seguridad de tenernos en sus manos y a su merced; menos había de sospechar que era él quien se hallaba en nuestro poder. Se volvió de mal talante.

—He desperdiciado más tiempo del que poseo —dijo por encima del hombro—. Cierren el portón al salir.

Se alejó por el sendero, encaminándose hacia el campo. *Mr. Mycroft* permaneció silencioso. Lo seguí y, pasando rápidamente junto a la casa, llegamos al portón, lo abrimos, lo aseguramos cuidadosamente y recorrimos la carretera solitaria.

Capítulo IX

La mosca se separa de la avispa

PERMANECIÓ en silencio hasta que llegamos ante la puerta de mi casa. Entonces dijo:

—Espero que no le habrá ofendido el que le comparase, lo mismo que a mí, con un tulipán curioso. Al fin y al cabo, los grandes poetas siempre han creído que nuestro destino se asemeja al de las hierbas del campo; y alguien ha dicho que debemos estudiarlas, entre otras razones, por la belleza frágil y conmovedora de la vida floral. —Luego añadió con grave acento—: Era menester darle toda clase de oportunidades; por eso me aventuré a correr el serio peligro de esas últimas frases. Tuve que dar por sentado que él consideraría una mera coincidencia, aunque los sabios comprenden que la casualidad no existe, que mi preocupación por la vida de esa planta y su propia indiferencia hacia ella fuesen una parábola de su espantosa indiferencia frente a la vida humana. Esperé que un ejemplo tan extraordinario le conmovería. Era mi última esperanza. Intuí que, durante un instante, él mismo se preguntó si yo comprendería o no cuán bien sentaban mis palabras a su caso particular. Pero está sumido en esa brutal impunidad que constituye la última, la más terrible de las ignorancias: desconocer el llamado, el aviso definitivo. Eso es lo que el budismo, religión de sabiduría y ni misericordia si las hay, considera el postrero de los pecados, la culpa sin remisión, al menos en esta vida. Nosotros, pobres seres de acción, no podemos hacer otra cosa. En nuestro caso, elegir el menor de ambos males, con la esperanza de que, en otro lugar, en circunstancias diversas, aquellos que han hecho de su vida y de su cuerpo lazo en que los estrangulaban sus propios estremecimientos de temor y codicia, convirtiéndolos en un peligro para quienes los rodean, despierten de su mal sueño, se alejen de su pesadilla y comiencen nuevamente a vivir y a comprender.

Estaba muy emocionado, y por más que yo no me hallaba muy dispuesto a aceptar sus extravagantes elucubraciones, deseaba sinceramente que continuara hablando. No quería estar solo. La tensión de la actividad había pasado y ya estaba lejos del drama. Había descendido el telón. Sólo debíamos aguardar al Destino. Mi serenidad vacilaba, ahora que tenía tiempo para reflexionar sobre lo hecho. Comprendí que, si me quedaba solo, me sería imposible dormir y, aunque lo lograra, mis sueños serían peores aún que la vigilia misma, por mala que ésta pareciese. Tenía que retener a *Mr. Mycroft*, tenía que buscar algún medio de que se quedase conmigo. Pensé que tal vez prolongaría su visita si yo le pidiese la explicación de ciertos puntos que no había entendido del todo en el transcurso de las últimas horas. Naturalmente, la estrategia de mi amigo nada tenía de misteriosa, pero se me escaparon ciertos detalles de su táctica. En realidad, estaba demasiado fatigado para interesarme mucho

por esos puntos accesorios, pero si le pedía explicaciones sería tal su deleite al demostrar cuán ingenioso era, que se quedaría horas a mi lado, librándome así de la soledad, que me aterraba.

—No comprendí bien —dije en el tono más abstracto que pude— ciertos detalles referentes a su conducta de esta tarde en el jardín. Claro está que comprendí las líneas generales de la entrevista, ¿pero todo ese ajeteo con el papel, la carta, que, según me imagino, es una falsificación?

—Y sin embargo —dijo con una paciencia que normalmente me hubiera irritado, pero que en ese momento me produjo intenso alivio, ya que me aseguraba unas horas de compañía—, sin embargo, usted ha visto todos los preparativos. Me vió ir a la puerta y recibir una hoja de papel que ostentaba un membrete oficial impreso, un pliego de papel de cartas muy especial.

«Podría haber adivinado por simple deducción que yo lo mandé imprimir especialmente para la obra que tenemos entre manos. Después vió cómo saqué un pliego idéntico, pero escrito, y, colocando mi hoja invertida sobre él, copié algo. Dicha acción no admite más que un significado; ¿cuál es?».

Se detuvo, pero yo no hacía ningún esfuerzo por pensar; lo único que me preocupaba era tenerlo a mi lado.

—Explicué todo el misterio —continuó, al ver que permanecía callado— en mi conversación con Heregrove. Mis actos sólo tenían una explicación. Copié de una carta que había recibido del doctor Miles la firma de éste y, como lo hacen todos los copistas y falsificadores de firmas y caligrafía, lo hice al revés. Es la única manera de evitar que se deslicen rasgos de nuestra propia letra en los signos y palabras que deseamos reproducir facsimilarmente. Supuse que Heregrove desconocía la firma de Miles. Pero no hay que perder detalle, y no era imposible que la hubiese visto antes. En tal caso, pues, como le he dicho, la firma es un despliegue notable de energía nerviosa aunque no de caligrafía, mi facsímil hubiera robustecido su convicción de que somos seres inofensivos. Sus sospechas no se hubieran despertado, a menos que examinase la firma con una lente potente, ya que entonces habría observado, como en todos los signos penosamente «dibujados», en vez de una o dos ondulaciones que interrumpen a intervalos los doce o quince trazos, una serie de saltitos equidistantes en los rasgos. Muchos falsificadores han sido descubiertos de ese modo. Cada saltito coincide con un latido del corazón. Si tarda usted medio minuto para copiar una firma, y sólo un par de segundos para estamparla, si se trata de la suya propia, ya comprende usted que esas señales diminutas miden el tiempo empleado, demuestran lo costoso y lento de la copia y son en ellas mucho más frecuentes. No obstante, tuve cuidado de traerme la carta, usted me oyó pasarla a máquina después que la hube firmado, y en cuanto llegue a casa la quemaré. Debo marcharme. Hay una porción de pequeñas cosas que tengo que hacer esta misma tarde.

Comprendí que era el momento de hacer un esfuerzo decisivo por retenerlo; no bastaba ya con hacer preguntas para alejar el peligro de quedarme solo.

—¿Quizás —dije, algo dudoso—, quizás sería usted tan amable, *Mr. Mycroft*, que se quedase aquí esta noche?

—Mucho me temo que no sea prudente —respondió con bondad—. Como le he explicado, es menester que destruya ciertas cositas que están en casa, y usted bien sabe que conviene dejar todo en perfecto orden.

Comprendí. No se trataba solamente de la carta. Todavía tenía el frasquito en el bolsillo, y aunque *Mr. Mycroft* tenía fe en el Destino no dejaba el menor asidero a la «casualidad». El anciano vaciló un momento.

—Le invitaría con gusto a acompañarme, si no fuera porque opino que cuanto menos se nos vea juntos tanto mejor será, al menos por ahora. ¡Un ermitaño que vive en un villorrio no puede cambiar de costumbres e iniciar amistades sin que los vecinos se pregunten el porqué y hasta averigüen cuál ha sido el enemigo que le obligó a buscar aliados! Al fin y al cabo, sea cuales fueren nuestros proceder, nuestro vecinos continuarán juzgándonos y, si durante tantos años no nos ha importado nada de sus juicios, es de suponer que las historias que cuenten de nosotros estarán más de acuerdo con su gusto que con el nuestro.

—Muy bien —repliqué, con una mezcla de petulancia y fatiga—. Perfectamente. Yo soy quien corre mayor peligro. Estoy más amenazado; soy el siguiente de la lista. Déjeme usted: lo afrontaré solo.

Todo mi autocontrol había desaparecido, y a medida que hablaba, mis propias palabras arrastraban tras sí el último rastro de seguridad y dominio de mí mismo. Apenas divisaba la faz de *Mr. Mycroft*, en la penumbra del crepúsculo estival. Difícil era adivinar su expresión.

—Ha pasado usted el mal trago y ahora comienza a reaccionar —dijo con voz serena—. Será prudente que sepa cuál es su verdadero estado. No fué su ser normal y corriente el que le acompañó hoy a través de las peripecias del día. Nuestras vidas hubieran corrido grave riesgo si yo me hubiese fiado de su escaso dominio sobre sí mismo. Vi y estudié su reacción al hidrato de benzedrina. Como muchos hombres de su tipo, es usted extremadamente sensible a ciertas drogas. Por eso le infundí, momentáneamente, el arrojo de Batavia, que no es naturalmente propio de su temperamento. Ahora hay que pagar el precio de la reacción, precio que no es por cierto exorbitante, considerando que lo paga a cambio de su propia vida.

Me enfurecía que ese viejo jugara conmigo y me tratara como a un igual, siendo así que en realidad me dopaba como a un caballo de carrera, obligándome a tomar iniciativas que, como en ese instante lo comprendí, trocaban la *posibilidad* de un peligro, *posibilidad* que disminuía sin cesar (y, al fin y al cabo, ¿quién podría decir si, fallido el primer ataque, no se me hubiera dejado en paz?), por la realidad de otro mucho más serio que me perseguiría, quizás, toda la vida. Y luego ¡qué falta de delicadeza y de consideración para conmigo hablarme en ese tono insolente, sabiendo que estaba exhausto! Ni el más mínimo esfuerzo para facilitarme las cosas; apenas un sermón, como el que un viejo maestro cascarrabias da a su alumno antes de

propinarle una azotaina.

—Buenas noches, *Mr. Mycroft* —dije secamente.

Lo dejé en el umbral, cerré la puerta con violencia, entré en la casa, subí las escaleras y me refugié en el dormitorio antes que la energía comunicada por mi arranque y el alivio de haber hecho una grosería pasaran y me sintiera peor aún.

Recordé que no había cenado y que ya era hora de hacerlo. Pero no me atrevía a bajar a la despensa. Estaba seguro de que vería la cara de Heregrove espiándome a través del alambre tejido de la ventana. Tomé un baño tibio, pero en cuanto abrí los grifos me asaltó el temor de no poder oír si alguien subía las escaleras. Por fin me metí en cama, y no recuerdo si alguna vez he pasado una noche más desagradable en toda mi vida.

Al clarear el día, como suele suceder para nuestro fastidio, me dormí. Por consiguiente desperté tarde, fatigado y molesto por el ruido que hacía Alicia en el piso bajo. Bien podría comprender que esa mañana yo necesitaba que se me dejara dormir tranquilo. Y en ese instante comprendí que no podía saberlo, que no debía saberlo jamás, que nunca debería tener la sombra siquiera de una sospecha. Era menester que estuviera alegre, satisfecho, y que madrugara, para que ni ella ni nadie pudiera decir: «¡Qué melancólico está!». «Parece que no durmiera». «Está así desde aquel día en que fué a visitar a ese extraño *Mr. Mycroft*». «¡Y es natural, los dos de una misma condición!»... «¿Se acuerda? ¡Fué precisamente cuando tuvo ese ataque y se creyó amenazado por unas abejas!».

Salté de la cama, dando pasos pesados en el piso. Así se percataría Alicia de que estaba levantado y me sentía lleno de energía. Chapoteé en la bañera: eso es también indicio de vitalidad y además le daría bastante que hacer, secando y lustrando el cuarto de baño: la ociosidad es la madre de la calumnia. Luego bajé al comedor, tratando de aparecer como un hombre activo, sereno, descansado, muy dispuesto a tomar en un puño a sus propios intereses y a decir a los demás que no se metieran en ellos.

Pero no logré impresionar a Alicia. La verdad es que ni siquiera advirtió mi porte, mi actitud tan cuidadosamente preparada. Estaba pletórica de noticias y, ¡ay!, antes de que comenzara hablar yo las había adivinado ya. «Ese pobrecito»..., confieso que omitió el «querido», pero bastó el «pobrecito», como una contraseña, para decírmelo todo. Sí, el lechero; ella lo había encontrado cuando se dirigía a casa y fué él quien encontró a Heregrove. Ya estaba tieso, tirado en el sendero del jardín. El proveedor había gritado: «¡Lecherooo!», y *Mr. Heregrove* —no pude menos de advertir que la calamidad había adornado al muerto con un «*Mr.*»—, siempre tan madrugador, no apareció. Entonces Alfredo exploró el senderito del jardín. Y no pudo creer a sus ojos: ¡si estaba negro como la misma tierra en que yacía!

—Alicia —dije—, ¿quiere acomodar mi dormitorio en seguida, por favor? Creo que he sufrido un enfriamiento y probablemente me acostaré tan pronto como termine de desayunar.

Se alejó con la rapidez y la tiesura que son síntomas de un agravio imperdonable. Había interrumpido su crónica, había despreciado sus noticias sensacionales. ¡Ella, la sagrada portadora de tristes nuevas que eran casi, casi, de primera mano, condenada al silencio! Bien, al menos no sospechó que yo estaba horriblemente preparado para sus revelaciones. Me acosté otra vez, terminado el desayuno. Quería descansar y meditar tranquilo. Heregrove había muerto. Yo estaba salvado. Pero cuanto mejor comprendía su desaparición tanto más tremendo me parecía el riesgo corrido en vida de ese individuo y más negro el peligro que ensombrecía mi futuro. De aquí en adelante, esa nube se cernería sobre mi casa, quizás para no disiparse jamás, y yo debía observarla siempre, ya que el alejarla no estaba en la mano de ningún anciano entremetido, por mejor intención que tuviese.

A mediodía sonó la campanilla. Alicia llamó a la puerta y entró con un aire triunfal que de inmediato despertó en mí malos presentimientos.

—Señor, Bob Withers, el agente de policía, desea ver a usted un momento.

Bajé la escalera, y a cada paso el corazón «se me iba a los pies». El policía de aldea no es un funcionario aterrador. Y éste estaba tan nervioso como yo, lo que no es poco decir, en aquel momento. Se había sacado el yelmo y lo pasaba de una mano a otra, como si estuviese calentado al rojo. Él sí que lo estaba. Después que ambos murmuramos un saludo, me dió su recado. Se trataba de aquel *Mr.* Heregrove. Quizás lo supiese ya, pero estaba en la cámara mortuoria, y como yo (aquí estaba el busilis) había sido visto en su compañía ellos se preguntaban si podía dar algún dato sobre su triste fin.

Me pareció ridículo que se dirigieran a mí, cuando era en realidad *Mr.* Mycroft quien había planeado la visita y... ¡pero no debía terminar esa frase, ni siquiera mentalmente! De cualquier modo, me sentía incapaz de hacer frente solo a este mal rato. Hacía pocas horas me creí a punto de verme encerrado en un manicomio para el resto de mi vida; ahora semejante fin me parecía una evasión, un refugio, comparado con la alternativa en la que me colocaría la menor imprudencia, el más insignificante desliz, un solo pensamiento expresado en alta voz. ¡Y lo mejor que podía esperar era una sentencia a cadena perpetua!

Mi pensamiento corrió vertiginosamente, pero la lengua debe haber sido más rápida, porque me oí decir:

—*Mr.* Mycroft, el de la avenida Waller's, y yo visitamos ayer por la tarde a *Mr.* Heregrove. Era nuestro proveedor de miel. Conversamos unos instantes con él, en el jardín de su casa. Parecía encontrarse perfectamente.

—¡Oh!, si *Mr.* Mycroft estaba con usted, señor, le ruego que se moleste en acompañarme a su casa; así tomaré declaración a los dos.

Comprendiendo que, dadas las circunstancias, era lo más conveniente, accedí. Pocas ganas tenía de ver al anciano, pero había llegado el momento de compartir nuestra carga común, que le correspondía mejor a él que a mí. Además, cualquier subterfugio que urdiera su ingenioso cerebro para protegerse a sí mismo sería, al

propio tiempo, mi defensa.

Llegamos a su casa, y lo encontramos en el jardín. Tuve la impresión de que nos esperaba. No demostró sorpresa alguna, y se contentó con hacer una inclinación de cabeza cuando Bob Withers le comunicó que se había encontrado el cadáver de Heregrove. Ignorábamos si había oído ya la noticia, pero cuando se le pidió una declaración explícita, sólo dijo que había visto a la víctima la tarde anterior gozando, en apariencia, de buena salud.

Luego agregó:

—Agente, sé que usted preferiría que lo acompañáramos al despacho del magistrado que interviene en este caso. ¿Se trata del coronel Treaves, no es así? Ya me parecía. Suele actuar con rapidez y eficacia. Puedo acompañarlo ahora mismo.

Tomó su sombrero, que estaba sobre una silla próxima, y sin dirigirme una sola palabra se puso a caminar junto a Withers, mientras yo me colocaba al otro costado del policía.

Al cabo de diez minutos estábamos en las oficinas de Treaves. Nos hicieron pasar a su escritorio en seguida. Era un hombre enjuto, atlético, de unos sesenta años, y al vernos entrar se puso de pie y tendió la mano a *Mr. Mycroft* (a mí me hizo apenas una inclinación de cabeza), diciendo:

—Ha sido usted muy amable al venir tan pronto, caballero. Siempre es mejor hablar cara a cara que tomar declaraciones. Pero no era mi intención molestarle, si estaba usted ocupado en ese momento. Se me informó que *Mr. Silchester*, aquí presente, acompañado de un desconocido, que supongo fué usted, ha sido quien vió a Heregrove vivo por última vez.

—Así es —repuso *Mr. Mycroft*—; lo visitamos ayer, pues era nuestro proveedor de miel.

—Bien, usted sabe ya —prosiguió el coronel Treaves—, que sus abejas le atacaron... Como a Acteón, no es así, y sus perros, ¿eh?

—¡Cómo! ¿De manera que fué atacado por sus propios enjambres? —preguntó *Mr. Mycroft* con profundo interés.

—Así es; no cabe la mínima duda al respecto. Quizás ignore usted, pues creo que la cosa tuvo lugar antes de su llegada a la aldea, que su desdichada esposa murió en forma idéntica, y en esa oportunidad el médico forense le ordenó que destruyera esas abejas. Él prometió hacerlo. Una de dos: o desobedeció al tribunal, o los Heregrove tenían alguna peculiaridad que enfurecía a esos insectos. Personalmente, jamás simpaticé con ellos..., ¡qué hombre! Bien, *nisi bonum*. Indudablemente, murió envenenado; el cadáver está hinchado y negro como una mora madura.

La comparación me produjo náuseas. Treaves continuó:

—Sólo deseo preguntarles, caballeros, si cuando ustedes lo visitaron el hombre parecía encontrarse bien y en un estado de ánimo normal.

—Ya lo creo —respondió *Mycroft*—, me pareció un individuo raro, una especie de ermitaño, pero no cabe duda de que estaba cuerdo y en buenas condiciones físicas

cuando lo vimos, ¿no es así, *Mr. Silchester*?

—Ciertamente, ciertamente —fué lo único que pude decir, y por lo visto no se esperaba de mí otra cosa.

—Dimos con él un paseíto por el jardín —continuó el anciano—. No nos fué posible comprobar cuáles eran sus relaciones con las abejas, porque éstas se habían recogido ya a la caída del sol. Es probable que hayamos corrido un riesgo mucho mayor del que creímos al visitar a un hombre expuesto a semejante agresión.

—Quizás, quizás —repuso el coronel—. Nunca se pueden asegurar estas cosas. Por cierto que las abejas son animalitos muy curiosos. En la India he visto a cincuenta personas recorrer un camino: de pronto, baja del cielo lo que parece a primera vista una nubecilla de polvo. Es un enjambre de pequeñas abejas silvestres, muy salvajes. Y todas se abaten sobre algún desdichado, dejando en paz a todo el resto de la comitiva. Si no hay en las cercanías algún estanque donde se pueda arrojar a la víctima, ésta muere a los pocos minutos, hinchada como el cadáver de Heregrove. Algunos dicen que es por causa del olor, pero yo creo que nadie conoce la verdadera causa. En la India, decimos «*Bismillah*», la Voluntad de Alá, y, al fin y al cabo, ¡todo va a parar allí!

Capítulo X

¿Todo igual que antes?

Y ASÍ terminó, para mi asombro, esa mezcla fantástica de aventuras y persecuciones, de ataques infundados y contraataques sigilosos, de proyectos científicos y justicia primitiva, como la del Lejano Oeste. Así como el tifón que se desencadenó en el apacible curso de mi vida había comenzado a soplar repentinamente, se calmó con idéntica rapidez. Ahora vivo en lo que me atrevo a llamar «un silencio suspicaz». Nos presentamos, más bien en calidad de huéspedes distinguidos que de testigos, ante el tribunal del médico forense. Éste compartía la opinión del juez, pero agregó con acritud:

—¡Bien empleado le está, por desobedecer mis instrucciones!

También ordenó, dándose el gusto de ejercer su autoridad y produciendo en mí un oculto pero muy positivo deleite, que se destruyeran las colmenas de Heregrove.

Cuando salimos del tribunal, *Mr. Mycroft*, que hasta ese momento no me había dirigido la palabra, se puso a mi lado y caminamos juntos hasta que se dispersó el pequeño grupo. Entonces me dijo con voz serena:

—Una relación desagradable no es la mejor base para cimentar una amistad, pero el haber compartido una aventura sí lo es. Comprendo perfectamente que ha experimentado usted diversas conmociones en estos últimos días y que una o dos veces he debido impulsarle a extremos que no eran de mi gusto, para escapar a las Horcas Caudinas y al lazo que nos amenazaba con resultados desastrosos. Ahora opino, sin embargo, que usted ha comprendido bien que ya hemos salido de la espesura y nuestros perseguidores están dispersos.

Parecía tranquilo y satisfecho. Pero yo repliqué, impulsado tal vez por el deseo de mostrarme justamente ofendido por su serenidad y sangre fría, dotes que por cierto no poseo.

—¿Y qué me dice usted de nuestra situación actual? Al fin, nunca podremos saber si corríamos realmente el gravísimo peligro que usted supone.

Me miró, haciendo ademán de interrumpirme, pero yo estaba decidido a hacerme oír. No sólo se me había tratado como a un niño durante todo el proceso, como si no fuera capaz de formarme un juicio claro sobre asuntos que me tocaban más de cerca que a ningún otro, sino que cuando fuimos a visitar al coronel Treaves, él y *Mr. Mycroft* me desdeñaron nuevamente, considerándome como a una criatura. Había llegado el momento de hacer valer mis derechos y de que él oyera hasta el fin mi autorizada opinión.

—Estamos seguros, en cambio —continué—, de que alejamos a nuestro presunto perseguidor condenándolo a muerte. ¿Cómo sabemos si tan sólo pretendió

atemorizarnos? Lo cierto es que le dimos muerte. Sé que la palabra es dura, pero quiero sacármela del pecho para desahogarme.

Mr. Mycroft se permitió un breve suspiro.

—Ninguna ley —dijo lentamente—, y conozco algo sobre las leyes que han creado los hombres para tratar de salvar a los débiles e inocentes del poder de los fuertes implacables; ninguna ley concede al criminal cruel y calculador las oportunidades que yo he dado a éste, ni autoriza a correr los peligros que yo he corrido para ofrecerle todas esas oportunidades. Por cierto que hasta tratamos de sobornarlo para que dejara el mal camino. Recuerde usted que ya era un asesino, y yo estaba dispuesto a considerar su horrible, su premeditado delito, como un mero desliz, antes de adoptar el recurso que toda la justicia humana ha decretado; estaba dispuesto a olvidarlo, como se olvida lo que no ha existido jamás, en lugar de considerarlo como el fruto, el *primer* fruto, de una honda y bien nutrida raíz de maldad.

«Razón tenían los romanos con su mentalidad jurídica». Cité su criterio aquel día en que discutimos la evolución de la ponzoña en los animales. Es igualmente exacto en lo que respecta a los seres humanos: *Nemo repente turpissimus fuit*, el asesino madura más lentamente que el santo, ya que el uno y el otro no son casualidades, sino resultantes. Heregrove no pudo volverse atrás en el momento en que cruzó nuestro camino, aun cuando el pasado quedara sumido en el olvido y el presente le ofreciera una magnífica recompensa con la sola condición de abstenerse de convertir la muerte en negocio. Él necesitaba alguien que le hiciese comprender todo su crimen: no logramos hacerlo. Sólo pudimos ofrecerle una alternativa, una tangente de escape. Hubiera seguido la misma trayectoria en otros terrenos.

—¡Pero la oferta que usted le hizo era una farsa! —interrumpí.

Fué la única vez que he visto a *Mr. Mycroft* a punto de enojarse. No cambió el color de su rostro, ni se alteró su expresión, pero vi en sus ojos una luz que me atemorizó. Jamás le había considerado un hombre peligroso. Servicial, ameno, fatigoso, dominante, tedioso..., todo eso sí, pero nunca temible. Y sin embargo aquella luz, pues no me atrevo a llamarla relámpago, me dejó completamente desconcertado. Ya no miraba al hombre a quien trataba de desafiar y que bien podía, según lo comprendí en aquel instante, devolverme golpe por golpe, sino que me hallé de pronto mirando a través de una ventanilla, a través de los ojos de una máscara, y divisé algo tan frío, impersonal e indiferente como un témpano que, emergiendo de entre la niebla, amenaza embestir nuestro navío.

—Quiero decir —tartamudeé— que esa carta era una falsificación. No había tal oferta para Heregrove, ni podía aceptarla en realidad.

—Entonces, ¿usted cree que mi insistente pedido a ese desdichado, apresado en las redes de su propia perversidad, de ese mal pensamiento que se cristalizó hasta convertirse en mala acción, fué un engaño? ¿Que yo no traté en verdad de que escapase del lazo que había tejido con sus propias manos? ¿Que me burlé de él,

fingiendo que le tendía una mano amiga, y que le señalaba la escapatoria del falso dilema en que estaba preso, embotada su conciencian «matar o morir de hambre»? ¿Cree que representé una farsa para divertirme y para entretener a usted, deslumbrándole con mi habilidad, con la astucia con que engañé e hice caer en mi trampa a un ser humano, por más que fuese enemigo nuestro y de toda la humanidad?

—Bien —protesté, sintiendo que el corazón me latía apresuradamente, pues mi adversario me estaba obligando a tomar la defensiva, cuando ya estaba seguro de vencerle—, pero confiese que no podría haber aceptado una oportunidad totalmente ficticia.

—La oferta —replicó gravemente el anciano— tuvo que revestir, como todas las ofertas de la vida, una forma tal que mereciese su fe y, al mismo tiempo, era preciso que pudiese rehusarla, si prefería servir a la muerte y no a la vida. ¿Supone usted, acaso, que hubiera aceptado con mayor prontitud y agrado si le hubiésemos dicho: «Usted es un asesino que la ley no puede acusar, ni siquiera reconocer. En este momento, trata de asesinarlos a los dos, y sólo Dios sabe a cuántos más. Si se abstiene de ello, estoy dispuesto a pagarle trescientas o cuatrocientas libras y a sacarle de sus apuros financieros»?

Mr. Mycroft aguardó unos instantes, pero yo estaba empeinado en mi idea, aunque el anciano había logrado colocar su terrible y peligrosa iniciativa bajo una luz muy clara.

—Sin embargo —repliqué— le ruego que me perdone si me muestro tozudo y quiero la explicación minuciosa de los hechos. Queda en pie como realidad incontestable que ese hombre no hubiera podido aprovechar jamás la alternativa que verbalmente le ofreció usted.

—Lo siento —respondió *Mr. Mycroft*, y me alarmó percibir en su tono el mismo matiz con que Heregrove rechazó la oferta que discutíamos en esos instantes. El anciano empleó idénticas palabras con cierta convicción rara, ominosa...— *Mr. Silchester*, lamento que nos hayamos tratado tanto y que usted me crea aún capaz de mentir a un hombre que está en peligro de muerte, ofreciéndole una huida engañosa. Como ya le he manifestado, no pude decirle cuál sería la verdadera fuente de los recursos que le prometía en caso de que aceptara y abandonara, aunque sólo fuese momentáneamente el mal camino. Estábamos en sus manos, éramos sus víctimas. Aunque hubiese enfrentado al hecho de que conocíamos sus actividades delictuosas, no hubiera creído en nuestra buena fe.

«El ladrón cree que todos son de su condición». Interpretaría nuestra actitud del único modo comprensible para un hombre de su naturaleza: quedaría persuadido de que durante el resto de su vida haríamos con él lo que él haría con el desgraciado que cayera en sus manos: extorsionarlo. Y si, además, se agrega el hecho de que vinimos a ofrecerle dinero, en lugar de pedirlo, es cosa segura que vería en ello un lazo doblemente peligroso, en comparación con el cual la extorsión es negocio sencillísimo. No, era imprescindible disfrazar nuestra oferta por el bien del propio

Heregrove más que por el nuestro. Era su única esperanza. Pero la oferta tenía una base sólida y real. He aprendido que la expresión, la manifestación externa de las emociones es pura sensiblería, pero no deduzca de eso, *Mr. Silchester*, que carezco de sentimientos, aunque los domine con un sentido de responsabilidad frío y reflexivo. Estaba decidido a salvar a ese asesino y a librarle del castigo que estaba atrayendo sobre su cabeza, si era posible. Estaba tan decidido a hacerlo como a salvar la vida de usted, aun a costa de obligarle a tomar ciertas determinaciones en momentos en que usted hubiera preferido aguardar y contemporizar. La oferta que hice a Heregrove era auténtica. Lo dispuse todo de tal manera que, en caso de acudir él a la dirección que le daría, se le entregaría el subsidio de estímulo. Esa dirección era, precisamente, la de las oficinas del asesor jurídico de la Sociedad, donde sería recibido por un abogado de toda mi confianza, antiguo amigo mío, quien le entregaría doscientas libras esterlinas y un pasaje, con todos los gastos pagos, para cualquier punto del país donde deseara trasladarse. Además, al llegar a destino, se le entregarían otras doscientas libras. Mi amigo estaba impuesto del caso en líneas generales, aunque desconocía los detalles: le dije que Heregrove era un extorsionista contra el cual sería muy difícil presentar acusaciones concretas y que deseaba darle esta oportunidad de alejarse. Este amigo, como muchos otros abogados inteligentes, ha tratado en el transcurso de su carrera y a través de su tranquila mesa de escritorio, cubierta de legajos, con varios sujetos peligrosos valiéndose de este expeditivo método. Lo que no pueden apresar las gigantescas pinzas de la ley, lo que queda agazapado bajo nuestros pies, lo pueden recoger y arrojar por la ventana las manos hábiles de un abogado sutil. Si Heregrove hubiera dado su consentimiento, el proyecto hubiera producido excelentes resultados. Más de una vez les he comunicado a ciertos criminales, a quienes me era imposible acusar, que estaba enterado de sus actividades y dispuesto a darles una postrer oportunidad, y muchos de ellos cambiaron de vida. Pero Heregrove no era de éstos. Repito la pregunta, y le ruego que me responda «¿No es verdad que se condenó a sí mismo?».

Hube de confesar que tenía razón y que se había mostrado justo y generoso, pero no me fué posible expresarlo. Comprendo que esta última demostración de eficiencia valerosa y llena de bondad hubiera debido convencerme y arrastrar mis tímidas objeciones; que hubiera debido pedirle excusas con la mayor humildad, al apreciar la generosa confianza que en mí depositaba. Y, por más que me turbara, debía reconocer, y no podía menos de verlo, puesto que le había obligado a probármelo, que era un hombre extraordinario, un precursor en materia de habilidad y también de justicia. Su tentativa por salvar al asesino no fué menos maravillosa, paciente y audaz que su éxito al defender la vida de la presunta víctima.

Pero, a pesar de todo, había en él algo de sobrehumano que me alejaba, me acobardaba... No deseo vivir en compañía de hombres geniales, moral o intelectualmente considerados. Siempre esperan de uno actitudes heroicas, y por cierto que éste había logrado colocarme en una posición que podía tornarse muy

peligrosa en cualquier momento.

—No sé, en verdad, qué responderle —dije—. Nunca quedaré completamente seguro. Lo que ha sucedido, esté bien o mal hecho, colgará siempre sobre mi cabeza como la espada de Damocles. En el momento más inesperado puede aparecer, y entonces, a pesar de todos los excelentes motivos que usted aduce y que le llevaron a realizar el hecho, según creo, ¿en qué situación estaremos?, ¿en cuál estaré yo?

Volvió a mirarme, como vacilando entre continuar su exposición y callar, entre decirme algo más o dejar las cosas como estaban. Como yo estaba persuadido de que mi pregunta no tenía respuesta y había pocas esperanzas de solucionar ese aspecto de la cuestión, no me importaba mayormente que tratase de consolarme u optase por dejarme solo. Evidentemente, decidió, después de reflexionar, que algo podía hacer aún en mi favor.

—En lo que a su situación se refiere —dijo—, creo que podré tranquilizarlo revelándole algo más. Se trata de otro secreto. Mycroft es solamente uno de mis apellidos.

No pude menos que preguntarme, al oír este proemio, qué nuevo rasgo de vanidad estaba a punto de conocer. Este énfasis repentino con que destacaba su propia persona demostraba que su egoísmo salía a la superficie aunque se tratara de asunto tan importante como mi propia seguridad. ¿Qué me importaban, y cómo podían protegerme sus apellidos? No estábamos en la Edad Media ni era él un poderoso señor feudal.

—He usado el de Mycroft —continuó, satisfecho— porque mi apellido completo es bastante conocido y quise, cuando dejé mi casa en Bakerstreet, vivir tranquilo y sin molestias. Ha sido usted servido y, si me permite añadirlo, y lo desea, continúa bajo la protección de —parecía estar segurísimo de que yo lo deseaba—... su caso está aún defendido por...

¡Diablos! ¡He olvidado el apellido que dijo! Era algo bastante parecido a Mycroft, Mycroft, y otra palabra breve, según creo. Pero estaba demasiado preocupado para aprender de memoria otro apellido, especialmente teniendo en cuenta que en nada podía defenderme. Le conocí bajo el de Mycroft, con todas sus capacidades y sus limitaciones. Y no comprendía por qué había de aumentar aquéllas y disminuir éstas por el solo hecho de darle otro nombre. Bajo el de Mycroft recorrimos juntos y trabajosamente este difícil sendero. Supongo que él o el Destino me liberaron, pero a cambio de una terrible, de una permanente aprensión. No advertí nada de mágico en ninguno de sus nombres. Y comprendí, esta vez con absoluta convicción, después de haber visto la última prueba de lo que él consideraba una sólida defensa, que si quería estar cómodo y seguro, lo estaría mucho más solo.

—Le agradezco, *Mr...* —creo que le di el nuevo nombre, al que tanta importancia concedía, pero que no halló eco alguno en mi cerebro—. Le agradezco, pero le ruego que perdone mi aparente tozudez. Creo que lo mejor será que vuelva a esconderme, como la ostra, entre mis valvas.

Me complace decir que aceptó esa ruptura con serenidad. Nos separamos sin provocar escenas, cosa que aún le agradezco.

—Perfectamente —fué lo único que dijo.

Entonces pensé que convendría no terminar así, sin darle una explicación sobre mi actitud y hacerle saber por qué creía que nuestra asociación no fortalecería mi seguridad personal.

—Vea, señor —dije—; ahora que conozco su verdadero nombre le confieso que jamás oí hablar de usted.

Pareció quedar atónito —ésa fué quizás la única vez que le he visto sorprenderse profundamente—, y se volvió sin decir una palabra de despedida.

Durante un momento experimenté un notable alivio. Esa sensación se hizo más intensa. Nadie intervendría ya en mi vida. Era otra vez mi propio árbitro. El alivio duró un par de días. Y después la otra sombra, la oscura sombra del temor de haber sido cómplice de un asesinato, aunque sólo fuese un contraasesinato, descendió sobre mí. Por eso he resuelto escribir lo que habéis leído. Y en el peor de los casos, fué *Mr. Mycroft* quien lo cometió, no yo.

CLASESALCENNEGFin

Notas

[1] «Nido de yegua», disparate o broma infantil, reminiscencia de un cuento de hadas, muy común en el lenguaje familiar inglés. (*N. de la T*). <<